# dialéctica

Nueva época Año 15 Número 22 Primavera de 1992



- América Latina y la crisis de los paradigmas sociales: Pablo González Casanova y Sergio Bagú
- El TLC y las reformas constitucionales: hacia un liberalismo social?
- Reflexiones sobre el atraso

mexicano: Ramón Eduardo Ruiz

Liberalismo y socialismo:

Sánchez Vázquez, Figueroa, Oliver, Vargas

- El Salvador, de la revolución armada
- a la lucha política: Mario Salazar Valiente
- Cuba: ¡hay una salida! (respuesta desde la isla) Universidad y modernización

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

ISSN 0145-7770

15 mil pesos



#### Universidad Autónoma de Puebla

Rector: Licenciado José Dóger Corte Secretario general: Licenciado Víctor Espíndola

#### dialéctica (nueva época)

**Dirección:** Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas

Consejo Editorial: Alfonso Vélez Pliego, María Teresa Colchero, Carlos Figueroa Ibarra, Lucio Oliver, Mario Salazar Valiente

Consejo Asesor: Adolfo Sánchez Vázquez, Pablo González Casanova, Enrique Semo, Sergio Bagú, Agustín Cueva + , Angelo Altieri, Sergio de la Peña, Jaime Labastida, Georges Labica, István Mészáros, Luis Villoro Toranzo, Wenceslao Roces + , Luis Cardoza y Aragón, Adam Schaff, Giusseppe Vacca, Elmar Altvater, Vjekoslav Mikecin Consejo de Colaboración Nacional: José Dóger Corte, Severo Martínez Peláez, Carlos González Durán, Alberto Saladino, José Luis Balcárcel, Miguel Concha, Enrique Dussel, Enrique de la Garza, Silvia Durán Payán, Françoise Perús, José Luis González, Carlos Vilas, Bolívar Echeverría, Arnoldo Martínez Verdugo, Raquel Sosa, María Rosa Palazón, Héctor Díaz Polanco, Salvador Millán, Irene Sánchez, Alejandro Gálvez, Graciela Arroyo Pichardo, Edith Antal, Betania Allen, Francisco Piñón, César Delgado, Estela Kalloni, Mercedes Durand, Carmen Lira, Sol Arguedas, Saúl Ibargoyen, Néstor García Canclini, Arnaldo Córdova, Lucrecia Lozano, Adolfo Sánchez Rebolledo, Dimas Lidio Pitty, Javier Mena, Jorge Turner, Eduardo Montes, Ilán Semo, Elvira Concheiro, Gilberto López y Rivas, Jaime Ornelas, Manuel Becerra, Felipe Zermeño, Sonia Gojman, Dora Kannoussi, Pablo Maríñez, Roberto Escudero, Felipe Campuzano, Raúl Páramo Ortega

**Nota:** Los miembros extranjeros que integran los comités de *Dialéctica* se abstienen de suscribir cualquier opinión que se refiera a la política nacional.

Dialéctica, año 15, núm. 22, primavera de 1992 ■ Revista trimestral ■ Precio por ejemplar: 15 mil pesos ■ Correspondencia: Reforma, 913; 7200 Puebla, Pue.; teléfono 32 70 88; o al apartado postal 21-579; México, D.F. ■ Suscripciones por cuatro números en la República Mexicana: 75 mil pesos / En los Estados Unidos, Canadá, Centro y Sudamérica, y Europa: 40 dólares US ■ Tiraje: 3 mil ejemplares

# dialéctica

☐ Año 15 ☐ Número 22 ☐ Primavera de 1992
■ Editoriales □ El TLC y las reformas constituciona- es: ¿hacia un liberalismo social?, Gabriel Vargas Lozano, 2 □ Cuba, encrucijada de América Latina, 6
Ensayos □ Paradigmas y ciencias sociales: una aprocimación, Pablo González Casanova, 8 □ América Latina: esbozo de defensa de lo sustancial, Sergio Bagú, 25 □ Relexiones sobre el atraso mexicano, Ramón Eduardo Ruiz, 29 □ De revolución social a revolución política inconclusa / Paz en El Salvador, Mario Salazar Valiente, 49 □ La transparencia democrática, Carlos González Durán, 76
■ Universidad y modernización □ La diversificación institucional en Puebla, 1970-1990 / Educación superior, Ricardo Moreno Botello, 82 □ La UAP y la modernización, Roberto Hernández Oramas, 94
Controversia □ Cuba: hay una salida, Pablo Guadarama González, 98 ■ El Coloquio "Los grandes cambios de nuestro tiempo" □ Nota introductoria, 107 □ Liberalismo y socialismo, Adolfo Sánchez Vázquez, 108 □ Loque nos dejó la posguerra fría, Carlos Figueroa Ibarra, 115 □ La mundialización productiva y el Estado de América Latina, Lucio Oliver, 117 □ Liberalismo, demoracia y socialismo, Gabriel Vargas Lozano, 124
Notas □ Don Sergio Méndez Arceo: un pensamiento para la liberación, Francisco Piñón G., 128 ■ Doctorados Honoris Causa de la UAP □ Pablo González Casanova □ Gonzalo Aguirre Beltrán, José Dóger Corte, 130 □ Héctor Azar Barbar, María Teresa Colchero, 133
■ Informaciones varias, 136 □ Presentaciones de Dialéctica en la ciudad de México, Monterrey, Morelia, Foluca y Las Villas (Cuba), 137
■ Crítica de libros □ Habermas y la teoría discursiva le la moral, Santiago Castro-Gómez, 139 □ El recurso lel miedo, Sergio Tischler, 142

<sup>□</sup> Cuidado de la edición: María del Carmen Merodio y Miguel Ángel Guzmán □ Diseño y diagramación: Fernando Rodríguez □ Producción editorial: Equipo Editor, S.C., Ámsterdam, 33-B; primer piso; colonia Hipódromo; 06100 México, D.F.; teléfono 211 86 86

#### **EDITORIALES**

# EL TLC Y LAS REFORMAS CONSTITUCIONALES: ¿HACIA UN LIBERALISMO SOCIAL?

In los últimos meses, las cámaras de Diputados y Senadores aprobaron por mayoría, y a iniciativa del Ejecutivo, una serie de reformas a la Constitución Política de México. Estas reformas afectaron los artículos tercero, 27 y 130. La reforma al artículo tercero ha permitido, en esencia, que se legalice la educación religiosa en las escuelas privadas; la del 27, que las tierras puedan ser vendidas al capital privado transnacional; y la del 130 otorga a las iglesias personalidad jurídica: les permite ser propietarias de bienes y les da derecho a voto a sus miembros.

Estas reformas implican una importante modificación del espíritu que guió a los constituyentes de 1917 y se realizan por la urgencia de adecuar la estructura jurídica de nuestro país a las exigencias, no sólo de un posible Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá, sino al proceso objetivo de integración económica entre México y los Estados Unidos. No sería extraño que pronto se presentara la iniciativa de reformar el artículo 123, que actualmente norma las relaciones laborales.

En las tres reformas se adujo que se trataba de legitimar situaciones de facto. Era un fenómeno de todos conocido que, a pesar de su prohibición, en los colegios particulares se enseñaba religión. Era un hecho que las iglesias, y en especial la católica, participaban en política, y también lo era la crisis en el campo mexicano. Es por ello que las razones públicas aducidas para la aprobación de las reformas fueron, entre otras, "acabar con la simulación" y adecuarse a las transformaciones exigidas por la modernización. Contra estas razones se ofrecieron muchos contraar-

gumentos, como los de que la violación generalizada de las leyes no era causa de su modificación; la educación científica que buscaba el constituyente como norma implicaba el rechazo al dogmatismo, la ignorancia y la intolerancia; la prohibición de los derechos jurídicos y políticos de la Iglesia mexicana había sido adoptada debido a circunstancias históricas precisas; y, por último, reactivar el sujeto Iglesia Católica o iglesias protestantes no era especialmente un rasgo *moderno*.

Las reformas al artículo 27 legitiman la introducción en el campo de una serie de medidas que significa simplemente que la mayor parte de las tierras pueda pasar a manos del capital privado transnacional para su explotación, bajo la tesis de que la pulverización de la propiedad de la tierra impide su productividad. Durante años se dejó el campo en el abandono; se manipuló a los campesinos de acuerdo a intereses políticos y se toleró la corrupción. No fue el ejido lo que produjo la quiebra de la agricultura, sino la falta de un esfuerzo decidido para organizar la producción en un sentido moderno por parte del Estado o del capital nacional. Hoy, ante la bancarrota, se pone en venta la tierra para que otros vengan a organizarla.

En torno al artículo 130, también se habló de legalización de una práctica. Nadie que conozca medianamente la historia de México ignora el papel que jugó la Iglesia como institución en las diversas etapas de nuestro país. En 1810 se opuso al movimiento de independencia y excomulgó a sus dirigentes. Durante la Reforma, combatió las medidas liberales de Benito Juárez y apoyó la invasión francesa. En el periodo de consolidación de la Revolución, alentó la organización del levantamiento de los cristeros y en las últimas décadas fue instrumento difusor del capitalismo y del anticomunismo. Nadie ignora que una mayoría del pueblo mexicano es católica sui generis y que dentro de la Iglesia existen sacerdotes o fieles que mantienen una posición en contra de la injusticia social y a favor de una Iglesia de los pobres. No hace mucho acaba de morir un religioso ejemplar, como lo fue don Sergio Méndez Arceo, que defendió la tolerancia hacia el psicoanálisis, se pronunció por el socialismo y defendió a Cuba y a Nicaragua hasta el último día de su vida, pero todo el mundo sabe los múltiples problemas que tuvo con la jerarquía eclesiástica y que la suya no era la posición oficial de la Iglesia. La razón de fondo por parte del gobierno para proponer y hacer aprobar la reforma del 130 fue la de conciliar el conflicto de la Iglesia con el Estado, para lograr, no sólo una mayor legitimación de su política, sino también hacerla partícipe de los costos sociales de ella, a cambio de otorgarle concesiones económicas, políticas y educativas. Esta situación es independiente del reconocimiento jurídico de la Iglesia y del derecho que asiste a los miembros de las iglesias a votar y ser votados, siempre y cuando renuncien a su calidad de miembros de un Estado extranjero, hecho que por lo demás sanciona la actual reforma.

El espíritu del constituyente de 1917 era la educación laica, es decir, una educación que respetaba los valores religiosos que cada quien adoptara en lo privado, pero asumía que en nombre de la religión se habían cometido los actos más terribles de intolerancia y oposición al progreso científico. Se suponía también que, con libros como los de texto gratuito, se difundiría una concepción medianamente objetiva y unitaria de la historia de México y del mundo, lo que implicaba una forma de identidad nacional que compartirían todos los mexicanos. Y, finalmente, se preservaba libertad del individuo, al menos en la escuela elemental, para optar por los valores que él decidiera, y, por tanto, preservarlo de que no sufriera una imposición temprana en el nivel escolar. A mi juicio, no existen ya argumentos legales para que la educación laica se lleve a efecto en las escuelas a cargo de corporaciones religiosas o semirreligiosas.

Las reformas se han aprobado con la mayoría aplastante del partido oficial y la oposición del PRD (salvo en el caso del 130, respecto del cual algunos de sus diputados votaron en contra, signo que muestra la existencia de discrepancias de fondo en ese partido), el PPS y algunos diputados del FCRN. Todas estas reformas están de acuerdo con la política económica neoliberal que ha sido puesta en marcha por el gobierno desde 1982. Sorpresivamente, el presidente, en su discurso del 4 de marzo, ante la dirigencia nacional del PRI, propuso que la política de su partido no podía ser la de un neoliberalismo, sino la de un liberalismo social. Si nos atenemos a los estudios que al respecto han hecho don Jesús Reyes Heroles o Arnaldo Córdova, tanto del liberalismo del siglo pasado, como del actual, podemos afirmar que, en efecto, el liberalismo social ha sido una de las vertientes fuertes que han contribuido a la constitución del Estado mexicano, con todas sus contradicciones con lo que ha ocurrido en la realidad. El liberalismo social ha propuesto históricamente: la abolición de los fueros religiosos y militares; la nacionalización de los bienes de la Igle-

sia; la separación de la Iglesia y el Estado; la secularización de las relaciones civiles; la conformación de un Estado independiente de los particulares; el Estado de derecho: la democracia como forma de realización de la libertad individual; la protección de los derechos de los trabajadores; y la protección del derecho de los indígenas a la propiedad territorial, como un acto reivindicatorio, toda vez que habían sido despojados de ella ilegítimamente por la conquista española. Si comparamos las reformas efectuadas con esa tradición de liberalismo social, podemos observar con toda claridad la contradicción en que se incurre. En el caso de que efectivamente la tesis del partido oficial (y suponemos la del gobierno) sea hoy la del liberalismo social, se requiere que sus teóricos establezcan la compatibilidad entre aquel liberalismo y el actual. A pesar de todo, la tesis del liberalismo social como política del partido oficial, si no es una simple cobertura ideológica, como parece serlo, o una nueva astucia de la razón, como diría Hegel, debería implicar una serie de consecuencias en la política económica del Estado, ya que el neoliberalismo está agudizando en América Latina los ancestrales problemas de pobreza y marginación, como se muestra en los recientes acontecimientos ocurridos en Venezuela o en los propios Estados Unidos. La pregunta que surge del actual escenario en que nos encontramos es, entonces, si podrá seguir aplicándose dicha política con el rigor que se ha hecho hasta ahora o tendrá que ser modificada por razones estrictamente pragmáticas.

Julio de 1992

Gabriel Vargas Lozano

Nota: Encontrándose *Dialéctica* en proceso de edición, el gobierno mexicano anunció la finalización del texto del Tratado de Libre Comercio. Las consecuencias económicas, políticas y culturales de su puesta en marcha deberán ser objeto de un cuidadoso análisis por todos los mexicanos.

## CUBA, ENCRUCIJADA DE AMÉRICA LATINA

a situación de Cuba es cada día más grave. El bloqueo impuesto por parte del gobierno imperialista norteamericano (concepto que han abandonado muchos científicos sociales por demodê y que será objeto de un análisis próximo de Dialéctica) es una de las violaciones más brutales a los derechos humanos que se hayan hecho jamás a un pueblo. Ningún análisis de su situación económica, política o ideológica puede pasar por alto o infravalorar este hecho. Desde que la revolución cubana triunfó, sus dirigentes reclamaron a los Estados Unidos respeto a su autonomía e independencia, pero el Imperio del Norte no conoce estos conceptos.

Ante esta situación, a la que se sumó la bipolaridad mundial existente en ese momento y la propia elaboración teórico-política de los revolucionarios de ese país, se optó, en la Segunda Declaración de La Habana, por la vía socialista, pero al hacerlo tuvo también que adoptar, en gran parte, la forma de estructuración social de un país que prentendía ser el único portavoz del socialismo: la URSS. Habría que abonar en la cuenta de los revolucionarios cubanos que esa adopción no fue acrítica y que con frecuencia tomaron actitudes independientes relacionadas con sus propias realidades y su propia política.

No pertenecía a la ortodoxia soviética el apoyo al carácter liberador de los movimientos religiosos de América Latina, o a la lucha de liberación de Angola y Namibia; tampoco la estrategia de Fidel Castro en torno a la deuda externa, ni las formas de democracia de base. Pero sí pertenecía a esta ortodoxia la planificación total, el partido único de Estado y la supresión de las libertades de organización, expresión y disenso.

Con el derrumbe del llamado socialismo real en la URSS y Europa del Este, se han puesto de manifiesto las causas de su fracaso, y los cubanos, mejor que muchos otros, lo saben; empero, el problema en que se encuentran objetivamente, de querer extraer las consecuencias teórico-prácticas de esos acontecimientos, son las dificultades para poder llevar a cabo los correctivos necesarios pa-

ra su sociedad, debido a que el intervencionismo norteamericano pondría en riesgo, no sólo los logros de la Revolución, sino también la estabilidad del régimen mismo, permitiendo una vuelta a la situación de colonia yangui. Nadie se suicida voluntariamente. El actual régimen ha puesto ya en marcha una serie de medidas económicas no ortodoxas, como lo son la economía mixta e inclusive, en algunas empresas, con capital mayoritario del exterior; una reforma política que amplía la representación social; y una política exterior que busca su incorporación a la comunidad latinoamericana y mundial. El régimen cubano está haciendo esfuerzos para lograr su ubicación en la compleja reordenación que se está operando en el mundo, pero, a nuestro juicio, lo que impide que dé pasos en una nueva dirección es, por un lado, el bloqueo, y, por otro, que no parece haber síntomas públicos de un procesamiento crítico de lo ocurrido en la URSS y Europa del Este por parte de la dirigencia cubana. Una salida posible es (¿era?) que los regímenes de América Latina, en crisis por la política neoliberal implantada por el Fondo Monetario Internacional, le dieran a Cuba una salida a partir de una participación efectiva en el intercambio comercial y en proyectos industriales comunes, pero aquéllos han permanecido, en su mayoría, mudos o francamente favorables a una intervención armada estadounidense. Cuba tendrá que resistir hasta encontrar una solución internacional, pero dentro de la isla no podrá permanecer inmóvil; se requiere que públicamente, mediante un consenso activo de sus ciudadanos -cuyas modalidades las podrá fijar el gobierno, para evitar una autodestrucción, como ocurrió en la URSS de Gorbachov-, se debata lo que ha sido y lo que puede ser el futuro del socialismo. Se requiere una nueva revolución dentro de la revolución para Cuba y para los revolucionarios de América Latina, África y Asia. Una profunda autocrítica podría generar una mayor adhesión a la revolución cubana, tanto interna como externamente.

Consejo Editorial

# PARADIGMAS Y CIENCIAS SOCIALES: UNA APROXIMACIÓN

## pablo gonzález casanova

Licenciado José Dóger Corte, rector de la Universidad Autónoma de Puebla, Honorable Consejo Universitario, señores profesores y estudiantes, señoras y señores. Es para mí un gran honor estar el día de hoy con ustedes, para recibir el título de Doctor *Honoris Causa* de esta universidad. El tema que voy a tratar es el de los "Paradigmas y las ciencias sociales".

El propósito es analizar la crisis de ciertos paradigmas de la sociedad y de la investigación científica sobre la sociedad. Por paradigma entendemos un modelo de plantear y resolver problemas que sirve de guía a los actores y a los investigadores. Dentro del paradigma, los actores y los investigadores individuales y sociales plantean sus problemas y buscan sus soluciones, y sólo abandonan el paradigma cuando la cantidad de anomalías en la acción y el conocimiento ataca hasta los elementos esenciales del modelo de acción o de investigación. A diferencia de T.S. Khun, en su famoso libro La estructura de las revoluciones científicas, nosotros destacamos dos hechos: 1) que los paradigmas de las ciencias sociales no son

Discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa que la UAP otorgó al autor.

Pablo González Casanova. Sociólogo. Director del Centro de Estudios Interdisciplinarios de la UNAM. Autor de numerosos libros, entre los que se encuentra La democracia en México. Miembro del Consejo Asesor de Dialéctica.

universalmente reconocidos, ni corresponden a una sola comunidad científica; y 2) que como modelos de problemas y soluciones, no sólo sirven a las comunidades científicas, sino a las comunidades políticas, a cuyo poder aquéllos se amparan o identifican. En la política destacan las crisis de los modelos de acción, de lucha y desarrollo, que siempre tienen su contraparte simbólica en las ciencias sociales, por lo que el auge, la crisis y la emergencia de paradigmas de acción y de investigación están considerablemente asociados. Con eso queremos decir que vamos a considerar aquí los paradigmas de la investigación científica a partir de los paradigmas de la acción política y social, económica y cultural.

Actualmente estoy trabajando un tema de gran interés. Se refiere a las nuevas formas de pensar, particularmente en las



ciencias sociales, pero que se están dando también en las ciencias de la materia y en las ciencias de la vida. Estas nuevas formas de pensar se manifiestan de manera muy clara, en fechas recientes, por la crisis de los paradigmas o modelos de sociedad, de Estado, de civilización, que han ocurrido a finales de este siglo. Efectivamente, si uno lee la prensa o escucha la radio o ve la televisión, o participa en las conversaciones sobre el mundo actual, fácilmente advierte que en estos tiempos ocurren cambios muy profundos, crisis muy grandes, en distintos tipos de países, en distintos tipos ce estados, en distintos tipos de paradigmas o de modelos políticos y sociales, que surgieron más o menos en los últimos 100 años y a los cuales se asociaron los correspondientes modelos o paradigmas de la investigación en economía, sociología o ciencia política.

Así por ejemplo, a fines del siglo XIX surgió el paradigma de la socialdemocracia, el paradigma del Estado asistencialista, del Estado benefactor, que se desarrolló primero en la Alemania de Bismarck y que después adquirió un relieve enorme en gran cantidad de países europeos y fuera de Europa, en los propios Estados Unidos, con las políticas de tipo socialdemócrata, con las políticas del Partico Demócrata de los

Estados Unidos en la época de Franklin Delano Roosevelt, con políticas que tendían a resolver los problemas sociales mediante una intervención del Estado en la educación, en la salud, en la construcción de viviendas, en el desempleo, en pensiones para los ancianos.

Y hubo un gran teórico en el mundo de la economía, de las ciencias económicas, que se llamaba Keynes. Era un lord inglés que fundamentó el modelo de desarrollo, el paradigma, en el terreno de la economía, y durante mucho tiempo este paradigma tuvo una influencia muy grande en las corrientes políticas europeas y de muchos países del mundo. Pero el paradigma, el modelo, entró en crisis en los años setenta, cuando la sociedad postindustrial y el desarrollo científico de las técnicas de la comunicación para la producción y los servicios quitaron una fuerza relativa a la clase obrera organizada, mientras ésta siguió formulando demandas económicas y sociales excesivas para su menguada fuerza, y demasiado costosas para la acumulación de capital, lo que llevó a una especie de ruptura del pacto social que estaba en la base del Estado benefactor.

Fuera de Europa, incluso fuera de los países centrales, de los países más industrializados, más avanzados, que eran antiguos países imperiales y en los que se había desarrollado la gran empresa monopólica, también surgieron políticas de tipo social a cargo del Estado, y surgió un nacionalismo defensivo, un nacionalismo liberador, que tenía como antecedente la historia colonial de naciones que habían sido colonias de los más desarrollados, dependencias de ellos, y en las cuales a los distintos movimientos en favor de la independencia (en los que América Latina fue pionera) se añadieron propósitos o proyectos para construir estados-nación independientes y soberanos en el terreno económico, y en el terreno político, que asumieran la responsabilidad de resolver el problema social con medidas gubernamentales y no gubernamentales, relacionadas con un nuevo reparto de riqueza pública, privada y social, fenómeno que se dio en México desde la revolución mexicana, sobre todo desde la que sucedió a la que iniciara Francisco I. Madero, y que fue encabezada por Venustiano Carranza, en respuesta a las demandas sociales de los rancheros y los campesinos pobres, y de los obreros y las clases medias urbanas, encabezados por Villa y por Zapata, por los líderes



anarquistas y laboristas. El Estado surgido de la revolución mexicana se asemejó a los estados asistencialistas, a los estados benefactores, de que estaba hablando hace un momento. Ese Estado se planteó también el problema de la educación como responsabilidad pública, de la salud y la asistencia como responsabilidades públicas; se planteó el problema del empleo, se planteó el problema de los derechos de los trabajadores, se planteó el problema de dar tierras a los campesinos y de recuperar las riquezas nacionales en poder de los grandes monopolios extranjeros; y así como ese Estado que surgió en México por los años diez, surgieron después muchos más en el Tercer Mundo, a lo largo de un periodo que va de principios del siglo XX a más o menos los años sesenta o setenta, en que este tipo de Estado, este paradigma de Estado nacional y social del Tercer Mundo, entró en crisis y empezó a ser llamado Estado populista, en una forma crítica, desde posiciones reaccionarias - propias de quienes buscaban el predominio del gran capital— o desde posiciones progresistas de quienes buscaban la democratización de la vida pública y el incremento de las políticas de justicia social y desarrollo. En efecto, la palabra populismo se empleó y se emplea para designar a

aquellos movimientos o estados que, pretendiendo ser representantes del pueblo, adquieren formas autoritarias, con caudillos, con caciques o líderes que los dirigen; y que, más que ser estados populares, son estados populistas.

Pues bien, en los años sesenta y setenta esos estados entraron en una seria crisis que coincidió, primero, con los movimientos revolucionarios que surgieron a raíz de la revolución cubana y, años después, con las grandes alzas del petróleo a nivel mundial, que en los años setenta afectaron gravemente a los países no petroleros; ambos hechos, la radicalización de los movimientos populares y las alzas del petróleo y de los costos de producción, desataron una respuesta muy agresiva de las grandes potencias. Los regímenes populistas fueron sistemáticamente derrocados, pero, más que por gobiernos revolucionarios, por gobiernos autoritarios o militares. En realidad culminó con su caída un proceso muy amplio. En él puede advertirse que muchos estados populistas de América Latina, de África y Asia, que habían surgido en la segunda guerra mundial, empezaron a ver cómo estallaban sus propias contradicciones, sus propios desequilibrios, y empezaron a ser acosados e incluso derrocados por movimientos que querían ser más radicales, más profundos, o por movimientos que tendían a ser conservadores o reaccionarios, y a beneficiar más bien a las viejas oligarquías terratenientes o a los grandes empresarios, a los viejos y nuevos intereses de tipo colonial o imperialista. En todo caso, ese otro modelo, ese otro paradigma de Estado-nación popular y social, benefactor y desarrollista, también entró en una seria crisis en los últimos 30 años, y con él un modelo o paradigma de investigación y análisis social y político que se desarrolló en el Tercer Mundo a partir del discurso filosófico, del ensayo histórico y social, y de algunas corrientes positivistas que desde el siglo XIX y en el XX incluyeron ciertas técnicas de trabajo de campo y otras, estadísticas, para especificar y precisar sus análisis de los problemas de la dependencia y la liberación. El paradigma o modelo de las ciencias sociales del nacionalismo revolucionario o liberador tuvo un amplio marco filosófico y variaciones políticas tan ricas como son las civilizaciones e ideologías de África, Asia y América Latina. Con grandes autores, que van desde Sun Yat-Sen hasta Nehru, o desde el poblano Luis Cabrera hasta el ghaniano N'Krumah, su

discurso se enriqueció con los enfoques marxistas periféricos, que cuentan entre sus líderes intelectuales a Mao Tse-Tung y Fidel Castro. Paradigma disfumado en las palabras y las filosofías, el de las ciencias sociales del Tercer Mundo se precisó con las acciones y, sobre todo, con la relación entre las palabras y los hechos, y las formas en que los pensadores y líderes igualan la vida con el pensamiento.

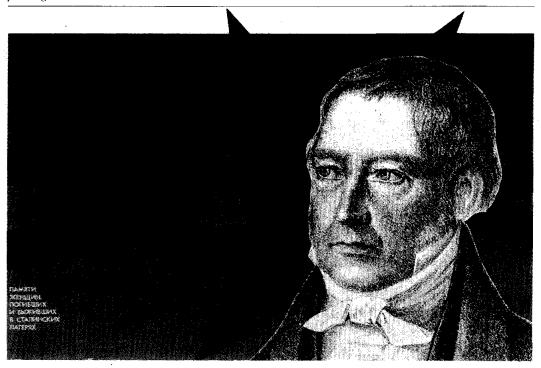
A la caída de los regímenes y paradigmas del nacionalismo liberador, se añadió una más, que acaba de ocurrir en 1989 de manera colosal, de manera impresionante, que fue el colapso de todo un mundo asociado a la segunda gran potencia militar del globo, que se llamaba hasta hace poco Unión Soviética y que dejó de existir.

La crisis de los países aliados de la Unión Soviética y de la propia Unión Soviética es un tema del que todos hablamos. El fenómeno acabó con un poderío económico, político y militar gigantesco, el de los países del socialismo real, como los llamó Bréznev, uno de los dirigentes rusos. Los países del llamado socialismo real entraron realmente en una grave crisis, de la que no salieron nunca, una de las crisis más espectaculares en la historia. Corresponde a la crisis del paradigma, del modelo por el que lucharon miles, millones de hombres —a menudo en formas heroicas—, en busca de una sociedad más justa que liberara simultáneamente a los países dependientes y a los trabajadores, a los pueblos oprimidos y a los obreros explotados. Ese proyecto o paradigma -conocido como marxista-leninista— logró notables avances económicos, sociales, educativos y científicos durante un largo tiempo, pero fue cayendo poco a poco en manos de burócratas, de políticos, de mafias que se aprovecharon del inmenso poderío que concentraron en fábricas, pueblos y oficinas para ir acumulando sus propios capitales en el mercado negro, en el tráfico de armas, a través de robos a su propio Estado, un fenómeno parecido al que se dio en muchos de los países de los estados nacionalistas, pero que en este caso provocó una contradicción todavía más fuerte, porque se suponía que los dirigentes de estos países estaban luchando por una sociedad igualitaria y resultó que muchos de ellos estaban realizando un proceso de mera acumulación de capitales particulares, en violación a todos sus principios y a toda su filosofía y a todos sus discursos, a todo lo que estaban diciendo. No sólo, sino

que el terrible autoritarismo que ostentaban y que dio pie a la corrupción y a la restauración tuvo un efecto más: entró en contradicciones crecientes con el desarrollo científico y tecnológico, y fue física e intelectualmente incapaz de impulsar las industrias más avanzadas y de triunfar en la revolución científica y tecnológica del conocimiento y la información.

A la derrota moral del paradigma de acumulación social se añadió, así, la derrota científica y tecnológica de la segunda y la tercera revolución industrial, sobre todo de esta última: la de la comunicación, pero también la taylorista, de la producción en masa, pues el llamado socialismo real empezó a producir tractores, aviones, maquinaria, muy burdos, muy costosos, muy ineficientes, cuya construcción y mantenimiento implicaron grandes derroches de materias primas y energéticos. De ese modo, entraron en grave crisis, no sólo la economía y la realidad y la política, sino el lenguaje y la concepción del mundo y de la vida de una filosofía que se quería general, universal, y que pretendía imponerse en forma autoritaria y oficial a todo el mundo. Y realmente lo que ve uno en este momento es la gravedad de la crisis de ese paradigma autocrático, que se manifiesta en la pérdida de las palabras, del discurso y de las formas de razonar, si las hubo, al grado que muchos de los líderes que están actualmente al frente del proceso, o en su contra, parece que no saben a qué palabras recurrir, ni en qué conceptos apoyarse, ni qué decir, ni qué pensar, lo cual da idea de una crisis realmente muy grave, mayor sin duda que la de los estados benefactores del Primer Mundo y la de los estados populistas del Tercero. (Se supone que el Primer Mundo es el de los países altamente desarrollados. El Primer Mundo comprende a Europa, a los Estados Unidos, a Japón, dentro del capitalismo; el Segundo era o es —en lo que queda— el de los llamados países del socialismo real, en especial la antigua URSS y los países del este de Europa; y el Tercer Mundo corresponde a los países de origen colonial.)

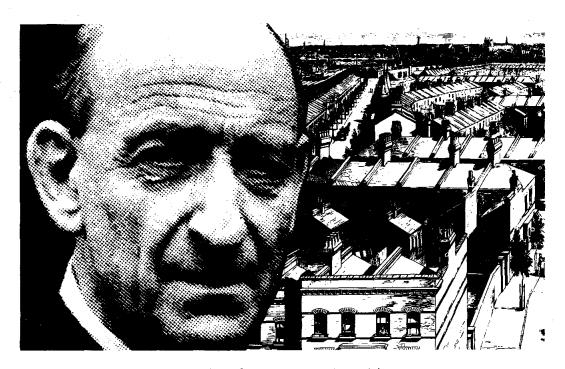
Podemos usar o no estos términos; el caso es que la crisis del Segundo Mundo, la crisis del socialismo real, resulta ser mucho más fuerte que la del Primero y la del Tercero, porque en aquél entró en auge una ideología que es muy fuerte, que tiene gran tradición, con filósofos, con pensadores muy importantes, y que se llama, o que corresponde, a la filosofía



liberal, con manifestaciones relativamente nuevas, por lo que se habla de un auge del neoliberalismo, y esa filosofía, que tiene filósofos, economistas, politólogos, historiadores, muchos de ellos de gran nivel, empezó a proporcionar nuevas formas de razonar y nuevas formas de expresarse para organizar a la sociedad de acuerdo con un nuevo paradigma. Y en cuanto a la crisis del paradigma nacionalista o populista del Tercer Mundo, no fue tan grave como la del proyecto del socialismo real, porque los antiguos dirigentes populistas y nacionalistas, inmersos ya en una economía de mercado, y acostumbrados de tiempo atrás a seguir las modas del Centro, hasta en nombre del nacionalismo adoptaron el neoliberalismo. Cambiaron su retórica y sus conceptos con más facilidad que los comunistas enriquecidos, partidarios abrumados de un laissez faire del que se disfrazaron, violentando sus reflejos condicionados, todo tras destruir un paradigma científico que, arrancando de la filosofía clásica alemana, hizo una crítica de Hegel —con Hegel—, de Ricardo —con la escuela inglesa del valor—, del socialismo —con los críticos más avanzados de la revolución burguesa y sus desastres sociales—, y que tras las aportaciones ecuménicas de Marx y Engels plasmó el proyecto más ambicioso para la liberación de los trabajadores y de los pueblos, con Iván Illich Lenin, heredero de toda aquella corriente europea del pensamiento dialéctico y científico, y heredero también del populismo ruso que se vinculó a los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos. El paradigma de acción y el científico se fueron a pique, sin dejar vestigios ni de su poder ni de su sapiencia.

El planteamiento neoliberal —hoy dominante en el mundo- se hizo con el apoyo de los grandes grupos de poder, de las grandes empresas transnacionales, del capital oligopólico. Además encontró apoyo, encontró base social, en el descontento que habían generado un Estado asistencialista en crisis y los regímenes de tipo populista o socialista autoritarios y corrompidos. Así, se levantó orgullosa una alternativa que ya estaba en el ambiente y que corresponde a una parte de la cultura, de las preferencias intelectuales y materiales de las clases dominantes de Europa, de Japón, de los Estados Unidos e incluso de muchos países subdesarrollados. Las clases dominantes, que habían perdido los gobiernos y los habían tenido que dejar en manos de los socialdemócratas y los populistas, volvieron a tomar el control del poder político directo o impusieron sus políticas liberales y neoconservadoras a socialdemócratas y populistas. Las viejas clases dominantes, sus corporaciones, sus asociaciones, habían mantenido, e incluso incrementado, su poderío económico y financiero, y habían logrado una profundidad muy grande en sus planteamientos ideológicos neoliberales, combinándolos muchas veces con investigaciones científicas que corresponden a un desarrollo notable de las ciencias sociales, particularmente de aquellas que se sirven del método experimental para estudiar los fenómenos sociales o de aquellas que usan el análisis de sistemas, es decir, el análisis de conjuntos y subconjuntos sociales, para ver en qué condiciones se encuentra la estructura social, la sociedad; qué formas tiene la sociedad y cómo cambiar estas formas, con qué grados de libertad organizarse, autoorganizarse y reorganizarse.

Pues bien, los grupos liberales o neoliberales, estos grupos liberales de fines del siglo XX, con ideologías de tipo conservador, tienen una gran tradición filosófica y política, que constituye parte de la riqueza cultural de los mismos. Por



un lado, tienen a sus grandes filósofos, a sus grandes teóricos, desde Hobbes, Locke, Adam Smith, hasta Hayeck, o Raymond Aron, o Popper; tienen, además, el dominio de los métodos científicos experimentales, y de los métodos científicos que corresponden al análisis de sistemas, muchos de ellos paraexperimentales. Y todo eso nos obliga a reconocer que el paradigma que ahora está dominando cuenta, por un lado, con grandes pensadores y filósofos, y, por otro, dispone de métodos muy finos y eficaces para el estudio de las formas y de estructuras sociales, como imágenes que puede uno tener, y también como dibujos que puede uno hacer, como un pensarhacer para que las organizaciones sean más eficaces y las estrategias sean más adecuadas, en un sistema global en el que dominan las grandes compañías transnacionales y sus asociadas del centro y la periferia mundiales, con sus paradigmas científicos y sus paradigmas de poder.

La herencia del rico pensamiento conservador y el uso de técnicas científicas muy avanzadas permitieron presentar un paradigma de alternativa sumamente vigoroso a las fuerzas hoy dominantes de los Estados Unidos, Japón y Europa. El fenómeno no se dio en el caso de los países del socialismo real,

donde parece haber predominado un espíritu sumamente autoritario en el terreno del pensamiento, un espíritu parecido al autoritarismo de las religiones antiguas y más dogmáticas. En ellos se pasó de estar creyendo en los dirigentes del país como si fueran casi dioses, se pasó de la sacralización de los grandes pensadores que habían dirigido el proceso, desde Marx y Lenin, hasta Mao Tse-Tung, a execrar y a hablar de ellos en formas también muy autoritarias, también como de tipo religioso, como de renegados que no logran encontrar ese espíritu crítico que se informa, que se rehace y que reformula sus organizaciones y sus luchas.

Pues bien, esta gran crisis de paradigmas, que en el caso de los países del socialismo real llevó a la situación más dramática concebible, que es cuando un hombre se queda sin qué decir, sin qué hablar y pensar y hacer, esta gran crisis al mismo tiempo ha provocado una conmoción muy fuerte en los planteamientos sobre el sentido de la historia y del humanismo. Ha removido completamente los planteamientos sobre el proyecto humanista que surgió en el Renacimiento y que, en cierta forma, es heredero de proyectos humanistas anteriores, algunos formulados en términos religiosos, que vienen del cristianismo, y otros formulados en términos filosóficos, que vienen del racionalismo griego. En el siglo XX el humanismo ha visto cómo proyectos surgidos a lo largo de la Edad Moderna se han ido al despeñadero. Y no sólo los religiosos o los filosóficos, sino los que se han formulado en nombre de la ciencia y con el recurso de la ciencia, los de la socialdemocracia, los del socialismo marxista-leninista, los del nacionalismo del Tercer Mundo.

El problema es que la alternativa dominante, la alternativa liberal, neoconservadora (y se le llama neo porque al conservadurismo tradicional añadió el descubrimiento de las contradicciones del populismo, el descubrimiento de las contradicciones y las incongruencias del socialismo real), el problema es que la alternativa liberal —en todas sus versiones— ha generado en menos de 10 años una realidad que, lejos de resolver los problemas del proyecto humanista, conforme corre el reloj muestra que estos problemas se acentúan, que se extienden, que se agudizan. El más serio, el más grave de ellos, con implicaciones muy grandes para el futuro de la humanidad y para la sobrevivencia del hombre,

es el de la miseria, es el de la pobreza y la extrema pobreza, que están creciendo de manera tremenda, afectando todos lo proyectos humanistas y liberales que vienen desde la revolución francesa y desde la revolución de independencia de los Estados Unidos, y mostrando de nuevo que tras ellos se encierra y se mueve la realidad invencible de la explotación más irracional y cruel de hombres, pueblos y riquezas naturales, incluso del agua que bebemos y del aire que respiramos, de mares, bosques, mantos acuíferos y reservas de energéticos.

En estos 10 años de neoliberalismo, la pobreza y la pobreza extrema han aumentado muchísimo, incluso en los países altamente desarrollados, sobre todo cuando éstos aplican la política neoliberal de una manera ortodoxa, esto es, respetando las leyes del mercado, como si las leyes del mercado fueran a resolver los problemas del hombre y los problemas sociales de manera natural, sin mayor intervención, sin una política social, sin un programa social. Resulta que no es así, y que si la miseria, por un lado, está creciendo, junto con fenómenos llamados de marginación, de exclusión, de explotación, por otro lado, la democracia del proyecto neoliberal, en esas condiciones de insatisfacción social, aparece como un proyecto muy endeble, muy dudoso, muy discutible, muy inestable, con problemas de ingobernabilidad mundial y nacional, que se acentúan también en el campo ecológico, problemas de destrucción del medio ambiente y del propio ecosistema. Estos problemas se deben, por una parte, a un modelo de desarrollo que ha surgido sin control social, un modelo consumista, y, por otro, a un modelo marginador, con exceso de consumo civil derrochador y con tremendos insumos militares, eso por una parte, y, por la otra, al crecimiento de los pobres, que destruyen sus propios suelos, sus propias selvas, su propio hábitat para tratar de sobrevivir en medio de una miseria inenarrable, que antes abarcaba las tres cuartas partes y hoy abarca las cuatro quintas partes de la humanidad, según los estudios más recientes, y que, no sólo afecta a los pobres, a los miserables, sino a los que no lo son, y que es parte de los problemas de la destrucción del medio ambiente a nivel global.

En estas condiciones, a la crisis de los modelos populistas y del socialismo real se añade hoy una crisis que se está agudizando y que se va a profundizar antes de que termine este siglo: es la crisis de los modelos neoliberales, del paradigma neoliberal dominante. Así, se plantea hoy mismo un problema para todos nosotros, o como estudiosos, o como estudiantes: cómo investigar los problemas sociales de nuestro tiempo y cómo estudiar las ciencias sociales y las humanidades para que nos den una imagen relativamente clara de esos problemas, de las tendencias actuales de la sociedad y de la historia, de la estructura actual del mundo y de sus posibles transformaciones; una imagen en que podamos apoyarnos por lo menos para una aventura del pensamiento, o cuando menos para iniciar nuestro estudio del mundo en el que vivimos, de la sociedad en que vivimos y de los nuevos ideales humanistas que van a surgir en ella, y de las posibilidades prácticas, reales, de hacerlos efectivos. Se trata de problemas relacionados con la alternativa, a los que querría referirme brevemente y con los cuales terminaré esta plática.

El problema es el siguiente: a la crisis del Estado asistencialista, del Estado populista y del Estado del socialismo real, se añade, cada vez más, una crisis que se está acentuando a nivel global, y que es la crisis del propio Estado neoliberal hoy triunfante. Y las reflexiones que despiertan estos hechos son de tres tipos: una que veo en forma muy crítica, y otras dos que me parece que van a presentar muchas posibilidades para la comprensión del mundo y para su transformación en los próximos años.

La primera se refiere a posiciones muy escépticas, muy conformistas, de filósofos desilusionados, desencantados, que consideran que ya se acabó el proyecto humanista, el proyecto que la revolución francesa, por ejemplo, formuló con aquellas tres palabras de libertad, igualdad, fraternidad. Piensan que estamos en la edad posmoderna, que ya no hay nada que hacer, y exploran posibilidades de huida en el campo de la creación estética, y en la búsqueda de formas de pensar que no correspondan a un paradigma para mejorar las condiciones del país o del globo terráqueo. Dentro de esa corriente, y en una posición todavía más conservadora, porque en el fondo, si uno dice que no hay nada que hacer, pues ya está uno volviéndose conservador, está uno diciendo, bueno, no hay nada que hacer, dejen que hagan y que el mundo siga siendo como está, con todos los defectos que tenga de miseria, de



11871

opresión... Dentro de esta corriente, hay un publicista, medio filósofo, que es un norteamericano con nombre japonés que se llama Fukuyama, que escribió un ensayito muy famoso, y no porque sea muy profundo, ni muy notable, sino porque dice con gran claridad, de manera compacta, lo que le interesa a muchos señores que se diga, y es que ya se acabó la historia, aquí sanseacabó, aquí ya no hay nada que hacer. Y Fukuyama ha escrito este folletito sobre el fin de la historia, en que dice: "hasta ahora hubo historia, pero de aquí en adelante todo va a ser más o menos igual; alternativas al mundo actual no van a existir", y la gente, no lo dice así, pero tiene que aguantarse, tiene que sobrellevar este mundo, pase lo que pase y vaya adonde vaya. Tales posiciones del norteamericano con nombre japonés se deben ver con mucho cuidado; posiciones parecidas siempre han surgido en los momentos de crisis. Siempre se han acentuado en las crisis el número de conformistas o de desesperados, de malditos, y algunos hasta han sido grandes poetas, como los que escriben entre la revolución de 1848 y la caída de la Comuna, y hay que leerlos si son grandes poetas —como a Baudelaire o a Rimbaud—, porque impresionan mucho sus expresiones sobre

lo que está ocurriendo, que es terrible, y sobre la dramaticidad de una historia que ellos ven sin salida, de un hombre que no tiene la libertad de cambiar su mundo; hay que leerlos, hay que gozar su poesía y rechazar su filosofía, su visión del mundo, que, por hermosa que sea, está equivocada.

Pero hay una segunda fuente que me interesa señalar, y que corresponde a una gran transformación de la ciencia, que está ocurriendo más o menos desde 1950 a la actualidad y que ha hecho eclosión recientemente. Es una maravilla lo que está ocurriendo en ese terreno, en el terreno de los cambios científicos de nuestro tiempo. Son tan fuertes que muchos autores dicen que, desde Newton, no se habían dado cambios tan fuertes. Newton acabó con toda una forma de ver el mundo, que venía de Aristóteles, en que todo se explicaba con base en sustancias, y Newton empezó a descubrir las leyes de la física, y encabezó un gran movimiento que arrancaba de una gran cantidad de científicos, particularmente del campo de la física, como Kepler y Galileo; o de las matemáticas, como Leibnitz. Ese movimiento dio una formulación nueva a las ciencias de la materia, forjó un paradigma muy influyente y a contrapelo en las ciencias de la vida, y que las ciencias sociales trataron de adoptar durante todo el siglo XIX.

Ahora bien, hoy resulta que el paradigma del cosmos y de la materia que encontró Newton siguió dominando hasta Einstein, y no ha sido sino después cuando ha empezado a irse para abajo. Hasta Einstein dominaba la idea de que sólo había un universo y una creación; esta idea no se cuestionó, se dio por natural, y resulta que en los estudios más recientes de las ciencias de la materia y de las ciencias de la vida aparecen distintas creaciones y distintos universos, y esto que se dice así, en dos o tres palabras, corresponde a investigaciones bellísimas, algunas realmente difíciles de entender, pero que nos plantean de nuevo en ciencias sociales, y con relación a los proyectos que los escépticos y desencantados quieren abandonar, la posibilidad de crear un mundo distinto y la posibilidad de pensar en distintos mundos o universos sociales, y de hacerlos.

Así, al mismo tiempo que ha ocurrido todo este gran drama de los paradigmas sociales, surge hoy en las tres grandes áreas del pensamiento científico —en las ciencias de la materia, en las ciencias de la vida y en las ciencias del



hombre— un patrón de análisis común a todas ellas que nos indica que la creación no nada más ocurrió una vez, como en el Génesis y en todas las religiones, sino que es un fenómeno que continúa, y que el universo no es uno solo -como en todas las religiones y filosofías—, sino que son varios; ni sólo está creado, sino por crear. Y aquí hay descubrimientos de tipo físico, químico, biológico, de tipo matemático, de tipo lógico y psicológico, sumamente elaborados y atractivos -con toda una pléyade de autores, como Alan Turing, R. Defay, Ludwig von Bertalanffy, John von Neumann, Illya Prigogine, Norbert Wiener y Arturo Rosenbluth, René Thom y Humberto Maturana, entre otros—, que confirman las evidencias de que no estamos predeterminados, ni necesariamente condenados a malvivir y destruir el mundo, y que nos obligan, en el campo social, a partir de la hipótesis de que sí podemos cambiar el mundo, es decir, de que va a haber posibilidades de cambiar el mundo, de acuerdo con objetivos, y de que quienes creen que ya se acabó la historia y que se va a acabar el mundo tienen muchas probabilidades de estar equivocados. Y esto es muy alentador, sobre todo cuando se es joven, como todos nosotros.

Así, acerca de la posibilidad de cambiar el mundo, todas las ciencias nos están diciendo hoy que esa posibilidad existe, y vale la pena por eso estudiarlas y aplicar el nuevo conocimiento también a los fenómenos sociales y a los paradigmas que surgen de la sociedad civil; y en este terreno (y con esta tercera aproximación voy a terminar) se está dando un fenómeno muy interesante, a nivel mundial, de lo que se ha llamado democracia emergente, un fenómeno que se acentúa y se profundiza, que es mucho más claro en América Latina, pero que existe también en África, en Asia y en los países altamente desarrollados, con la idea de que realmente el paradigma del futuro no tiene por qué descansar en una intervención del Estado muy grande, como se pensó en el Estado asistencialista, en el Estado populista y en el Estado del socialismo real, pero tampoco tiene, como se piensa en el neoliberalismo, que descansar en los grupos de poder económico, cuyo motor principal es la ganancia, es el incremento de las utilidades, sino que tiene que descansar en un poder de las mayorías, un poder que sea pluralista, que sea respetuoso de las ideas de los demás, que sea respetuoso de las variaciones políticas, de los universos ideológicos y que aproveche todas las experiencias anteriores del proyecto democrático y de la lucha por la libertad, la justicia social, la independencia y la soberanía, para tramar un paradigma social —de control de la corrupción y del autoritarismo, de eliminacion de la explotación y de respeto al espíritu científico y a la alta calificación técnica— mucho más elaborado que los que hemos tenido antes, con la ventaja de que la guerra, en este momento, como solución global, ya no es solución, y con la ventaja de que el desarrollo tecnológico controlado, y al servicio de la investigación científica y los valores humanísticos, puede darnos un mundo considerablemente mejor.

Yo creo que difícilmente al decirles estas palabras les estoy diciendo algo que tenga pocas probabilidades de ser cierto, porque son muchos los científicos que desde la física, desde la química, desde la biología, desde la sociología, la economía, la filosofía, el análisis de sistemas, nos están insistiendo en que el hombre tiene posibilidades de alcanzar un mundo mejor.

# AMÉRICA LATINA: ESBOZO DE DEFENSA DE LO SUSTANCIAL

sergio bagú

Poco después de finalizar la segunda guerra mundial, se expandió en América Latina la idea de que la solución a los males de cada país consistía en un desarrollo económico basado en la industrialización. Había habido en varios países de la región una primera etapa de industrialización ligera desde fines del siglo XIX, así como autores y políticos que trataron de impulsarla, pero su prédica sólo tuvo alcances prácticos limitados. Ahora se trataba de traducir la idea en términos de política nacional permanente.

Desde muy temprano después de su fundación, la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas, bajo la conducción del ilustre Raúl Prebisch, fue el instrumento más eficaz de esta propuesta de reorganización global de las economías nacionales en el subcontinente.

Se inició la etapa de los planes de desarrollo nacional, de las cátedras de Teoría Económica y de Desarrollo Económico, así como de los institutos oficiales dedicados al desarrollo y la planificación. La CEPAL produjo, a petición de los gobiernos, planes de desarrollo global para gran número de países.

Durante lustros, el desarrollo económico, basado en la sustitución de importaciones industriales y en la expansión de

Sergio Bagú. Historiador argentino. Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Autor de diversos libros, entre los cuales se puede mencionar Dios en la sociedad de los hombres. Miembro del Consejo Asesor de Dialéctica. la planta productiva, se transformó en un objetivo envolvente, a punto tal que aparecieron partidos políticos que sostenían expresamente que toda búsqueda de soluciones sociales debía quedar subordinada al desarrollo económico de nuevo tipo, porque, una vez logrado éste, los otros problemas se resolverían fácil y rápidamente. Una verdadera profesión de fe economicista a ultranza, para la cual el factor económico era el único elemento dinámico en el proceso histórico.

La etapa inmediatamente posterior surgió ante la necesidad de un cambio de rumbo frente a una nueva realidad. La nueva industria que se articuló en varios países del

subcontinente tenía un grado apreciable de dependencia respecto de la industria, de la tecnología y de la organización financiera radicadas en las grandes potencias industriales del mundo occidental. En la inversión directa la mayor concentración de capital se produjo en empresas nacionales estatales y en empresas privadas extranjeras. En no pocos países apareció una organización sindical más eficaz y más reivindicatoria que la que había actuado hasta entonces. En todas las regiones del subcontinente a las que había alcanzado la ola de transformación económica se habían intensificado las migraciones rural-urbanas y formado cinturones urbanos con viviendas sumamente precarias y malas condiciones sanitarias. Era una masa migrante que no podía ser absorbida por el sector productivo de nuevo tipo y que poco después pasaría a integrar lo que hoy denominamos economía urbana informal. En varios países la acción política no se desarrollaba ya dentro de las líneas fijadas por el orden constitucional, sino que se propiciaban soluciones de fuerza ante los problemas sociales acumulados.

La CEPAL reconoció expresamente las limitaciones de sus planteamientos económicos anteriores y creó, para superarlas, su División de Estudios Sociales, a cuyo frente colocó a José Medina Echavarría, sociólogo eminente desplazado de su España natal por la guerra civil. En muchos países se presenció la fundación de cátedras de sociología, de ciencia política y de historia económica y social, así como de centros de estudios demográficos. Se trataba de reconocer que el desarrollo económico es un proceso siempre integral y que los problemas que suscita jamás pueden resolverse en un terreno estrictamente económico y técnico. La gran expansión de los estudios y las cátedras de historia económica contribuyeron al conocimiento de las revoluciones industriales de los siglos XVIII y XIX, así como de sus consecuencias sociales, demográficas, sanitarias, culturales y políticas.

La etapa en la cual se encuentra América Latina hoy repite algunas de las características de la primera fase de la etapa anterior: la euforia ante la posibilidad de incorporarse a una revolución tecnológica mundial y a una economía internacional que se está organizando. Las otras condiciones teóricas y políticas son las que corresponden al neoliberalismo.

También esta etapa va acompañada por un planteamiento



en materias científicas y educacionales. Se trata de concentrar un gran esfuerzo nacional en cada país para desarrollar la infraestructura tecnológica necesaria para incorporarse a la gran revolución industrial de nuestros días. Esto implica el apoyo decidido a toda actividad educacional tendiente a la asimilación de nuevas tecnologías y a la posibilidad de aplicarlas en plazo breve en la producción de bienes y servicios.

Como en la etapa anterior, hay franjas del conocimiento olvidadas, principalmente la ciencia básica y el conjunto de las ciencias sociales. La ciencia básica es la búsqueda de algo cuya aplicación práctica se ignora, pero que se supone corresponde a ese tipo de conocimiento que se transforma en el punto de partida de todos los otros tipos de conocimiento, así como de la aplicación práctica del saber. Las ciencias sociales inquieren sobre la naturaleza de las sociedades humanas y de sus dinámicas. Ni las ciencias básicas, ni las ciencias sociales, pueden, en un primer estadio de su desarrollo, aportar nuevos productos comercializables, pero no existe tecnología de la producción en las sociedades modernas que pueda responder a necesidades nuevas si no se apoya en

la ciencia básica y se inserta en el vasto contexto relacional que estudian las ciencias sociales. El abandono de la ciencia básica en favor de la tecnología y la desaparición de las ciencias sociales en favor de la mercadotecnia son dos fases de un mismo suicidio cultural.

Hay otras implicaciones más dramáticas a corto plazo. Los procesos económicos y tecnológicos pueden generar alteraciones sociales y expresiones políticas de vasto alcance en plazos reducidos. Es como la energía que se acumula en el subsuelo silenciosamente antes del terremoto. En este caso, el terremoto es el cambio drástico y rápido del equilibrio político.

Cuando se llega a ese escalón, es cuando se reconoce la necesidad de intensificar el análisis político, social y demográfico. Es decir, se regresa a una actividad cultural olvidada en la fase inmediatamente anterior de euforia economicista.

Es fácil predecir en los días actuales que aparecerán conmociones políticas en el subcontinente como consecuencia inmediata de la aplicación de planes neoliberales y se producirá en fecha no lejana una suerte de regreso a las búsquedas de la ciencia básica y del conjunto de las ciencias sociales. Esa etapa previsible traerá consigo también la necesidad de revisar muchos valores teóricos en las ciencias sociales, bajo el apremio de encontrar solución a problemas organizativos de gran magnitud, que se dibujan ya en el horizonte de nuestras poblaciones latinoamericanas.



# REFLEXIONES SOBRE EL ATRASO MEXICANO

### ramón eduardo ruiz

I

arx decía que la historia suele repetirse, primero como tragedia y luego como farsa. Esto hasta ahora, según los desilusionados, es tal vez la mejor manera de describir la trayectoria mexicana a partir de su retorno al estilo porfirista de dogmas económicos y lemas ideológicos, los cuales se empiezan a conocer a partir de los años cuarenta con el nombre de neoliberales. La adopción de teorías de mercado y libre comercio, rezago del siglo diecinueve, han socavado el terreno de las recetas nacionalistas populacheras, una siendo el sueño bucólico de una nación más o menos autosuficiente de pequeños agricultores.

Sin embargo, después de mucho hablar sobre milagros y salidas a la vuelta de la esquina respecto a una prosperidad industrial con la economía del libre comercio, la pobreza en México, al igual que en el resto del mundo en desarrollo, es un fenómeno estrujante. Entre los "desamparados del mundo", en las palabras de Frantz Fanon, la realidad de la distribución de la riqueza entre México y los ricos y fuertes es cada vez más desigual. El poder político, que pudiera utilizarse para modificar el estado de las cosas, es manipulado por unos cuantos recalcitrantes. En algunos círculos de extranjeros opulentos, a decir de un sabio norteamericano, se acostumbra menospreciar y hacer a un lado a países como México.

Ramón Eduardo Ruiz. Historiador. Investigador mexicano residente en los Estados Unidos. Autor, entre otros libros, de La gran rebelión, 1905-1924.

Algo de esto es realidad. Desarrollo, como lo aplican a México los economistas ortodoxos, es un cuento de hadas que hace recordar la torcida forma de pensar de los políticos de los Estados Unidos que manejan la ayuda al extranjero y que, cuando se refieren a los pobres del mundo, condición de la mayoría de los mexicanos, lo hacen diciendo que éstos viven en un país en vías de desarrollo, un término orwelliano utilizado

para describir en forma global a todas las naciones que se encuentran unidas por una historia en común de dependencia y esperanzas reprimidas.

En verdad, el capitalismo dependiente, una fórmula tan vieja como la república misma, no es otra cosa que la bancarrota. No importa lo que digan sus apóstoles, ésta no ha proporcionado a las masas mexicanas una justa y decorosa forma de vida. La justicia social es una extraña en el México de hoy. Lo único que se ha logrado con esta fórmula del siglo diecinueve es poner a la mayoría de los mexicanos a la disposición de unos cuantos, tanto nativos como extranjeros.

Al igual que antes, la triste situación del México de los años noventa es la dependencia: el confiar en los extranjeros, en particular en el vecino del Norte, para mercados, fabricantes y el dinero. Los mexicanos que no están de acuerdo con lo anterior dicen que la antigua dependencia ha virtualmente convertido a México en "una colonia de los yanquis", como lo afirma José Agustín, el reconocido novelista, quien alega que, "no importa lo que digan los políticos, hemos empeñado a la patria". A lo que José Agustín se refiere, y a lo que haremos alusión en seguida, habla por sí solo.

#### II

Actualmente existen dos maneras erróneas de ver el problema, las cuales dominan el pensamiento occidental. La primera es el suponer que los factores internos, los que son particulares a cada sociedad, dictan la evolución comparativa. La otra sostiene que el modelo capitalista puede aplicarse al resto del planeta. De estas interpretaciones sigue que la desigualdad mundial es sólo producto de una serie de accidentes y, por lo tanto, "la polarización entre el corazón y las periferias", según Samir Amin, "puede resolverse dentro del entorno del capitalismo". Esta manera de ver las cosas reivindica los valores burgueses heredados del Siglo de las Luces, en el que se pensaba que los "individuos son responsables de su propio destino".

Los factores internos, de acuerdo con estos razonamientos, determinan básicamente el carácter del desarrollo nacional. Esto es, cuando los factores internos se desenvuelven dentro de un "margen propicio", las sociedades retrógradas pueden "salir de su atraso". Pero esta forma de pensar convenientemente hace a un lado el hecho de que, en muchos casos, fue precisamente esta integración al sistema capitalista internacional —la dimensión externa— la que pervirtió, si no es que ocasionó, la divergencia de los factores internos. La verdad es que la liga entre los factores externos e internos, que se encuentran intrínsecamente unidos y que en la mayoría de las veces operan en forma negativa, es la responsable del abismo que separa el corazón de las periferias. Hoy en día la alianza de las clases internacionales, el medio por el cual se rige el capital en escala mundial, es la responsable de que salir del atraso sea, no sólo difícil, sino casi improbable.

Las secuelas de la dependencia son formidables. Para empezar, éstas significan una burguesía mexicana, la clase predominante de índole internacional, ya que sus ligas con el mercado y núcleos financieros norteamericanos inspiran su bienestar. Por eso no es extraño que sus valores y comportamiento sean, en mayor o menor grado, un facsímil de los reinantes en el país vecino. Egoísta y oportunista, tiene poco en común con las burguesías europeas, que dieron auge al capitalismo del siglo diecinueve. Ciega al bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar; casi nunca se preocupa por el indigente pueblo.

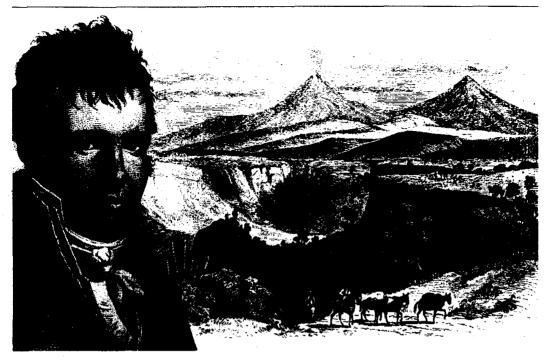
Mas hay otros males internos, desde exportaciones en manos de extranjeros, una economía bajo la tutela de gigantescas compañías transnacionales, un capitalismo monopolista y un pequeño mercado nacional. Además, hay sueldos mezquinos en las fábricas, entre los más bajos del mundo; el pavoroso desempleo o subempleo; una explosión demográfica que devora las utilidades; el angustioso estado del campesino; urbanización fuera de control de la capital de la República; una desigualdad social marcada, que le da a 5% de los mexicanos el gozo de 36% del ingreso nacional; desnutrición de los pobres; y, en la arena política, el monopolio del PRI, vocero de la burguesía, que Mario Vargas Llosa tilda "la dictadura perfecta".

#### III

¿Cómo sucedió todo esto? ¿Por qué fracasó el modelo capitalista? ¿Por qué este catálogo de pecados y omisiones? ¿Por qué, después de casi 200 años de esfuerzos realizados por los discípulos de Adam Smith, David Ricardo y la escuela de economía austera de Chicago, aún aflige a los mexicanos la enfermedad del subdesarrollo? Ciertamente, no es porque no hayan tratado de adaptar el modelo capitalista al escenario mexicano. La respuesta es compleja.

En primer lugar, el factor interno, que data de la Conquista, es el legado de tres siglos de dominio español. No importa cuáles hayan sido sus méritos, el colonialismo español no preparó a sus discípulos para el mundo moderno del capitalismo industrial. Haciendo a un lado todo lo que escriben sus aduladores, la Conquista, como en todas las usurpaciones, se llevó a cabo por una sed de enriquecimiento personal. La corona española, a cambio de una participación del pillaje, otorgó carta blanca a una legión de saqueadores. La codicia por una riqueza personal, ya fuera de los aventureros o de los déspotas reales, sentó los cimientos del México colonial. El afán por la aventura y las cruzadas por cristianizar a los paganos, por supuesto, jugaron papeles importantes; pero, dígase lo que se diga, fue el señuelo de la riqueza el que atrajo a los españoles al lejano Nuevo Mundo.

Los Siglos del Barroco, como se llamó la era de la plata, transformaron a la Nueva España en una sociedad rica, pomposa y florida, eminentemente aristócrata, pero de una aristocracia de dinero, que elogiaba lo brillante y lo trivial, en donde tan sólo unos cuantos fueron los beneficiados, casi siempre españoles y criollos. En la parte más alta se encontraba la élite mimada, cuyos gustos estaban fuera del alcance del resto de la sociedad, pero, según Alejandro von Humboldt, no iban en contra de la naturaleza de la Nueva España, el país "más rico del mundo". Sólo ahí, decía, era "un hombre rico, un verdadero millonario". Mas la Nueva España, sea o no rica como reclamaba el alemán, también era un país de desigualdades. En ninguna parte, admitió Humboldt, había encontrado tal disparidad en "la distribución de la riqueza... y en los niveles de civilización". Una minúscula élite poseía las buenas cosas de la vida; los demás,



casi nada. Los muy ricos vivían al lado de los muy pobres.

A pesar de la importancia de la minería, la agricultura era la principal actividad económica. La mayor parte de los colonos vivía de la tierra, una minoría como propietaria y el resto como peón o como agricultor de pequeñas parcelas. La hacienda, apoyo de la agricultura colonial, se desarrolló, en primer lugar, como respuesta a las necesidades de los campos mineros y después hacia los mercados locales y regionales. También, desde un principio, se afianzó una agricultura de exportación, con la cochinilla, el índigo, el cacao, la vainilla y, en ocasiones, el azúcar. Al igual que en la minería, los hacendados eran españoles o criollos, dueños de las tierras fértiles y del agua que hacía posible su cultivo. Los ejidatarios indígenas, la mayoría de las veces, trabajaban tierra estéril y jugaban un papel poco importante dentro de la economía.

Las haciendas nos revelan mucho sobre la naturaleza de la economía colonial. Mucho se ha dicho sobre el carácter retrógrado de sus dueños; de acuerdo con esta interpretación, los hacendados rara vez estaban interesados en mejorar, ni los métodos, ni la producción. Las haciendas que sembraban para los mercados locales sólo ocasionalmente obtenían ganancias.

Sin embargo, esta opinión no es válida. Si volvemos los ojos hacia atrás, nos damos cuenta de que el problema radicaba en la configuración de los mercados para los productos agrícolas. Sin un sistema nacional de carreteras, la hacienda solamente contaba con un mercado local y en ocasiones regional. El hacendado limitaba su producción para atender los mercados cercanos, obedeciendo los dictados de la oferta y la demanda. Debido a que los mercados eran pequeños, confiaba en la mano de obra barata para obtener ventaja pecuniaria. A lo que más le temía era a los años de sobreproducción, cuando sus competidores, casi siempre rancheros, cosechaban más de lo que el mercado consumía. Para evitar ese problema, el hacendado escondía sus excedentes, dando tiempo a que subieran los precios. No tenía ninguna necesidad de hacer más productiva su hacienda. El cuadro económico determinaba el comportamiento del hacendado. Las cualidades culturales, los valores españoles y argumentos de esta índole no explican la ineficiencia malsana de las haciendas. Esto también nos dice por qué al hacendado parecía faltarle instinto comercial y, como insisten algunos, una mentalidad capitalista.

Las tierras y las minas no podían ser productivas sin una mano de obra barata. Fue así como se dio inicio a la violación de los derechos de los indígenas, quienes eran obligados a trabajar la tierra y cavar las minas. Tal parece que los españoles no podían hacer nada por sí mismos. Ya Cortés lo había dicho: "vine a hacerme rico, no a labrar la tierra". Por consiguiente, desde un principio los españoles usaron a los indígenas conquistados como bestias de carga, obligándolos a realizar trabajos que iban más allá de su capacidad física. Durante las primeras décadas de la Conquista, el trabajo forzado estaba disfrazado por las encomiendas y los repartimientos, y después siguieron los míseros sueldos por los cuales el nativo tenía que trabajar, sin importar la cantidad de horas y las condiciones de trabajo.

Debido a lo desproporcionado de los peldaños en la escala del trabajo, a los fines de explotación de los conquistadores y al prejuicio racial europeo, que apareció con la llegada de Cortés, no es por accidente que en la Nueva España se levantara una sociedad basada en clases y castas. Para reforzar la posición de la clase en el poder, a las razas subordinadas se les mantenía en su lugar distinguiéndolas por clases y grupos



étnicos. Fue así como los españoles tomaban libremente a las indígenas, las hacían sus concubinas y casí nunca se casaban con ellas.

Esta pirámide social, una especie de pigmentocracia, colocó a los españoles en el escalón más alto, compartiéndolo con afortunados criollos; debajo de ellos se encontraban las castas, generalmente mestizos para 1800, y, por supuesto, el lugar más bajo lo ocupaban los indígenas. El vértice de la pirámide social, que refleja el cuadro económico, era ocupado por los blancos, esto es, los de piel clara; su base era oscura, estación de los cobrizos indios y de los mestizos, que, por desgracia, no habían heredado el color de piel de sus ancestros europeos. El prejuicio racial, negado ahora por muchos mexicanos, dividió a la sociedad, propiciando que la gente de razón, de piel clara y económicamente pudiente, viera con desdén a los pobres de piel cobriza, a los que consideraba fracasados debido a su raza. La nefasta relación entre las razas envenenó a la sociedad, haciendo que grandes abismos la dividieran, e hizo imposible la confianza entre las clases.

Nadie puede negar que la Conquista fue una experiencia traumática para los nativos de la antigua Anáhuac. Perdieron

a sus caciques, a sus sacerdotes, su religión, muchas veces sus tierras y su independencia. Con intención o por accidente, los españoles alteraron las culturas nativas y, en el proceso, ocasionaron un daño en la psique humana. La imposición de la cultura europea, a decir de los estudiosos, modificó hasta la vida sexual de los indígenas. Con el tiempo, el vocablo *indio* pasó a ser sinónimo de pobre y, acorde con la intolerancia de la época, ausencia de inteligencia.

También la Iglesia Católica, por supuesto, debe compartir parte de la culpa por los males de México. Las creencias religiosas, la moralidad y los valores de la Iglesia fueron parte del aglutinante que mantuvo unidos a los pueblos políglotas de la Nueva España. Superficialmente, el catolicismo parecía haber forjado un milagro al unir a españoles, criollos, indios, mestizos y africanos bajo un mismo techo. Pero el clero también usó a los indígenas para la construcción de sus templos y catedrales sin pago alguno. Adquirió tierras para sí, perdió su celo misional y forjó, con la apología de su anticuada doctrina escolástica, el pensamiento intelectual al controlar las escuelas y el aprendizaje. La influencia de la Iglesia, cuyos dogmas muchas veces se remontaban a la Edad Media, malogró el futuro colonial. Los protestantes, aunque tan intolerantes como los católicos, entraron, sin embargo, al paso de la revolución comercial que en ese entonces transformaba a Inglaterra.

Ni tan siquiera la fabricación se afianzó en la Nueva España. Desde un principio, España prohibió la competencia; lo que se producía en la madre patria no podía ser duplicado en las colonias. Claro, se evadía la ley, pues los colonos, para dar un ejemplo, producían vino y aceite de olivo. Sin embargo, la fabricación colonial sólo transformaba unos cuantos productos agrícolas y de pastoreo, principalmente telas de algodón y lana, pieles, jabón y velas. El tejido de telas, la principal industria, se hacía en obrajes, instituciones cuasicapitalistas que tenían muy poco en común con las mecanizadas fábricas textiles inglesas.

Como resultado, el comercio giraba alrededor de la reventa de las importaciones, casi nunca de manufactura española. Sólo unos cuantos colonos se beneficiaron con este comercio tan limitado. Muchos de los comerciantes eran, al mismo tiempo, empresarios mineros, ya que eran los que contaban con el capital para invertir en la compra para la reventa de artículos importados y, hasta mediados del siglo dieciocho, ellos fueron, en unión con sus secuaces del puerto de Veracruz, los mercaderes del *Consulado* de la ciudad de México.

El fracaso español atrajo a los extranjeros, en su mayoría ingleses y holandeses, a tapar el vacío que existía entre la demanda y el inadecuado abasto. El contrabando floreció, haciendo su agosto los ingleses, mientras que los extranjeros iban y venían a su antojo. Los mercados eran pequeños, ya que la mercancía importada estaba destinada a la élite adinerada; los pobres, más de las cuatro quintas partes de la sociedad, tenían tan poco dinero que sólo podían adquirir lo más indispensable. Dada esta situación, la Nueva España contaba solamente con un pequeño círculo de consumidores de artículos manufacturados.

Durante los siglos de la Colonia, y pese a los esfuerzos de los Borbones por cambiar la situación, España fue un país dependiente. A diferencia de Inglaterra, España no tuvo ni revolución industrial ni comercial. Fue tan sólo un intermediario que vendía en sus colonias lo que sus comerciantes compraban en Inglaterra o en los Países Bajos. Prohibía la fabricación en sus colonias, pero les suministraba muy pocos productos propios. La Nueva España era doblemente dependiente, ya que se atenía a la madre patria, al intermediario y, muchas más veces, a Europa Occidental. Esta mirada al pasado nos muestra que España, siendo un país colonial por ser tan dependiente, poco hizo por el desarrollo capitalista del México republicano.

### IV

Sin embargo, el legado colonial o factor interno no explica por sí solo los obstáculos que ahogaron al México republicano, que estorbaron, torcieron y falsearon su posterior desarrollo. Debemos analizar, también, cómo el factor externo vino a jugar un papel tan crucial. La dependencia, volvemos a decir, es un viejo atavismo de México, porque España, aunque era un *poder* imperialista, sufría, al mismo tiempo, una economía colonial. La independencia no logró alterar esta triste realidad,



porque no se dio en el momento propicio. A decir de un investigador, México entró tardíamente al mercado capitalista mundial. Cuando la República vislumbró el día, el mundo occidental, Inglaterra en especial, ya se encontraba gozando de una metamorfosis, producto de la revolución industrial. Con el nacimiento del siglo diecinueve, el capitalismo, palabra nueva en el vocabulario, hizo su entrada triunfal. A partir de ese momento, el capitalismo, lo mismo como ideología que como panacea, encontró cada vez más adeptos que dieron vida a una sociedad convencida de que la empresa competitiva, que compraba barato, pagaba poco por mano de obra y vendía caro, engendraba crecimiento económico. El resultado de esta economía, el logro de los industriosos, prósperos e inteligentes burgueses, abrió las puertas, según afirman sus ideólogos, a un mundo con oportunidades para todos, pero sólo si adoptaban reglas de comportamiento aceptables. Los discípulos del dogma capitalista hablaban hasta el cansancio de progreso, la meta sacrosanta, y que éste era inevitable. Herbert Spencer lo bautizó como un mundo apto solamente para los más aptos.

Para el mundo de la periferia, en el cual se encuentra

México, el capitalismo industrial significaba adaptación, aprender a vivir con la nueva realidad. El éxito venía al abrazar la doctrina del libre comercio y depender de las exportaciones de materias primas y minerales a los países industrializados; en un principio fue Inglaterra y, para fines del siglo, los Estados Unidos. Exportaciones de este tipo habían sido el baluarte antiguo de la economía hispana. Por lo tanto, la minería, aunque ahora en manos de extranjeros, y la agricultura para exportación continuaron siendo el puntal de la economía mexicana.

Para los liberales, principales triunfadores de la batalla por el espíritu de la República, el modelo capitalista tenía el hechizo de artículos de fe patrísticos. Una de las características más notables de estos imitadores fue la forma en que se automagnetizaron, como un conejo practicando la autohipnosis a falta de un armiño. Solamente les quedó una opción, que fue imitar el modelo occidental, copiar sus instituciones y, por sobre todas las cosas, abrazar sus ideales. La gente de la periferia aún podía salvarse si aceptaba el ideal de Estadonación, adoptaba constituciones, salvaguardaba el derecho de propiedad, elegía asambleas representativas y gobiernos responsables ante ellos y permitiera, cuando fuese necesario, la participación del pueblo en la política, siempre y cuando no se comprometiera el orden social burgués. Esto, por supuesto, encajaba perfectamente con la proclividad de los liberales, los novatos burgueses nativos y los patrones de la economía nacional.

Pero a medida que los liberales saboreaban su panacea, el monstruo del capitalismo industrial comenzó a desvanecer sus sueños idílicos. Inglaterra llevaba la delantera. Los buques de vapor y la construcción de vías férreas en los países de la periferia comenzaban a cambiar el rumbo del comercio de las naciones industrializadas, esto es, de las importaciones a las exportaciones. A partir de ese momento, y pese a que Inglaterra y el oeste capitalista seguían comprando materias primas, a su vez eran cada día más los productos elaborados con los que saturaban los mercados de la periferia. Países remotos, antaño autosuficientes, se convertían de pronto en eslabones de la economía mundial. Muy pronto se desarrolló una fuerza internacional de trabajo: el oeste industrial elaboraba y vendía sus productos, no con poca frecuencia a



precios exorbitantes, mientras que el resto del mundo, la periferia, trabajaba para surtirlo con materias primas baratas. La ley de la ventaja comparativa, tan pregonada por David Ricardo, y en la que gustosos se habían acogido los liberales, pasó a ser más mito que verdad. Gran parte del mundo y sus pobladores comenzaron a depender, en mayor o menor escala, del Oeste. Muy poco del dinero que entraba por las exportaciones a los países marginados iba a parar a las fábricas, en parte, porque los capitalistas occidentales no querían que aquéllos compitieran en sus mercados.

El capitalismo industrial obstaculizó el desarrollo económico de México, dificultándole modificar las trampas coloniales. Los empresarios mineros se adaptaron fácilmente a la nueva situación; después de todo, siempre habían dependido de los compradores extranjeros. Los hacendados, exportadores o no, encaraban una situación semejante. Al igual que los mineros, no tenían ninguna necesidad de desafiar el viejo statu quo económico. Lo único que ellos deseaban era su rebanada del pastel. Ambos grupos, los cimientos del viejo sistema colonial, querían vender para poder adquirir lo que necesitaban. Que los extranjeros fueran los fabricantes no les molestaba en lo

más mínimo. Mientras ellos fuesen pudientes, estaban dispuestos a no perturbar la antigua estructura. Por tanto, ni para los hacendados, ni para los barones mineros, la independencia representó un cambio del viejo orden. Tampoco anhelaban uno.

El capitalismo de este tipo, sin embargo, obstaculizó las esperanzas de los postulantes de la fabricación propia, sin la cual ninguna nación puede aspirar a ningún grado de independencia. Cuando México cortó sus ataduras con España, sus mercados quedaron a merced de los exportadores europeos, principalmente los ingleses. Agresivos como eran, inundaron los mercados mexicanos con sus productos, vendiendo mucho más que lo poco que se producía localmente. En muy poco tiempo restablecieron los términos coloniales de intercambio; artículos terminados a cambio de metales preciosos y productos agrícolas. Los obrajes no pudieron competir con las telas baratas de Lancashire. El empeño por construir una industria textil, parte íntegra del ensueño de Lucas Alamán, ayudó muy poco.

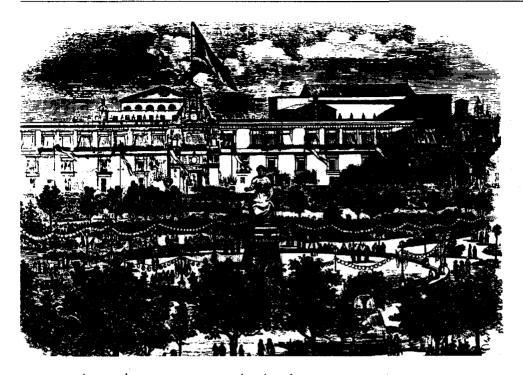
No fue sino hasta finales del siglo diecinueve que la fabricación, más allá de la etapa textil, metió un pie en el mercado. Para 1910, cientos de plantas industriales salpicaban el horizonte nacional, incluyendo hasta una industria de acero en Monterrey y a holding companies. La llegada del ferrocarril en los años de 1880 abrió las puertas a las fábricas. Pero la anunciada revolución industrial adolecía de graves fallas. En un-México subdesarrollado, la avanzada y costosa tecnología socavó la industrialización. Con personal técnico foráneo, era una copia de capital intensivo de su contraparte extranjera, demasiado avanzada para el incipiente mercado mexicano, y operaba por debajo de su capacidad. La sobreproducción era endémica. La industria mexicana, imposibilitada para competir en el mercado interno con los productos de marca extranjera, requería una firme protección arancelaria y el subsidio federal para mantenerse a flote, mientras que, por otro lado, pagaba sueldos bajísimos a la fuerza laboral. En su afán por obtener utilidades, los empresarios mexicanos fundaron monopolios para controlar el mercado, mas no hicieron nada para aumentar el número de consumidores.

El descuido o la ineptitud para modificar las bases económicas determinó la naturaleza del liderazgo nacional. Durante el siglo diecinueve, una burguesía dependiente y liberal fue el timón del barco oficial de México. Al igual que su precursor colonial, estaba satisfecha con el statu quo, una economía que dependía de las exportaciones de materias primas y minerales, que saboteaba todo intento por construir una industria nacional. La creciente monopolización de la tierra, atributo del porfiriato, no perturbó su sueño; la productividad y la eficiencia, sin importar el costo social, fue su membrete. Claro está que fue esta actitud la que ayudó a que se mantuviera el grado de dependencia tan arraigado en México. Por otro lado, los industriales de la época, un pequeño grupo, no concordaban con sus hermanos hacendados.

Más aún, nada se había hecho por transformar la pirámide social. Una élite, más española que indígena, controlaba el gallinero; despreciaba la herencia indígena si su piel no era completamente clara. Las políticas de México eran las políticas de su élite, la cual, además, controlaba todos los puestos en la vida política. Como en los tiempos de la Colonia, pocos eran los escogidos; un sistema que se justificaba, ya que más de 80% de la población era analfabeto, carecía de bienes y, por lo tanto, no tenía derecho a ejercer su opinión o aspirar a un puesto público.

### V

La revolución de 1910, a pesar de toda la retórica que rodea su historia, no pudo cambiar el rumbo de las cosas. Poco se hizo para mudar la relación de dependencia con los Estados Unidos; México seguía viviendo de sus exportaciones de materias primas y minerales. Para los triunfadores de esta guerra civil, una joven generación de burgueses a quienes se les había negado un lugar en la mesa del banquete porfirista, el nacionalismo, tan exaltado en aquel entonces, significaba, más que nada, la demanda de un pedazo más grande del pastel del lucro. Los extranjeros, casi siempre norteamericanos, podían seguir siendo dueños de las minas, controlar los campos petroleros y manejar los ferrocarriles, aunque el reclamo popular por las reformas agrarias les costó las tierras. Luchando contra una vociferante oposición



norteamericana, las promesas constitucionales para nacionalizar la industria del petróleo languidecían. Nada se hizo para detener la inversión extranjera, mientras que ésta se rigiera por las leyes mexicanas. Los enemigos de don Porfirio no estaban peleados con el principio de inversión extranjera; en ningún momento les pidieron a los norteamericanos, los principales capitalistas, que abandonaran el país o que dejaran de invertir.

Lo anterior, por lo tanto, imposibilitó la participación de las masas en la política. Los pobres, que pudieran haber abierto las puertas a las reformas económicas, con toda intención habían sido desincorporados de la vida social y no contaban con los medios para presionar a la élite reinante.

Aunque parezca ilógico, los revolucionarios eran capitalistas liberales, término ahora escrito con l minúscula, los que en cierta forma presagiaron la filosofía del Nuevo Trato de los años treinta de sus vecinos al norte del río Bravo. Sin embargo, Álvaro Obregón, por mencionar a uno de ellos, hasta creía en el cuento darwiniano sobre la supervivencia del más fuerte. Acogió a los industriales, banqueros, comerciantes y hasta a los hacendados dentro de su familia revolucionaria y

consideraba a México y a los Estados Unidos como naciones hermanas. Creía en la empresa privada y en la integridad de la propiedad. Los callistas, por su parte, pugnaban por promover el crecimiento capitalista.

La hacienda, el diablo en persona, sobrevivió a la Gran Rebelión. Su supervivencia no fue irónica ni impredecible; los triunfadores de la sangrienta lucha civil ni siquiera ocultaron su desprecio hacia las reformas radicales. Acabar con la hacienda tentaba solamente a los temerarios. Madero, Carranza, Obregón y Calles, justicieros revolucionarios, después de todo eran hacendados, identificados con el sector exportador, excepción sea de Carranza. Veían las reformas, no como una solución al problema agrario, sino, por el contrario, como un medio para abordar un problema político. Utilizaron la contienda como artimaña pacificadora, un medio para impedir la rebelión de los campesinos sedientos de tierra. La solución a los males de México, según ellos, era la modernización de la agricultura: mecanizar las granjas, construir presas y redes de irrigación; diversificar las cosechas —todo lo anterior con miras a los mercados de exportación.

Además, la Gran Rebelión conservó íntegra la estructura industrial: ni acabó con los monopolios, ni los hizo más eficientes. En lugar de terminar con ellos, a decir de un experto, reforzó la estructura que habían dejado los porfiristas. No hubo cambio de dueños, a pesar de que algunos de ellos, a veces los más poderosos, se contaban entre los capitalistas más conservadores, por ejemplo, los de Monterrey. La recuperación se dio rápida; muy pronto la capacidad industrial subió a sus antiguos niveles. De 1918 a 1925, los industriales obtuvieron lucrativos ingresos, casi el doble que en los primeros años. Aunque renuentes a reinvertir en sus negocios, los industriales siguieron siendo ricos y poderosos.

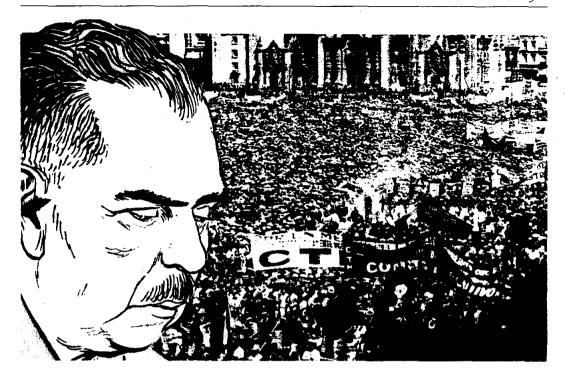
El trabajador, en cierto modo, estaba mejor que antes, pero sus beneficios no eran claros. El artículo 123 de la Constitución de 1917 daba a los obreros el derecho de organizar sindicatos y de ir a la huelga. Mas, atrapados entre la necesidad de una paz industrial (requisito previo para la recuperación económica), la necesidad de coquetear con la clase obrera y el miedo a un bloque laboral independiente, los revolucionarios optaron por crear organizaciones cautivas. El nacimiento de la CROM, una confederación con ligas

estrechas con el gobierno, dio al traste con las esperanzas idealistas de los trabajadores. La CROM, a pesar de su retórica izquierdista, consolidó un equilibrio que, en verdad, favorecía a los hombres de negocios. Los líderes obreros, pragmáticos y oportunistas, se sometieron al capitalismo y aprendieron a colaborar con los patrones. Los obreros, en resumen, mejoraron muy poco.

La responsabilidad de estos acontecimientos en parte se debe a la burguesía mexicana, pero no toda. Los yanguis y otros extranjeros ayudaron a marcar el curso de los sucesos. Al igual que Porfirio Díaz, los rebeldes mexicanos tuvieron que llegar a un acuerdo con su gigantesco vecino. Negar esta verdad distorsiona la historia de las relaciones de México con los Estados Unidos. Y los yanguis, muy pronto comprendieron los mexicanos, no renunciarían fácilmente a sus intereses en México. Desconfiaban de la revolución social y sólo posteriormente toleraron reformas a medias. La historia documenta ampliamente todos los esfuerzos que hicieron los norteamericanos por impedir y detener las tentativas mexicanas. Con el Acuerdo de Bucareli, de 1923, el que virtualmente desmembró al nacionalista artículo 27, núcleo de la Carta de 1917, los políticos de Washington asentaron golpes fuertes a las esperanzas de los reformistas de México.

La oportunidad para corregir los abusos aconteció en 1935, cuando los reformistas ocuparon el Palacio Nacional. La Gran Depresión, la enfermedad del oeste capitalista, había sacudido a México, trastornando su economía. Las exportaciones se derrumbaron, sufriendo las peores pérdidas el petróleo y la minería. Una catástrofe semejante sufrió la agricultura de exportación. Al derrumbarse las exportaciones, también se vino a pique el ingreso nacional. Los resultados fueron devastadores para los obreros y los campesinos; las huelgas se multiplicaron y la intranquilidad arrasó el campo.

Fue en ese momento cuando Lázaro Cárdenas, quien había jurado retomar el compromiso de 1917, entró en la escena nacional. En 1940, cuando los cardenistas dejaron el poder, la mitad de las haciendas había desaparecido y sus tierras estaban en manos de ejidatarios y agricultores en pequeño. Los trabajadores podían ejercer su derecho de entablar huelgas, la nación se había liberado de la dinastía política norteña y se había nacionalizado la industria petrolera. Lo



que simbólicamente fue más importante es el hecho de que el hombre de bronce, el indio olvidado, recibía por primera vez la atención personal de un presidente de México y, en el proceso, obtenía tierras, escuelas especializadas y un departamento de asuntos indígenas que lo ayudaría. Con estas reformas se estimuló el crecimiento de una clase media rural, se incrementó el poder adquisitivo de obreros y campesinos, y, lo que es igualmente trascendente, alentó a un mayor número de ellos a participar en los asuntos políticos. Éstos fueron logros formidables.

Sin embargo, los logros, a pesar de su valor, fueron paliativos. Como país de agricultores, muchas veces ejidatarios, México gozó de una existencia efímera. Es verdad que los campesinos, ahora dueños de sus propias tierras, contaban con un mayor poder adquisitivo que hacía posible aumentar las cifras de consumidores. La nacionalización del petróleo beneficiaba a México y las utilidades se quedaban en casa. Pero tanto los obreros como los campesinos, quienes habían sido organizados dentro de la CNC, seguían perteneciendo a sindicatos cautivos. La CTM, nueva federación laboral, difería muy poco de la CROM, aunque

estaba más atenta a los deseos de los obreros. La CNC, sin embargo, no era otra cosa que un mito en la imaginación del gobierno; casi no contaba con una base política propia y sus líderes se debían a los políticos de la ciudad de México. Mientras Cárdenas estuvo en el poder, ambas agrupaciones respetaron los derechos de los trabajadores, pero, al mismo tiempo, los políticos conservadores pudieron manipularlos a su antojo, que fue lo que al final de cuentas sucedió.

Vayamos más al grano. A los cardenistas lo que más les importaba era remendar la estructura socioeconómica. A pesar de su retórica socializante, nunca consideraron una reestructuración social radical. México seguiría siendo capitalista, aunque con una sociedad más equitativa para el pobre. A los industriales, por ejemplo, no se les molestó, pero, por otro lado, se daba la bienvenida a las gigantescas corporaciones norteamericanas. Los ricos se quedaron con su riqueza, mientras que el ancho mar que había entre ellos y los pobres no se perturbó. Si bien el PRM fue mejor que el PNR, tampoco era una agrupación de origen popular. La democracia mexicana aún estaba sustentada sobre una pirámide muy estrecha, cuya base era, en su mayoría, gente de piel cobriza, pobre y explotada. Las reformas habían roído tan sólo la periferia de los problemas nacionales, pero no los habían eliminado. El capitalismo mexicano, tradicionalmente dependiente de los Estados Unidos y en manos de una élite, sobrevivió a la conmoción reformista. Irónicamente, el deseo de apoyar el reclamo de los obreros en una disputa petrolera ayudó a dar fin a la era de la reforma. La expropiación petrolera de 1938, que casi llevó a la ruina al erario mexicano, dejó caer el telón sobre las tentativas por retomar el juramento de 1917.

Gran parte de las reformas cardenistas, aguijonadas por un alud de alarma de parte de la burguesía, cuyos intereses estaban vinculados a los yanquis, se fueron por la borda a partir de la expropiación de las gigantescas compañías petroleras extranjeras, y no pudieron fructificar. De ahí en adelante fueron los conservadores lo que marcaron la pauta. Apoyados por los Estados Unidos, quienes habían girado hacia la derecha política con el fin de la segunda guerra mundial y se habían embarcado en la guerra fría, los dirigentes de México—que con más frecuencia hablaban por una burguesía en

ascendencia— se olvidaron de las reformas populistas, hicieron a un lado los derechos de los obreros y dejaron a los campesinos en el olvido. Los dirigentes del México de la posguerra descartaron el PRM y crearon el PRI, en donde la CNOP, el sector que representaba a la burguesía, llevaba la batuta. No pasó mucho tiempo para que sus críticos comenzaran a etiquetar de neoporfiristas los logros mexicanos.

A pesar de eso, cuando los capitalistas del otro lado del río Bravo invertían en México y los banqueros de allá prestaban dinero y la economía del Norte prosperaba, los mexicanos más pudientes gozaban de un milagro. El crecimiento económico sobrepasaba sus sueños más caros. Pero el auge económico, fustigado por las constantes recesiones que en parte se debían a las altas y bajas de la economía norteamericana, solamente duró dos décadas. Es más, el salario de los obreros iba siempre muy por debajo del costo de la vida, para que, según la sabiduría contemporánea, la inflación se mantuviera estable, mientras que los campesinos, los más mal parados dentro de la sociedad, eran abandonados a su suerte.

La situación de los de abajo, como Mariano Azuela los tituló, cuyos antepasados indígenas habían padecido las penas y aflicciones de la injusticia colonial, escasamente mejoró. Poca representación tenían en el gobierno, a nivel local, tanto como nacional. Las elecciones estaban amañadas. El poder político, al igual que en los días de los liberales de la Reforma y el porfiriato, era prerrogativa de los pudientes. Mientras este sistema prevaleciera, no se podría utilizar la política para corregir el desequilibrio económico.

Las razones de esta situación, a la que han dado en llamar subdesarrollo, son, como he tratado de explicar, complejas y antiguas. Y algunas de ellas, a las que he llamado factor externo, están, dada la lógica del capitalismo internacional que prevalece, fuera del control de México.

# PAZ EN EL SALVADOR DE REVOLUCIÓN SOCIAL A REVOLUCIÓN POLÍTICA INCONCLUSA

# mario salazar valiente

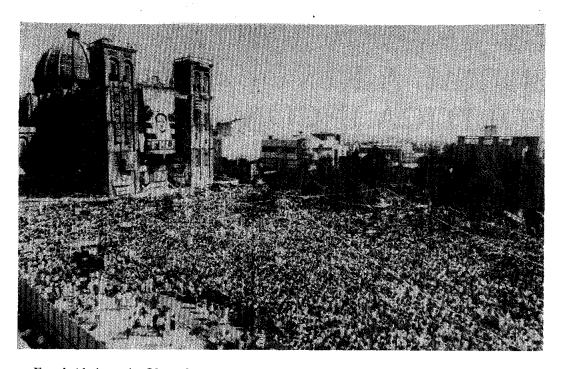
éxico ha sido para el pueblo salvadoreño surco y guía, ejemplo y espejo. Las guerras de independencia del cura Hidalgo y de Morelos, las luchas de signo continental de Benito Juárez contra el agravio extranjero y el anacronismo medieval, la revolución de 1910 —Zapata y Villa y la Constitución del 17—, el rescate de la soberanía y las medidas en beneficio de los campesinos de Lázaro Cárdenas, el acendrado nacionalismo... Los avatares de lo mejor de la historia mexicana han repercutido con hondura en el devenir de la salvadoreñidad. No es retórica ni exceso de lenguaje afirmar que en el mundo entero es México el país al que la población pobre de El Salvador, es decir, la casi totalidad, ha hecho objeto de su fraternal cariño.

Coherencia y lógica: en el Alcázar de Chapultepec concluyó formalmente la guerra fratricida. Allí se abrieron las puertas a la paz y se colocaron las piedras angulares de la revolución política. En Chapultepec se concretó la posibilidad de que los salvadoreños construyamos, por fin, una democracia participativa, soberana y eficaz.

1. ¿Viraje en el rumbo histórico?

Mario Salazar Valiente. Salvadoreño. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Consejo Editorial de Dialéctica.

El 16 de enero de 1992 es un parteaguas en la historia salvadoreña. Veintidós años de lucha armada, doce de franca guerra civil revolucionaria y seis décadas de dictadura militar oligárquica tienen sus días contados. El carro de la arbitrariedad, de más de un siglo, timoneado por un cerrado y minoritario grupo oligárquico, anuncia la llegada a su estación terminal.



En el Alcázar de Chapultepec se asientan las señales de lo que puede significar el comienzo de la creación de un nuevo país. No se trata del surgimiento de una nueva sociedad, concebida desde una óptica radical, esto es, atacando la raíz de sus gravísimos problemas. El optimismo ante el futuro, por consiguiente, debe matizarse, racionalizarse.

Ciertamente, se abre la posibilidad de levantar consensualmente una democracia política, en la que se expresen las diversas fuerzas que constituyen la sociedad civil, de conformidad con reglas del juego democrático eficaces. Pero para que el objetivo pueda cristalizar es preciso que la práctica confirme lo contenido en los Acuerdos de Nueva York, solemnemente refrendados y legalizados en Chapultepec.

Me refiero a que erradique el funesto militarismo salvadoreño. De lograrse tal objetivo —para ello se ha convenido en una serie de medidas que debe establecerse por las partes involucradas en el conflicto bélico y demás fuerzas nacionales—, el proceso culminaría en una revolución política exitosa, consistente, sustancialmente, en que el poder militar y todo lo que significa "fuerza monopólica del Estado" y

burocracia se sometan, sin reservas de ninguna especie, al poder que emana de la sociedad civil, de conformidad con procedimientos legítimos. El Estado se *subordinaría* a la sociedad civil.

El júbilo estalló en los corazones de los salvadoreños residentes en el territorio nacional, en México, en los Estados Unidos y en otros países. No era acontecimiento menor poner fin a una guerra que dejó en el camino tantas vidas, sangre y dolor, y produjo un trauma de graves secuelas en las diversas clases y estratos sociales. Muertos en combate y asesinados por el ejército, la Guardia, las policías y los escuadrones de la muerte. Miles de lisiados de todas las edades. Familias escindidas, literalmente despedazadas por la guerra y el terror. Crueldad y dolor cotidianos en comunidades y familias de condición humilde. Desesperadas migraciones masivas, debatiéndose entre el riesgo, la incertidumbre y la penuria. Generaciones enteras de niños y jóvenes sin escuela, ni atención médica, ni alimentación mínimamente adecuada. Niñez con deficiencias mentales. Destrucción material en ciudades, poblados y campos. Retroceso y parálisis de actividades económicas. Aumento progresivo de la marginación, el desamparo, la falta de trabajo y el hambre. Ampliación de esa forma elegante de llamar al desempleo y la pobreza extrema que se llama economía encubierta. Destrucción ecológica feroz, alarmante. Terror, desconfianza, miedo cotidiano.

Miembros de la élite del dinero —el contraste— se fueron a residir a Miami, Houston o California. Expresidentes militares enriquecidos prefirieron a México.

Se justifica la explosión de júbilo popular. Se explica cierto triunfalismo que se advirtió en dirigentes guerrilleros y miembros de base del FMLN. Se explica también que se manifestasen expresiones de triunfo en esferas del gobierno y el ejército. Pero es preciso aproximarnos a la esencia de lo real sin que se nos nuble la vista. La vida en rosa es sólo una canción...

El Salvador que sacudirán los vientos de paz es otro. El pueblo es otro, no es el de antes de la guerra. Pero sus condiciones de vida son más dolorosas y perversas, porque el contexto y las condiciones económicas y sociales del mundo, y en concreto de América Latina, se prevén más complejas y

obstaculizantes de prácticas y políticas favorables a las inmensas mayorías paupérrimas y miserables, cuyo progresivo empobrecimiento es indetenible.

No podemos ni debemos engañarnos con vanas ilusiones. Apuntemos que el desenlace de la guerra no significa triunfo para alguna de las partes contendientes. Se anticiparon voces expresando que el triunfo correspondía al pueblo, por haberse obtenido, por fin, la anhelada paz. Tal proposición nos parece una falacia. Los costos humanos y sociales de la guerra impiden concebir la conquista de la paz, por sí sola, como triunfo o victoria popular.

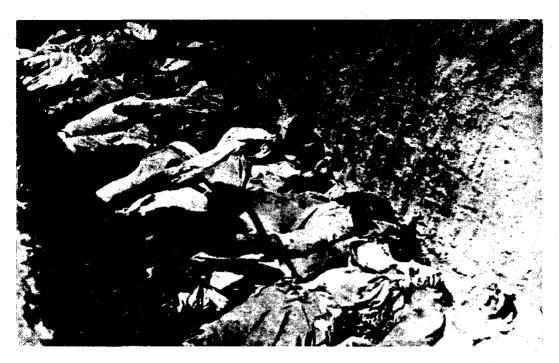
Lo que puede llegar a ser un éxito del pueblo es, hoy por hoy, sólo una posibilidad, apoyada, por el momento, en los Acuerdos de Paz. Me refiero, como antes indiqué, a la extirpación total del cáncer militarista y la violencia escuadronera, a la construcción mediante el consenso de una democracia representativa, participativa y soberana, y a la subordinación y obediencia del ejército (que necesariamente debe ser un ejército nuevo) a los poderes emanados legalmente de la sociedad civil.

Cuando se concreten en los hechos tales ideales —si es que ello ocurre—, podremos cantar victoria, decir que la guerra no fue en vano, que la sociedad salvadoreña escaló varios escaños civilizatorios y modernos.

Pero, aun dentro de tal hipótesis, quedará por verse si subsisten o desaparecen las causas de índole económica, social, educativa y cultural que obligaron al pueblo a recurrir a las armas.

# 2. La gravitación del pasado o el peso de la tradición antidemocrática

En el comportamiento de buen número de oligarcas o empresarios ha sido visible una mentalidad de encomendero. Han persistido formas de explotación y dominación propias de un régimen precapitalista, premoderno. La clásica rebeldía de los salvadoreños de las clases subalternas nació del clima de opresión, exclusión, rechazo y violencia que, como endemia, prevaleció, particularmente desde las grandes expropiaciones de la tierra en el último tercio del siglo pasado y prosiguió en



las primeras décadas del siglo XX. Expropiaciones de facto y de jure, verdaderas usurpaciones de las que fueron víctimas pequeños y medianos campesinos. La oligarquía cafetalera se constituyó como embrión de burguesía agraria en el gran despojo de las masas campesinas.¹

La lucha violenta, legal e ilegal, en derredor de la posesión de la tierra cubrió las últimas décadas del siglo XIX y primeras del presente, y enlazó con la aguda batalla social de los años veinte, que remata en la rebelión agraria y popular de 1932.

Los estudiosos de la historia centroamericana convienen en que las luchas de clases de El Salvador han sido las más profundas y amplias del área centroamericana. La concentración de la posesión de la tierra fue y es la más aguda. Y también sobresale la formación de una masiva oferta de fuerza de trabajo y una amplia franja de marginados totales. No olvidemos que la excesiva concentración de pobladores rurales ha incidido en la idiosincrasia y actitudes de los salvadoreños.

El genocidio de 1932 volvió más denso el clima de intolerancia, exclusión y hostilidad de clase, que desde las

expropiaciones agrarias de los años ochenta del XIX se ha venido formando. Sobre los cadáveres de miles de campesinos y trabajadores del campo y la ciudad se montó la dictadura militar, que hasta hoy ha entrado en agonía mortal.

La violencia, pues, ha calado la urdimbre del tejido social. La intolerancia, la arbitrariedad, la exclusión y el despotismo nutrieron, durante más de un siglo, las relaciones sociales, entre ellas las de la órbita productiva. La desconfianza, el recelo, el rencor sordo y la tensión colectiva acompañaron un conflicto social, siempre actuante o latente.

En íntima fusión con tales elementos, el despotismo se elevó a gobierno servidor de los ricos por más de un siglo. Las represiones, las masacres, los crímenes de las fuerzas del orden, fueron una constante. El Ogro se sació de continuo de sangre y sufrimiento. Un Ogro no filantrópico. Y precisamente por ello, sacralizado y reverenciado por los grupos dominantes, a los que siempre sirvió, ya fuese como encarnación de autócrata en la persona del general Maximiliano Hernández Martínez o como sistema institucionalizado de la casta militar en el tiempo subsiguiente, hasta nuestros días.

En El Salvador se cumplió la hipótesis de Norbert Lechner: los conflictos devinieron guerra —latente o franca— porque allí "el ser de un sujeto dependió de que el otro sujeto no sea" y "las relaciones se redujeron a un solo límite clasificatorio: amigo o enemigo". En tales circunstancias, apunta el intelectual chileno, "la lucha se transforma en una guerra de vida o muerte" y "cada sujeto extrae su razón de ser de la muerte del otro". Lechner se refiere a un tramo de la historia de Chile, el del golpe de Estado de Pinochet y su dictadura. En El Salvador, esas ominosas circunstancias fueron una constante histórica.

¿Qué tipo de idiosincrasia popular podía emerger de tal devenir histórico? ¿Cuáles han sido los determinantes y componentes de la cultura de la salvadoreñidad? ¿Acaso era posible que de tan perversas realidades históricas brotara una cultura de convivencia pacífica, de tranquilidad social? ¿Podrían acaso nacer en ese caldo de cultivo los elementos embrionarios de una democracia? ¿Han podido anidar en esos ramajes de arbitrariedad y prepotencia, marcadas por el atraso y la grosera incultura de los grupos dirigentes, valores modernos, como la tolerancia y el respeto al otro, al diferente

por su status económico, social y nivel de carencias educativas?

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. La conocida frase de Marx nos introduce a la hipótesis: el obstáculo nodal para la modernización del Estado y la sociedad civil, y la construcción de una democracia participativa, es la cultura de la violencia, la intolerancia, la exclusión del otro y el autoritarismo, que impregna maneras de pensar, hábitos y costumbres en la salvadoreñidad.

La exclusión y rechazo del otro, el autoritarismo y la intolerancia, son consustanciales a la mentalidad de muchos oligarcas cafetaleros, empresarios y miembros de clase media alta. La animosidad, el recelo, el espíritu de rebeldía, la hostilidad y la misma intolerancia bullen en la idiosincrasia del pueblo trabajador o marginado. Tales "virtudes" son producto del movimiento real. Son elementos esenciales de la memoria colectiva. Tomar conciencia del fenómeno se vuelve premisa para afrontar la nueva etapa de vida de El Salvador.

Dicho de otro modo: es preciso crear una cultura en que se borren los términos amigo y enemigo, intolerancia, arbitrariedad, autoritarismo e irrespeto para el otro. Apremia transformar la mentalidad de los salvadoreños de todas las clases, forjar la cultura de la paz, la cultura de la democracia participativa, la cultura del respeto entre ricos y pobres, la cultura de la perenne búsqueda de la justicia social, como elemento implícito en la "reconstrucción nacional", el desarrollo integral y la inserción del país en este riesgoso mundo nuevo y cambiante, tan impregnado de oscuras incertidumbres.

# 3. La obligada opción de la lucha armada / La guerra

Una somera revisión del tramo histórico que se inicia en 1970 basta para comprobar la tesis que sostenemos:

☐ 1970 es el año en que se inicia la formación de organizaciones populares armadas. Después de cruentas represiones, el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) resurge en forma semiclandestina en los últimos años de la década de los cuarenta. En aquel año de 1970, la crisis que desde algún

tiempo arrastraba la dirección del PCS conduce a la renuncia de su secretario general, Salvador Cayetano Carpio, quien más tarde cobrará celebridad como comandante Marcial. Carpio se dedica a construir, "de lo simple a lo complejo", como acostumbraba reiterar, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). Después de dos años de trabajo clandestino, las FPL se manifiestan en elementalísimas operaciones armadas. ☐ En 1971 comienza a constituirse en forma clandestina el embrión de lo que será el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El núcleo primigenio surge en los medios universitarios, en la Universidad de El Salvador. ☐ A consecuencia de un "error" de "militarismo" y de "inmadurez", es asesinado el poeta revolucionario Roque Dalton, militante del ERP. Tal hecho provoca la escisión del grupo. El segmento que sale del ERP organiza la Resistencia Nacional. Esto ocurre en 1975. ☐ El Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) surge, como quinta organización popular revolucionaria, a fines de la década. Su principal dirigente y organizador es el doctor Fabio Castillo, quien ha fungido como rector de la Universidad de El Salvador y candidato a la presidencia de la República. Actualmente es, de nuevo, rector de la Universidad de El Salvador. ☐ El Partido Comunista abandona su estrategia de lucha pacífica al final de la década. En 1980 aparecen sus Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

Conviene señalar que en la década de los años setenta la oposición legal, en la que participaba el Partido Comunista, gana en tres ocasiones las elecciones generales para la Presidencia de la República. La dictadura militar oligárquica le roba el triunfo a la oposición en las tres oportunidades, en las que impone a coroneles y generales como jefes de Estado. Los candidatos militares a la Presidencia los "elige", con el mayor sigilo, una asamblea militar, obviamente anticonstitucional. ¡Es el reino de la casta militar!



En 1980, las cinco organizaciones armadas se fusionan, después de un acelerado proceso de unificación, impulsado por la unidad de las poderosas organizaciones de masas, que permanecen en la lucha de calle, sin que puedan contenerlas represiones ni masacres.

En 1981, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, expresión de la unidad de las cinco organizaciones guerrilleras, inicia la ofensiva insurreccional. Pronto se convierte en complejísimo conflicto bélico, que tendrá fuerte connotación internacional en ascenso. El FMLN, desde un principio, desarrolla varias líneas de lucha política interna e internacional y diplomática, así como actividades de solidaridad de nivel mundial. De inmediato aparece el feo "rostro de guerrero" al que se refiere Pablo Neruda: el imperialismo norteamericano. Éste es —ha sido siempre— el enemigo principal de la libre determinación, la soberanía popular y la siempre imposibilitada construcción de la democracia, debido al total apoyo de los Estados Unidos a cuanto dictador o tirano ha padecido el noble pueblo salvadoreño.

El FMLN y el FDR (Frente Democrático Revolucionario)

suscriben, como proyecto estratégico, la Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario.

Antes, el 23 de febrero de 1980, dicho texto programático había sido aprobado por la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM). Es un programa de corte marxista-leninista. Todas las organizaciones armadas se inspiran en el marxismo-leninismo.

1980 es el año en que se condensa la potencialidad revolucionaria del pueblo, en sus organizaciones armadas y en sus gigantescas organizaciones de masas, particularmente en San Salvador. Es la preparación última para el lanzamiento de la ofensiva bélica. Corre veloz el apocalíptico jinete de la guerra.

## 4. El Programa: salto a la transición socialista

De conformidad con la Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, en alianza con el Frente Democrático Revolucionario, FMLN-FDR, se propone, como objetivo estratégico, derrocar a la dictadura militar —que por décadas ha servido a los intereses de la oligarquía y el sistema de dominación norteamericano—, poner fin al poder político, económico y social de los señores oligarcas del capital y de la tierra, y establecer un gobierno democrático revolucionario, apoyado en la destrucción del viejo Estado y la construcción de un Estado nuevo. El eje de tal política es la alianza obrerocampesina y su bastión, el Ejército Popular Revolucionario. Las clases medias y los elementos patrióticos de los grupos dominantes se conciben como aliados de la Revolución.

Recordemos que los puntos de referencia obligados, en aquel momento histórico, son la revolución cubana y el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en la hermana y vecina Nicaragua.

El proyecto contiene cambios radicales en las estructuras de la sociedad, que incluyen nacionalizaciones y expropiaciones de los medios e instrumentos fundamentales de la producción, el comercio exterior, la distribución y los servicios sociales. Se conformará una estrategia de economía "mixta", en la que el sector público será determinante y el Estado, el rector de la economía. El gobierno democrático revolucionario establecerá

las reglas del juego en la vida económica y política, y definirá un plan de desarrollo. En tal orden estará excluida la oligarquía como grupo socioeconómico y político. Se pondrán en práctica profundas reformas conducentes a la transición socialista, tal como en ese momento es entendida en todos los países de "socialismo real" (que prefiero llamar sistema estalinista) y en el célebre —ahora en agonía mortal—marxismo-leninismo.

En el mismo año que comienza la guerra, el FMLN decide operar sobre dos carriles: el de las armas y el del diálogo y la negociación.<sup>3</sup>

## 5. Paso a la revolución política democrática

El 31 de enero de 1984, el FMLN emite la Propuesta de Integración y Plataforma del Gobierno Provisional de Amplia Participación. Fortalece, así, el frente de la lucha política y diplomática con la iniciativa de diálogo y negociación. Dada la índole sumamente esquemática de estas líneas, no entro a analizar las vicisitudes que inciden en este cambio de línea del frente revolucionario. Sólo menciono que tiene relación con el suicidio de *Marcial* y el asesinato de la comandante *Ana María*.<sup>4</sup>

En dicho texto, el FMLN propone que se fusionen las fuerzas militares insurgentes a las del aparato oficial, previa depuración de los elementos inaceptables del ejército. También plantea la integración de un gobierno provisional con personalidades representativas de todas las fuerzas políticas y sociales, dispuestas a erradicar el orden oligárquico y rescatar la soberanía nacional. En tal propuesta se acepta "la existencia de la propiedad (privada) y la inversión extranjera que no se oponga al interés social".

Así, la modalidad que se concreta en el diálogo y la negociación omite el derrocamiento por la fuerza de la dictadura, la destrucción-construcción del nuevo Estado sobre las cenizas del anterior y la radicalidad de las transformaciones estructurales contenidas en la Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario, de 1980.

Es evidente el cambio de dirección, estratégica a mi juicio. El FMLN da un viraje. Sin abandonar la forma armada de



lucha, fortalece las vías políticas y diplomáticas de solución del conflicto. Pero, en todo caso, queda pendiente la posibilidad de tomar el poder si se diesen las condiciones apropiadas, lo cual es improbable.

# 6. Otra propuesta: menos exigencias

El 13 de septiembre de 1989, el FMLN hace nuevas proposiciones, en la línea del diálogo y la negociación. Desde luego, la idea de destruir el poder estatal de la oligarquía y el imperialismo quedó muy atrás, en 1984. Claro que la línea no es rígida y, si se presentan circunstancias adecuadas, el FMLN no vacilará en tomar el poder o intentarlo, como ocurrió en la ofensiva y ocupación de San Salvador en noviembre de 1989.

Las proposiciones del 13 de septiembre de 1989 se concretan en acordar un alto definitivo a la contienda armada, edificar los cimientos de una verdadera democracia participativa y representativa, incorporar al FMLN a la vida civil y la acción política pacífica, y participar en actividades electorales. El FMLN propone tales medidas al gobierno del

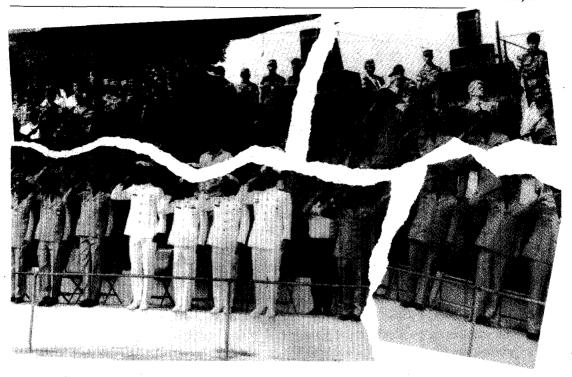
partido Arena (Acción Revolucionaria Nacionalista), partido ultraderechista de la oligarquía, pero que ha ganado poco a poco mucha base social en las capas medias y aun en segmentos populares. El FMLN le propone al presidente Alfredo Cristiani —que tanta relevancia histórica adquirirá en adelante— que, para llevar a la práctica tales medidas, se efectúen ciertos cambios institucionales y reformas a la Constitución Política.

Tengamos presente que en este año, 1989, el mundo ha sufrido cambios fundamentales en forma acelerada. La década de los años ochenta es la de las profundas y veloces mutaciones de nivel mundial, en lo concerniente a la revolución científica y tecnológica aplicada a la producción, lo político, las concepciones teóricas e ideológicas, el poder apoyado en el conocimiento y la información, los valores, las ideas económicas, etcétera. 1989, precisamente, es el año que pasará a la historia como el del gran colapso catastrófico del sistema estalinista en Europa del Este y la Unión Soviética. La política de Gorbachov, quien aparece en escena, en abril de 1985, como secretario general del ahora liquidado Partido Comunista de la Unión Soviética, afectará negativamente, en los años subsiguientes, las revoluciones populares de signo socialista, en países pequeños, en el poder -como Cuba y Nicaragua— o en plena lucha por tomarlo o participar en él, como en El Salvador y Guatemala.

Joaquín Villalobos y Shafick Handal, dos de los máximos dirigentes de la revolución salvadoreña, dirán en aquel momento: no hay espacio ya para la guerra, ni interno ni externo. Y recordemos que la política es el arte de lo posible.

En síntesis, la guerra no puede ni debe prolongarse. La población está cansada de la guerra. Las condiciones internas de El Salvador y la realidad mundial, su clima histórico concreto, determinan el camino de la búsqueda de la paz a través de la negociación, con los máximos beneficios para el pueblo.

El diálogo, la negociación y el respeto a la autodeterminación de los pueblos, como vía civilizada única para resolver los conflictos nacionales, regionales y mundiales, postulados por Mijail Gorbachov, y ejemplarizados en la práctica por él, no obstante haber encontrado la más absoluta sordera en el presidente de los Estados Unidos, el Pentágono y



la Casa Blanca, y aun en las cámaras de representantes del pueblo norteamericano, cobra vigencia en otros ámbitos de las relaciones internacionales.

Mientras los Estados Unidos efectúan la criminal ocupación de Panamá, la Secretaría General de la ONU logra, por la vía de la negociación, el fin de la guerra Irak-Irán, del conflicto de Camboya y Vietnam, etcétera.

La barbarie de los bombardeos supertecnológicos, los enterramientos de soldados árabes vivos en el desierto y la destrucción inmisericorde de la capital y población de Irak, y de zonas de valor histórico y cultural inconmensurables, corroboran que el gobierno de George Bush percibe el diálogo, la negociación y la autodeterminación como bagatelas anacrónicas. Los Estados Unidos son la "superpotencia única", "líder mundial", es su concepción llamada a resolver —intervenir— los problemas, de cualquier índole, de los pueblos del Tercer Mundo, pasando por encima del derecho internacional y de las normas éticas más elementales.

Volviendo a nuestro tema. Aquí tendríamos que retroceder cronológicamente con relación a los esfuerzos de la negociación. Por fin, llegamos a los últimos esfuerzos que culminan en los Acuerdos de Nueva York y el Acta de Paz de Chapultepec.

Este trabajo peca de esquemático en exceso. Razones de espacio me obligan a trazar un cuadro casi geométrico del problema. En otra oportunidad trataré toda la riqueza y dramatismo de la coyuntura.

Bástenos, por esta ocasión, concluir que en El Salvador, la revolución social se transformó en una revolución política democrática inconclusa.

No puedo dejar de señalar que la revolución social (socialista "real") y de liberación nacional pudo haber triunfado varias veces. Al FMLN le hubiese sido relativamente fácil haber tomado el poder en muchas ocasiones, si sólo se hubiese tratado de una lucha nacional, sin injerencias extranjeras.

Pero no. El verdadero enemigo fueron siempre los Estados Unidos de América, con Reagan y con Bush. Sin la permanente ayuda militar y económica (más de 4 mil millones de dólares), la dictadura oligárquico-castrense habría sido derrocada en muchas ocasiones. Si así hubiese ocurrido, la historia salvadoreña y centroamericana, y quizás la latinoamericana, serían hoy diferentes.

Afirmamos que se trata de una revolución democrática inconclusa porque, en verdad, los Acuerdos de Paz sólo han abierto la posibilidad, tal como lo expusimos al principio, de poner fin al problema central de la historia reciente, el funesto militarismo salvadoreño y la violencia de que han sido coautores y cómplices elementos fascistas de la clase dominante, incluso a través de los escuadrones de la muerte.

Reiteramos, sólo se ha abierto la posibilidad de construir, a través de la concertación de todos los elementos y fuerzas organizadas de la sociedad civil, un consenso eficiente para edificar la necesaria democracia representativa, participativa y soberana. Acentuamos soberana.

En efecto, no se trata de una democracia al estilo de las que rigen en Perú, Argentina o Venezuela, en las cuales los jefes de Estado electos se olvidan de sus promesas de campaña electoral y de los intereses, necesidades y demandas concretos e inmediatos de las empobrecidas y frustradas masas de la población.<sup>5</sup>

Tal modelo de democracia es impuesto desde afuera, a fin

de que se paguen las usureras deudas, que, además, jamás se podrán pagar. Son medidas —en términos elegantes, "cartas de intención"— equivalentes a los encarcelamientos por deuda de otras épocas. El hecho es que, en este modelo de democracia, las decisiones se toman en el exterior, en las oficinas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y en otros foros e instancias del capitalismo en su fase imperialista actual.<sup>6</sup>

Son regímenes de democracia en los que el ejercicio más elemental de la soberanía nacional y la autodeterminación se han entregado a los centros financieros y de otra índole del sistema. Si ése fuera el caso de El Salvador, brotan los interrogantes:

¿Habrá valido la pena, y el costo humano de una guerra como la sufrida por el pueblo salvadoreño, tan sólo para conseguir una tal democracia de índole neocolonial? ¿Podría mejorar el nivel de vida miserable de los sectores laborales y marginados mediante el ejercicio de una democracia no soberana?

Tales son algunos de los retos que debe vencer el pueblo organizado y las fuerzas y elementos patrióticos de la sociedad civil.

7. Transición: establecimiento de la paz democrática en el filo de la navaja

Como centro dinamizador de la búsqueda de consenso para impulsar y llevar a la práctica los acuerdos logrados entre el gobierno de la República y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, se creó la Comisión Nacional para la Consolidación de la Paz (Copaz). Funciona como colectivo representativo de la sociedad civil. Es "un mecanismo de control y participación de la sociedad civil".

La Copaz fue legalizada mediante decreto de la Asamblea Legislativa. El anteproyecto de Ley de Copaz fue aprobado, por consenso unitario, en su Tercera Reunión, realizada en México, en noviembre de 1991. Es una "institución de derecho público", de acuerdo con la ley.

La mencionada Comisión está integrada por dos representantes del gobierno de El Salvador, incluido un miembro de la Fuerza Armada, dos representantes del FMLN



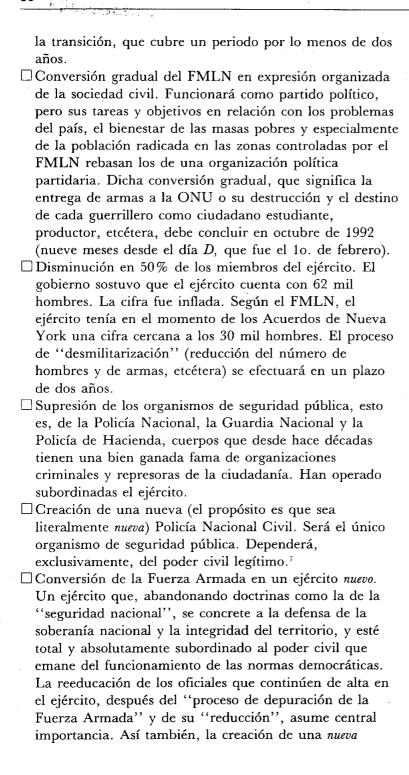
y un representante propietario y uno alterno por cada uno de los partidos y la Coalición que obtuvieron representación en las elecciones de marzo de 1991.

La Comisión tiene facultades amplísimas con relación a los titulares de los órganos del Estado, la Secretaría General de las Naciones Unidas y gobiernos de todo el mundo. Además, el arzobispo de San Salvador y la Comisión de Observadores de la ONU, Onusal, tienen acceso a sus trabajos y deliberaciones.

Me he extendido en cuanto a dicho organismo, porque, desde su constitución, viene jugando un papel clave y decisivo con relación a las negociaciones, el establecimiento de la paz, la construcción de la democracia, la modernización del Estado y la "reconstrucción nacional".

Indicaré algunas de las medidas más importantes de los Acuerdos de Nueva York (31 de diciembre de 1991), legitimadas en México, en el Acta de Chapultepec:

- ☐ Cese del enfrentamiento armado.
- □ Reubicación de unidades del FMLN y el ejército.
- Elaboración de los anteproyectos de leyes necesarios para



Academia Militar, dotada de una doctrina democrática
de planes de estudio y preparación, para servir a la
democracia y al pueblo entero, no a un grupo social
determinado.8
Una comisión especial, formada por elementos civiles y
personalidades de otros países, procederá a la
"depuración" de las filas del ejército. Su objeto,
obviamente, es eliminar a todos los responsables o
sospechosos de tener un pasado criminal, o una conduct
inadecuada para la creación de la democracia.
Una comisión llamada Ad Hoc tendrá la tarea de
investigar los casos más graves de crímenes y genocidios
cometidos por el ejército, y llevar a juicio a los
responsables. Dicha comisión estará integrada por tres
personalidades de prestigio del país. Está llamada a
indagar sobre casos como el asesinato de los jesuitas, la
violación y muerte de las monjas norteamericanas, la
masacre del Sumpul y muchos más. En total, suman
cerca de 90 acciones criminales contra el pueblo
verdaderamente graves.
Elaboración de las leyes de amnistía y de protección y
seguridad social para los lisiados y víctimas de la guerra
Solución legal sobre la tenencia de la tierra en favor de
los campesinos en las zonas de conflicto controladas por
el FMLN. El gobierno se comprometió a negociar la
compra de tales posesiones y legalizar la propiedad de la
tierra a favor de cooperativas o familias campesinas que
hayan estado en posesión de ellas hasta determinada
fecha. Se trata de atacar un segmento del grave problem
agrario. Ya antes señalamos cómo la historia de los
problemas de El Salvador, en medida superlativa, es la
relacionada con la propiedad sumamente concentrada de

Lo anterior es sólo un pálido reflejo de la gama de problemas de índole económica, social y política que entran en la competencia de Copaz y es tarea de todas las fuerzas y sectores nacionales organizados.

la tierra y la existencia de una amplia masa de

campesinos sin tierra.

Cabe señalar, también, que aquí se tocan algunos elementos relacionados con la reconstrucción nacional, la cual tiene,



lógicamente, un plazo previsible mucho más largo que el del "periodo de transición para la paz" y desborda las funciones de Copaz.

Los problemas económico-sociales que requieren solución inmediata son muchos y graves: alimentación; la cuestión de la ubicación y trabajo o sostenimiento de las comunidades de refugiados, actividades y atención económica de los miembros del FMLN que se vayan desarmando y de los miembros de los órganos de seguridad pública (policías y guardias) llamados a desaparecer; agravamiento de las condiciones económicas si los Estados Unidos disponen el retorno de los salvadoreños emigrantes (los dólares que envían los trabajadores salvadoreños residentes en los Estados Unidos contribuyen a la renta nacional en forma superior a lo que deja el principal producto de exportación, el café); problemas educativos, de lucha contra el analfabetismo -que ahora es, en amplias zonas del campo, como de 60 o 70% - y de los diferentes niveles de la educación, la cual se encuentra en estado más que lamentable; problemas de la salud pública, cuyos servicios de infraestructura y atención profesional son calamitosos; etcétera, etcétera.

Me es imposible describir siquiera los innumerables y gigantescos retos que deben vencer los salvadoreños para lograr los objetivos, que a veces parecen utopías, en el sentido que le dio Tomás Moro al término, de construir un nuevo país desmilitarizado y democrático, con una sociedad civil moderna, fuerte y altamente participativa, y un mínimo de condiciones de estabilidad y gobernabilidad, lo que significa, a su vez, condiciones de vida del pueblo trabajador y marginado que se aproximen a una existencia con justicia social.

Lo anterior tiene que ver, directamente, con la cooperación internacional, la inversión extranjera y la ayuda en educación, ciencia y tecnología, aspectos en los que está la clave de la bóveda.

### 8. La reconstrucción nacional

"Reconstrucción, ¿para quién?" 9 Es la pregunta que se hacen muchos salvadoreños. No olvidemos la tradición, en cuanto a corrupción en las esferas oficiales. La cooperación internacional para la reconstrucción la estimó el presidente Cristiani en una cantidad cercana a los 2 mil millones de dólares (menos de la mitad de lo que los Estados Unidos invirtieron en el sostenimiento de la guerra). Según el plan oficial actual, la estimación es de poco más de 900 millones de dólares.

En la actualidad, oposición y gobierno discuten sobre las prioridades de inversión en la etapa de reconstrucción nacional. El gobierno insiste en lo relativo a la infraestructura material y productiva, de apoyo a la exportación conforme a las pautas neoliberales. El FMLN estima prioritario el gasto social: alimentación inmediata, empleo, salud y educación.

No quiero incurrir en pesimismo. Ni siquiera en el que pensaba Gramsci, cuando, ante el ascenso del fascismo de Mussolini, escribía en la cárcel sobre su estado de ánimo, que sintetizaba en "pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad".

Creo que es razonar con riguroso realismo comprender lo extremadamente difícil que es hacer de El Salvador un país que, después de resolver los problemas de la consolidación de la paz y la edificación de una democracia real, representativa

y soberana, salga avante en la reconstrucción nacional y, posteriormente o en manera paralela, logre superar el pavoroso atraso, en todos los aspectos, creando a la vez condiciones mínimas de estabilidad y gobernabilidad, de convivencia pacífica, basada necesariamente en un mínimo de justicia y equidad para la inmensa masa de la población trabajadora o marginada.

La totalidad social es dialéctica, sumamente compleja e impregnada de multitud de contradicciones exasperadas. Volviendo a Gramsci, el país vive un "equilibrio catastrófico". La permanencia de la paz y la supervivencia de un régimen de democracia en formación exigen, insistimos, estabilidad y condiciones de gobernabilidad. Lo anterior impone, a su vez, un mínimo de tranquilidad colectiva, y ello se logra sólo satisfaciendo, en aceptable grado, las necesidades de los trabajadores y sectores marginados.

Consecuentemente, es imprescindible una fuerte cooperación internacional de ayuda y de inversión masiva de capital. Al respecto, hay ofertas de la Comunidad Europea, Alemania y Japón. Los Estados Unidos no pueden ayudar tanto, debido al estado desastroso de su economía, así como porque jamás han tenido verdadera voluntad de ayuda y cooperación para el desarrollo y la paz en América Latina. Lo demostró recientemente, respecto a Panamá y a Nicaragua. La ONU está prestando ayuda. Pero, ¿será suficiente la cooperación e inversión de capital que realmente se efectúen?

Otros problemas: ¿cómo conciliar la política neoliberal de Cristiani con las exigencias de beneficio para una mayoría pobrísima o miserable, con un sinnúmero de carencias? ¿Cómo disminuir, en modestísima medida siquiera, la terrible brecha científica y tecnológica respecto al mundo desarrollado de hoy, al que necesariamente debe incorporarse el país? A la luz del resultado de las políticas neoliberales en América Latina, ¿qué se puede esperar de ellas en el pavoroso estado de miseria, desempleo, analfabetismo, marginación y enfermedad de la población mayoritaria de El Salvador? Si están en crisis las democracias suramericanas, aunque no se quiera reconocer, ¿cuál es el destino de la democracia que se proponen construir los salvadoreños?<sup>110</sup>

#### 9. La concertación nacional: único camino

En los Acuerdos de Nueva York se alude al Foro de Concertación Nacional, con la participación de los sectores gubernamental, laboral y empresarial. Su objeto es trabajar en forma permanente, para resolver todos los problemas de índole económica y social. La concertación se define como un amplio consenso de los sectores sociales y económicos en torno a una estrategia de desarrollo que dé prioridad a la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías y pretenda superar los problemas, debilidades y limitaciones de los modelos de desarrollo aplicados en el pasado y en la actualidad. Es decir, la búsqueda de alternativas para hacer frente a los grandes desafíos externos e internos de nuestra economía y de nuestra sociedad.

¿Aceptará tal idea de la concertación el gobierno de Cristiani, el partido en el poder y el empresariado?

En su discurso en el Alcázar de Chapultepec, dijo Shafik Handal: "El FMLN está consciente de los riesgos y dificultades, de los obstáculos por vencer para que esta obra sea realizada, cumpliendo en letra y espíritu los documentos firmados. De ello dependerá la estabilidad, la solidez de la paz y el futuro de la patria".

#### **NOTAS**

<sup>1</sup> La grande y muy prolongada expropiación de la tierra y sus consecuencias inmediatas: la aguda concentración monopólica de la misma, el lanzamiento al mercado de fuerza de trabajo de una inmensa oferta, acompañada de desocupación crónica masiva y marginación social, y de un extendido minifundismo, constituyen la vertebración, el hilo conductor, de la historia salvadoreña.

En el presente, la cuestión de la propiedad de la tierra, cuya posesión y tenencia las lograron los campesinos en las zonas ocupadas por el FMLN, así como las nuevas ocupaciones de tierra en diversos lugares del territorio nacional, es un problema delicado, tanto para que se efectúe una real concertación, como para la puesta en práctica de las medidas acordadas en Nueva York y en México para la transición hacia la paz consolidada y la construcción de la democracia.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Lechner Norbert, La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Enumeramos a continuación la mayoría de los esfuerzos de diálogo y



negociación. En este rubro, el FMLN adoptó, como una de sus formas de acción, la del diálogo y la negociación, a la par que se desarrollaba la acción bélica. Creo que, en determinados momentos coyunturales, la negociación pasó a convertirse en la forma principal de lucha, dejando en segundo lugar la guerra revolucionaria. Hay una imbricación sumamente dialéctica entre negociación y acciones armadas, que es tema por esclarecer en futuros trabajos, quizás por los mismos dirigentes protagonistas de la Revolución. Hecha tal salvedad, anotamos en seguida, quizás no todos, los esfuerzos y reuniones de diálogo y negociación tendientes a concluir la guerra y lograr la paz con un mínimo de beneficios populares.

Por otra parte, en la línea de la negociación adquieren relevancia enorme los esfuerzos y gestiones de otros gobiernos, grupos de países, organismos internacionales como la ONU, etcétera.

En este campo, México juega un papel de primera línea a lo largo del proceso, desde la importantísima Declaración Franco-Mexicana, de 1981 (gobiernos de López Portillo y François Miterrand), hasta el empeño demostrado por el presidente Carlos Salinas de Gortari, que culmina con el Acta de Chapultepec, de enero del presente año.

- a) En 1981, después de iniciada la ofensiva por el FMLN, dicha organización declara su disponibilidad de iniciar pláticas con el gobierno, con énfasis en impedir la intervención de los Estados Unidos.
- b) Según testimonio de Roberto Castellanos Figueroa, embajador de El Salvador en Nicaragua en aquel momento, el gobierno de Carter hizo llegar a la dirección, al doctor Guillermo Ungo, entre otros, una propuesta de abrir pláticas discretas, a fin de impedir que estallase el conflicto bélico.

- c) En junio de 1983, el FMLN propone una agenda de conversaciones sobre cinco puntos.
- d) En septiembre de 1983, el gobierno de Álvaro Magaña integra una Comisión Gubernamental de Paz.
- e) En febrero de 1984, el FMLN hace pública su Propuesta de Integración y Plataforma del Gobierno Provisional de Amplia Participación.
- f) En octubre de 1984 se efectúa el primero de los diálogos convocados por el presidente José Napoleón Duarte, en La Palma. Le sigue la reunión de Ayagualo, en noviembre de ese año. Una tercera reunión se frustra porque el FMLN decide mo asistir.
- g) En marzo de 1986, Duarte propone un Plan de Paz: se trataría de dos tipos de negociación paralelos, el de El Salvador y el de Nicaragua, entre el Frente Sandinista (FSLN) y la contra (organizaciones armadas contrarrevolucionarias financiadas por los Estados Unidos).
- h) En julio de 1986, el FMLN propone un acuerdo: solución sólo entresalvadoreños, cese al fuego, democracia con justicia social y amplitud y pluralismo del gobierno.
- i) El 7 de agosto de 1987 tiene lugar la reunión Esquipulas II. Los gobiernos centroamericanos, por primera vez en el periodo, se desligan de toda influencia norteamericana. Negocian con independencia de los Estados Unidos, no obstante las presiones del presidente Bush. Los gobiernos de El Salvador, Guatemala y Nicaragua suscriben el compromiso de dialogar con sus respectivas oposiciones armadas. El gobierno sandinista se ve obligado—en contra de su reiterada posición— a entrar en pláticas con la llamada contra.
- j) En octubre de 1987 se realiza la primera reunión, en San Salvador, del FMLN y el gobierno.
  - k) En otras reuniones se obtienen importantes acuerdos:
    - 1. Acuerdo de Ginebra, 4 de abril de 1990.
    - 2. Agenda de Caracas, 21 de abril de 1990.
    - 3. Acuerdos de México, 27 de abril de 1991.
    - 4. Acuerdos de Nueva York, 25 de septiembre de 1991.
    - 5. Acuerdos de Nueva York, 31 de diciembre de 1991.
    - 6. Acta de Paz de Chapultepec, 16 de enero de 1992.

Aclaro que la lista expuesta no comprende todos los esfuerzos concretados en reuniones en busca de la paz.

Menciono el importante papel desempeñado por el grupo de gobiernos latinoamericanos integrantes de Contadora. Las reuniones I y II de Esquipulas asumen gran mérito, principalmente la última. Finalmente, debo citar a don Javier Pérez de Cuéllar, exsecretario general de la ONU, protagonista central de la creación del marco de paz hasta el último minuto del 31 de diciembre de 1991, en Nueva York, momento en el cual finalizaba su mandato. Y junto con él, los llamados "países amigos", los gobiernos de México, Venezuela, Colombia y España. Son dignas de reconocimiento agradecido por parte del pueblo de El Salvador las gestiones y actividades del propio presidente Salinas de Gortari en relación con todas las organizaciones y gobiernos participantes, especialmente con el gobierno y la persona del presidente George Bush.



<sup>4</sup> La comandante Ana María (segunda dirigente de las FPL, después de Salvador Cayetano Carpio, conocido con el pseudónimo de Marcial), Mélida Anaya Montes, fue lideresa del movimiento magisterial salvadoreño (ANDES) y profesora de Humanidades en la Universidad de El Salvador. Ella fue asesinada en Managua. Las investigaciones del gobierno sandinista condujeron a la presunción de que el autor intelectual del crimen fue Carpio. El proceso, mejor dicho, el expediente, está en Managua. Uno de los autores materiales, de apellido Besaglia, guarda prisión en la cárcel de Managua.

Mi juicio personal sobre *Marcial* (Salvador Cayetano Carpio) es que, si apartamos su participación en el horrendo crimen de pura estirpe polpotiana, se trata de un hombre de estatura heroica, que entregó su vida entera, con los defectos y debilidades de todo ser humano, a la lucha por liberar a su pueblo del yugo extranjero y de la explotación y opresión de clase. La historia sabrá juzgarlo.

<sup>5</sup> "Los gobiernos democráticamente electos pierden la lealtad a sus electores, y a los principios ideológicos y programas anunciados por sus respectivos partidos, tan pronto se sientan a hablar con los banqueros —y aun antes de sentarse—... No se elige ya a gobiernos soberanos ni autodeterminados, sujetos a los objetivos nacionales, ni a la soberanía popular. Se eligen administraciones de la deuda y se "premia" su docilidad. El pueblo vota por una cosa y obtiene la contraria. Vota por un gobierno, elige un parlamento, pero la política económica y de desarrollo nacional es determinada en Wáshington y Nueva York, de acuerdo con pautas ajenas a la Constitución de cada república latinoamericana y opuesta al interés nacional y popular de los respectivos países." Nils Castro, en Estudios

Latinoamericanos, CELA-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, enero-diciembre de 1989.

- <sup>6</sup> "La deuda externa ahora no es sólo la cara visible de un nucvo sistema de expoliación económica de nuestros pueblos y de subsidio a la supremacía de la potencia hegemónica. Ha pasado a ser también un extraordinario instrumento de poder político del gobierno norteamericano para doblegar y someter a las autoridades latinoamericanas e imponerles el diseño de sus políticas interiores, y la liquidación de los proyectos solidarios e integracionistas, a despecho de la institucionalidad democrática existente en los respectivos países", en *ibid*.
- <sup>7</sup> El documento base de la creación de la nueva Policía Nacional Civil lo elaboró una comisión de expertos de la ONU, integrada con miembros de nacionalidad francesa, española, venezolana, canadiense, sueca. Esta comisión investigó, en el tiempo necesario, las condiciones concretas de El Salvador. En dicho documento, que está en discusión en Copaz, aparece la "nueva doctrina" de la policía, su estructura orgánica, sistemas y métodos educativos de formación de los nuevos policías, fases de transición, creación de la Academia de Policía, etcétera. Documento fotocopiado suscrito por Álvaro de Soto, en nota del 29 de octubre de 1991, ritulado "Informe de la misión de las Naciones Unidas sobre la creación de la Policía Nacional Civil".
- <sup>8</sup> Ver Acuerdos de Nueva York, del 31 de diciembre de 1991. Documento mimeografiado.
- <sup>9</sup> Véase la publicación *Tendencias*, del Programa Regional de Investigación sobre El Salvador, Preis, de enero de 1992, núm. 6, y de febrero de 1992, núm. 7, San Salvador. En el último número de esta buena publicación salvadoreña, ver el artículo "Reconstrucción, ¿para quién?, de Breny Cuenca.
- las protestas populares y exigencias de renuncia de Carlos Andrés Pérez como presidente, vinculados al caracazo de hace tres años, demuestran una crisis de legitimidad y de gobernabilidad. La democracia está en crisis en Venezuela. Este país es el más estable de toda Suramérica y Centroamérica. Desde hace tres décadas sus gobiernos son electos democráticamente. La crisis de la democracia venezolana no es sino la luz roja, la segunda llamada de atención, para lar democracias diseñadas en el exterior. Las políticas económicas de tales democracias y sus otras líneas de acción no obedecen al ejercicio de la soberanía, sino a los dictados del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, y las injerencias, presiones y chantajes que pone en práctica el gobierno de los Estados Unidos, y las decisiones de otros foros internacionales del gran capital. No es extremoso pensar que la crisis de Venezuela es el espejo de las democracias del Perú, Argentina, Brasil, Bolivia, etcétera.

En un proceso de crisis creciente de las democracias neoliberales de índole neocolonial, el reto a la nación salvadoreña de crear una democracia dentro de un régimen neoliberal, como es el caso de Cristiani, es mucho más que difícil, casi imposible. Pero tengamos fe en la creatividad e iniciativa de las fuerzas sociales de El Salvador. Ya veremos...

# LA TRANSPARENCIA DEMOCRÁTICA

## carlos gonzález durán

Dara vivir y convivir, tenemos que tomar nuestra situación y proyectar nuestros programas de realización; así como no se puede vivir con autenticidad una vida individual sin autorrealización, en iguales términos, no se puede convivir sin un programa que ordene y dirija la convivencia. En la anarquía o el desorden, ninguno se realiza; en el orden regimentado, que anula el ejercicio de la libertad, no se puede vivir un destino personal. El justo término medio es el orden para la libertad, el orden democrático. La sociedad civil se organiza en sus relaciones económicas, políticas y culturales mediante el Estado, y el hombre como ciudadano es el que participa como protagonista de esa organización y tiene el derecho de intervenir, por la evidente razón de que forma parte de la convivencia. Convivir quiere decir compartir con otros una suerte común; las unidades de convivencia requieren un trato democrático.

Norberto Bobbio indica que la democracia directa y la representativa son por igual participativas, pero para participar hay que saber en qué se participa e intervenir responsablemente en la toma de decisiones que afectan la convivencia en que nos encontramos envueltos como una suerte común. Debemos tener conciencia de todo aquello que nos afecta en nuestro mundo, que es el horizonte de nuestras posibilidades de acción; todo lo que llegamos a hacer lo

Carlos González Durán.
Abogado. Investigador de la Universidad de Guadalajara.
Diputado federal por
el Partido de la Revolución Democrática.
Autor de numerosos
ensayos.

realizamos en nuestro mundo, al cual estamos obligados a tomar en cuenta porque todos nuestros planes tenemos que realizarlos en nuestra circunstancia vital. Nuestra libertad como posibilidad de posibilidades se enfrenta a una tarea de emancipación que significa superar los obstáculos para apropiarnos de las alternativas de acción y, una vez que estemos en franquía y a nuestra disposición, es cuando podemos emprender nuestra autorrealización. La libertad de

movimiento, la tranquilidad, la estabilidad y la protección son necesarias para tener capacidad de elegir lo que es digno de ser elegido y rechazar lo que no nos realiza.

Ser dueños de nosotros mismos, como individuos y como comunidad, es vivir la democracia; sólo en ella la vida se vive individual y colectivamente como una creación y no como una imposición.

El poder que puede, que está bien y se ve bien, el que es digno de ser seguido, es el poder que tiene prestigio y que influye en nosotros para ser seguido: el poder democrático, el liderazgo democrático; es el que nos toma en cuenta y al que reconocemos porque no niega nuestra libertad, ya que es el poder que apoya o anticipa nuestra liberación; el poder moral, el poder político, el poder social, representativo de nuestros ideales de convivencia; es el que legítimamente debemos seguir. Un poder de dominación que anula nuestra iniciativa es una opresión que nos cosifica o enajena. Para ser libres, necesitamos ser lo que somos y no ser lo que no somos, la convivencia excluyente, que discrimina, niega los respetos, cuidados, atenciones y miramientos de que es merecedor todo ser humano en su propio valimiento. El poder paternalista o patriarcal, que trata a los gobernados como menores de edad y les impide el ejercicio de su iniciativa para el desarrollo de su propia madurez, resulta un poder frustrante.

En consecuencia, si la convivencia requiere un orden y una conducción, éstos sólo pueden establecerse con prestigio bien ganado, con reconocimiento. El poder democrático es el poder representativo, porque en él afirmamos nuestra libertad como sujetos de nuestra convivencia. El poder que nos toma como objetos de dominación, o como sujetos pasivos, niega nuestra libertad; uno, por falta de cuidados y respetos; y otro, por sobreprotección, resultando ambos enajenantes; uno, como extrañeza o desconocimiento; y otro, como desrealización y pérdida de autonomía.

El gobierno democrático requiere la transparencia del poder, o lo que hoy se llama, con Mijail Gorbachov, el glasnost (transparencia o apertura), que significa reevaluar cada uno su propia posición en la convivencia, para corregir toda forma de privilegio o ventaja injusta, para abrir la convivencia a su verdadero entendimiento y plenitud de realización, o sea, la verdadera democratización de la sociedad en todos sus



aspectos; y perestroika, que significa renovación que supera los estancamientos con el esfuerzo creativo.

El autoritarismo y el paternalismo son formas de gobierno invisible o gobierno secreto, que toma las decisiones importantes a escondidas de quienes resultarán afectados. Las decisiones que no se toman a la luz y a la vista de la sociedad civil resultan decisiones incontroladas y además incorrectas, porque lo permitido, lo lícito y lo justo es lo que se hace a la vista de todos, y lo impedido socialmente, lo ilícito y lo injusto es lo que se pretende hacer a escondidas del pueblo.

La apertura democrática o transparencia hace a la convivencia dinámica, porque, al dar a conocer los problemas y convocar la iniciativa de los ciudadanos, permite la concurrencia de todas las fuerzas sociales para superar los riesgos, los conflictos y las fragmentaciones que dañan la salud social.

La democracia es la pluralidad de centros de poder; la democracia es policéntrica. El autoritarismo y el paternalismo son el monopolio del poder, son el gobierno centralista, monocéntrico o gobierno monoburocrático.

El despotismo es el poder incontrolado e invisible que actúa

arbitrariamente, porque no respeta las leyes ni las instituciones y, en consecuencia, obra caprichosamente, sin uniformidad de trato; y su irregularidad también afecta la justicia. La arbitrariedad resulta, así, ilícita e injusta, ya que las decisiones son abusivas, porque no se someten a las normas establecidas y lo resuelto puede no ser lo justo.

La tecnocracia resulta una forma despótica de gobierno, porque impide al pueblo tomar las decisiones que le incumben en el ejercicio de su soberanía; los fines de una política deben ser conocidos y resueltos por la sociedad civil, directamente en consultas o referéndums, y por lo menos mediante sus representantes populares. En la conducción democrática, las decisiones no se toman a espaldas del pueblo. Los técnicos son importantes para lograr los fines que la sociedad civil adopte, pero a ellos no corresponde suplantar al pueblo para tomar en su nombre, y aun en su beneficio, decisiones, ya que Pericles caracterizó la democracia como el gobierno de, por y para el pueblo, y no como el gobierno de los sabios o sofocracia, ni como demofilia o gobierno que ama al pueblo pero que no es el gobierno del pueblo.

Señala Norberto Bobbio que la democracia nació en el ágora, a la luz de la plaza pública; nació como teatrocracia o asamblea en que participan los iguales y los libres en forma directa para decidir la cosa pública y lo que para los griegos fue la polis o isonomía. Trato de igualdad y libertad fue para los romanos la república, y, en ambos casos, participación en la toma de decisiones y en la conducción del gobierno. Para los modernos, democracia significa el control que la sociedad civil tiene sobre el gobierno, cuando lo principal en la organización política es la sociedad civil y lo subordinado es el gobierno, lo que se hace posible porque éste respeta los derechos humanos y, en primer término, los derechos políticos. Cuando es así, hablamos de gobierno policéntrico, de omnicracia.

La democracia política es, conforme a los antiguos y a los modernos, la participación efectiva, consciente, reiterada y respetada del voto y de la opinión de los ciudadanos en la toma de decisiones de la vida pública y en la elección de los gobernantes, para decidir a quién seguimos y hacia dónde lo seguimos.

El respeto de la libertad política y el disfrute de los

derechos humanos, así como el control del gobierno por la sociedad civil, hacen posible el ejercicio de la libertad individual, fundamento de la democracia.

En los estados absolutos, que gobiernan sin freno ni control, que atropellan las leyes y las instituciones, y ejercen el poder sin dar la cara al pueblo y toman decisiones contrarias a los intereses sociales, cuando tales decisiones se conocen, resultan un escándalo público.

En la antigüedad, el tirano tenía derecho de hacer público lo sucio, porque había arrebatado el poder, gobernaba injustamente y lo hacía por la fuerza, pero ningún gobierno que se base en la fuerza puede generar la obligación y el deber de ser seguido en forma permanente. Podemos, por el temor, hacer lo que otro nos impone, pero nunca le guardaremos obediencia, y en la primera oportunidad se lo demostraremos.

La convivencia democrática es participativa, pero la participación democrática es consciente y libre, es una participación ciudadana, que es aquella en la cual cada uno piensa con su cabeza y camina con sus pies; pero también reconoce con responsabilidad las tareas comunes. Ciudadano es el que cuida fraternalmente la convivencia que comparte con otros ciudadanos; ciudadano es aquel que guarda para los demás un recíproco reconocimiento de dignidad y respeto. La participación democrática no existe cuando se anula la individualidad humana con la masificación o con la minoración; en la masificación se trata a los demás como seres anónimos y uniformados, como seres no diferenciados, como seres seriados; en la masificación todos son ninguneados, todos son un don nadie, un cualquiera, un uno de tantos, sin autonomía e individualidad, y en la minoración nos hacemos menos en nuestro ser social, renunciando colectivamente a nuestra responsabilidad comunitaria, lo que se llama el relajo, donde todos somos irresponsables.

En la masificación carecemos de identidad y responsabilidad personal, y en la minoración carecemos de responsabilidad colectiva.

La democracia requiere ciudadanos, no borregos que sigan una conducción clientelar, corporativa o paternalista, ni extranjeros en su propia patria, que son inertes, indiferentes a la suerte que les es propia, resignados a lo que venga o personas que tienen hábitos de sumisión. La democracia requiere ciudadanos, que son aquellos que quieren vivir teniendo conciencia, esclareciendo su conciencia, saliendo al encuentro de sus responsabilidades y posibilidades. Los que sólo quieren vivir descargando en otros su responsabilidad no resultan ser verdaderos ciudadanos.

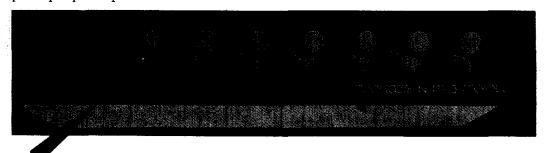
La democracia exige la educación de los ciudadanos, que se llama civismo. Al autoritarismo le interesa que los hombres carezcan de conciencia crítica, que sean manejables.

No hay democracia sin el respeto a las reglas democráticas en la toma de decisiones y en la elección de funcionarios; sólo los procedimientos transparentes permiten el sano funcionamiento de las instituciones y de los gobiernos. La democracia exige el poder razonable y justo; el autoritarismo es el poder violento e intimidatorio.

Ni el individualismo ni el colectivismo son democráticos; el primero afirma al individuo aislándolo de sus relaciones sociales, con egoísmo y exclusivismo; el colectivismo disuelve la individualidad humana en sus relaciones sociales. El todo no es ni el individuo ni la sociedad, sino la persona social, el individuo que respeta su dignidad y la de los demás, con relaciones sociales justas, el que ejercita su libertad en una sociedad libre.

La lucha por la vida requiere la solidaridad orgánica; el particularismo es antidemocrático y consiste en que una parte de la sociedad se considere el todo social. La armonía social se logra superando el particularismo, se logra en la democracia social, que significa la supresión de ventajas y privilegios mediante la paridad y la nivelación de oportunidades mediante la igualación.

La democracia social significa, también, la intervención de la persona humana en todas las situaciones en que convive, para que participe en la suerte de su convivencia.



# EDUCACIÓN SUPERIOR LA DIVERSIFICACIÓN INSTITUCIONAL EN PUEBLA, 1970-1990¹

#### 1. Introducción

no de los temas recurrentes en los análisis sobre los cambios que han afectado a la educación superior en las últimas décadas es, sin duda, el que se refiere al crecimiento de la matrícula universitaria. En efecto, la explosividad con que se dio el arribo a las aulas universitarias de decenas de miles de jóvenes a partir de los setenta motivó, sobre todo, reflexiones en torno a los impactos y consecuencias de este fenómeno en la vida de las instituciones públicas, la UAP entre otras. Sin embargo, al lado de estos cambios notables en el tamaño y el tipo de universitarios, acompañados por una filosofía y política generacional enfocadas a la democratización educativa, se fueron desarrollando también -sin mayor espectacularidad, pero con efectividad indiscutibleotros acontecimientos institucionales que han dado como resultado un universo de la educación superior complejo y diversificado. Este artículo pretende dar cuenta de los principales rasgos de ese interesante y contradictorio proceso que ha vivido la educación superior en Puebla en las últimas dos décadas.

En nuestro propósito cobran relevancia las transformaciones ocurridas en el sistema

Ricardo Moreno Botello. Investigador de la Universidad Autónoma de Puebla. Director del Centro de Estudios Universitarios de la UAP.

### ricardo moreno botello

de educación superior tendientes a satisfacer cuantitativa y cualitativamente las necesidades de escolarización que cobraron expresiones mayúsculas a principios de los años setenta. En este sentido, diremos que las mutaciones ocurridas en las estructuras institucionales y las modificaciones del conjunto del sistema durante este periodo, si bien atendieron esos factores de contexto (principalmente la presión de la demanda), sus modalidades específicas no se explican sino en función de las características y componentes internos de las instituciones que forman el sistema. En efecto, la presión de la demanda no conduce necesariamente a una forma determinada de crecimiento, es decir, no se produce solamente lo que Bourdieu denomina effet de nombre (efecto de masa o de masificación),2 sino que se generan respuestas variadas que dependen de las historias estructurales de cada institución y del comportamiento de sus fuerzas internas. Esto se evidencia, por una parte, en el proceso de diversificación de los campos institucionales durante el periodo de 1969-1990, que creó una oferta múltiple de modelos educativos, y, por la otra, en un abanico de carreras que, aun teniendo como telón de fondo cierto tipo de expectativas sociales en materia de formación profesional, se construyó, sobre todo, a partir de los intereses y las capacidades prevalecientes en el sistema.3

Nos situamos, por tanto, del lado de la oferta, desde donde se observan los siguientes

movimientos: la progresiva diferenciación sectorial e institucional que condujeron, a lo largo de dos décadas, a un sistema educativo estructuralmente muy complejo y culturalmente diversificado; la multiplicación (por sectores, instituciones y áreas) de la oferta de carreras, que atiende su crecimiento absoluto, pero, sobre todo, la diferenciación neta de las opciones formativas; los cambios en las estructuras y en la oferta de estudios superiores de la Universidad Autónoma de Puebla; y, finalmente, las nuevas dinámicas en el ámbito de la conformación de las plantas académicas.

## 2. Los cambios institucionales del periodo 1970-1990

En el periodo que va de 1970 a 1990, Puebla conoce una importante transformación en la estructura de su oferta de educación superior. Este fenómeno es consecuencia del crecimiento progresivo de las instituciones dedicadas a las enseñanzas profesionales, tanto del sector público, como privado. En efecto, si comparamos los universos institucionales de principios y finales del periodo, nos percataremos de la magnitud de los cambios: mientras en 1969 sólo existían dos establecimientos con estudios de licenciatura, para 1990 la cifra es de 23 instituciones, es decir, una expansión que tuvo una tasa de crecimiento del orden de 1 050% en dos décadas. Con ello, Puebla se convirtió en una de las entidades federativas con mayor número de centros de educación superior del país.

Sin embargo, los cambios del periodo no son solamente de orden cuantitativo (multiplicación del número de instituciones, plantas académicas y matrícula); también se vive una verdadera mutación en el campo de la educación superior, de la que emergen modelos distintos de organización escolar, con sus consecuentes proyectos de formación. Se inicia, así, un proceso de diferenciación que, por una parte, romperá el monopolio de la UAP sobre la educación superior, y, en segundo lugar, generará una creciente pluralidad institucional. Estas transformaciones se pueden apreciar mejor si consideramos lo siguiente: en 1969, un joven que demandaba formación profesional tenía prácticamente como única posibilidad en la entidad a la UAP, mientras que para 1990, no sólo cuenta ya con la alternativa de los tecnológicos regionales, sino que en el sector privado puede elegir entre múltiples opciones.

Por tanto, si el incremento de la demanda de estudios superiores, principal motor del crecimiento del sistema, presionó en dirección de una ampliación del universo institucional, el desarrollo económico y social de la entidad, y las propias culturas académicopolíticas en el interior del sistema educativo, alentaron tendencias hacia la diferenciación de las instituciones. Ello explica la naturaleza y la dinámica de un proceso que para 1990 muestra una oferta institucional relativamente satisfactoria para un público económica, social y culturalmente diversificado. Durante esas dos décadas se produjo, junto con la segmentación de la demanda de educación superior y la diferenciación institucional, una transformación de los criterios de la población para ingresar a una institución. Se transitó así de una situación de mercado cautivo, determinado por la existencia de una sola institución, hacia un escenario donde la variedad sectorial e institucional comenzó a permitir una mayor discrecionalidad social en la elección del tipo de establecimiento.

Por cuanto a la distribución sectorial del conjunto de instituciones en 1990, se tiene lo siguiente: una pertenece al sector autónomo, tres al sector tecnológico y 19 al sector privado, lo que significa que, proporcionalmente, Puebla es el estado donde la educación superior privada, por cuanto al número de instituciones, llegó a tener en 1990 un mayor peso relativo respecto al conjunto, por encima de entidades como Jalisco y Nuevo León.

#### a) Primera fase, 1971-1981: comienzo de la diversificación

Este lapso se caracteriza por un primer paso hacia la diversificación institucional, que toca tanto al sector tecnológico como al privado. Los acontecimientos fueron, por una parte, la apertura de la UDLA en su nuevo campus, con una estructura y oferta académicas más amplias, y, por la otra, la creación de los tecnológicos y de dos nuevas universidades privadas: la UPAEP y la Universidad Cuauhtémoc. Debe señalarse, no obstante, que las motivaciones para crear estos nuevos planteles fueron distintas en cada caso. También hay que observar que, desde el punto de vista de las opciones profesionales, su creación tuvo un impacto diferente en la ampliación real de la oferta de carreras en la entidad.

## b) Segunda fase, 1981/1982-1990: diversificación y expansión

En el periodo comprendido entre 1981-1982 y 1990, se produce el mayor incremento de instituciones en la entidad, creándose en ese lapso 15 instituciones privadas y cuatro públicas. La mayor ampliación del espacio de la educación superior es en el sector privado, que llegó a un total de 18 planteles.

Una característica del crecimiento del sector privado durante esta década es que se apoyó fundamentalmente en la multiplicación de pequeños establecimientos, cuya oferta educativa —excepción hecha de la Universidad Iberoamericana, Plantel Golfo-Cen-



tro— tuvo aportes poco significativos a la creación efectiva de nuevas carreras. La factibilidad de ese tipo de crecimiento respondió, en primer término, al incremento de una demanda urbana, con públicos diferenciados, y, en menor medida, a un desarrollo de la demanda en ciertas regiones de la entidad.

Otros fenómenos interesantes en el periodo fueron, por una parte, el arribo de instituciones privadas de otras regiones para establecerse en la entidad, y, por la otra, la aparición de nuevas instituciones del sector público.

#### c) Algunas conclusiones sobre este proceso

Como puede apreciarse, en el transcurso de las dos últimas décadas (1970-1990), el universo institucional de la educación superior en Puebla se volvió diversificado y complejo, fenómeno sólo semejante al que se produjo, en el mismo lapso, en entidades como el Distrito Federal, Nuevo León, Jalisco y Veracruz. Se puede decir que Puebla transitó en 20 años, de una oferta institucional prácticamente unitaria, que descansaba en la UAP, a una constelación regional que presenta una

combinación de opciones educativas, tanto públicas, como privadas. Este hecho corresponde también al crecimiento de la matrícula estatal, que en los años ochenta tuvo una velocidad de las más altas en el país.<sup>5</sup>

El proceso de diversificación superó también el esquema institucional binario y antagónico, de fuerte contenido ideológico-político, que se dibujó en Puebla en la primera mitad de los setenta, con las confrontaciones entre los modelos de "Universidad democrática, crítica y popular", desarrollado por la UAP, y la opción de la derecha, cristalizada en la UPAEP. En su lugar, la diferenciación sociocultural que fue logrando la entidad impuso finalmente un universo institucional plural, donde la elección del público responde cada vez más a motivaciones múltiples (económicas, geográficas, vocacionales o simbólicas), y no sólo a preferencias ideológicas. Este fenómeno de diferenciación de los públicos también ha incidido progresivamente al interior de las propias instituciones.

El nuevo escenario de la educación superior en Puebla, por cuanto a las relaciones entre oferta y demanda educativas, parece tender hacia un esquema de alternativas ligadas al mercado profesional y a los efectos individuales y colectivos en la población de las informaciones sobre las competencias, prestigios y servicios institucionales.

## 3. Multiplicación de carreras y diversificación neta

En 1969, la universidad pública sostenía prácticamente la totalidad de la oferta de carreras existentes en la entidad, 16 de un total de 17. Pero el surgimiento de los sectores tecnológico y privado, aunado al desarrollo propio de la UAP, permitió una ampliación del abanico de opciones formativas. Sin embar-

go, debe insistirse en que, si bien el número total de programas de licenciatura prohijado por el conjunto de instituciones llegó a la cifra de 145 en 1990, no se trata en todos los casos de carreras distintas entre sí. Todas las instituciones abrieron carreras que ya se ofrecían en la UAP o en otras instituciones previamente establecidas, de tal suerte que en muchos casos nos encontramos con determinados programas impartidos en dos o más instituciones. Esto es particularmente notorio en las áreas de Ciencias Sociales y Administrativas, y de Ingenierías, lo cual explica que la variedad efectiva de opciones en 1990 sea de 53 carreras diferentes.

Los estrechos márgenes de la diversificación de opciones obedecen a causas variadas. En primer lugar, a los límites de algunos modelos institucionales consolidados para ampliar y renovar con rapidez su oferta de estudios; este efecto se puede observar en la relativa lentitud de una estructura académica como la de la UAP para organizar carreras nuevas. En segundo lugar, a que el crecimiento de la oferta de estudios en Puebla, como ya señalamos, se ha apoyado en gran medida en las instituciones privadas "no consolidadas", 6 cuyas contribuciones a la diversificación han sido escasas. Finalmente, a imperativos externos a las instituciones, provenientes de las preferencias del público sobre determinado tipo de carrera, que alienta la repetición de ciertos programas en el conjunto de las instituciones.7

Viendo globalmente el panorama del desarrollo de la oferta hasta 1990, parece que asistimos a un agotamiento de la diversificación real de carreras, al menos en los modelos de creación de instituciones y programas seguidos hasta la fecha. Por tanto, la ampliación futura del abanico de opciones de formación profesional dependerá de algunas condiciones como las siguientes: el desarrollo y mayor especialización de las disciplinas y profesiones en la entidad; la renovación de las estructuras académicas de las instituciones tradicionales, haciéndolas más flexibles y oportunas; y el establecimiento de instrumentos de regulación de la oferta educativa, tendientes a introducir criterios de racionalidad y mayor exigencia a la oferta educativa.

#### 4. El desarrollo de los estudios en la UAP

La diversificación de la oferta educativa de la UAP en el periodo 1970-1990 se produjo en dos etapas:

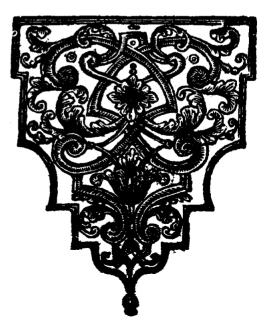
- a) En una primera fase, de 1970 a 1980, el impacto de la demanda social de educación afectó básicamente al nivel medio-superior, expresándose en la multiplicación de las escuelas preparatorias. En este lapso se crearon seis nuevas escuelas del nivel. Por cuanto a la oferta de estudios profesionales, únicamente se abrieron cinco nuevas carreras, cuatro de las cuales se generaron en escuelas ya establecidas (Matemáticas, Computación y Electrónica en la Escuela de Físico-Matemáticas, y Antropología en la Escuela de Filosofía y Letras). La ampliación de los estudios, en consecuencia, sólo produjo la creación de una escuela nueva, Veterinaria y Zootecnia. Por otra parte, iniciaron su aparición los estudios de posgrado con cinco especialidades médicas en el Hospital Universitario y las maestrías de Ciencias Sociales (1977) y de Física (1978).
- b) En una segunda fase, de 1981 a 1987, frenó el crecimiento de las preparatorias (sólo se creó un nuevo plantel, en 1983). En lo relativo a las enseñanzas profesionales, surgieron otras cuatro carreras: Ingeniería Topográfica, en la Escuela de Ingeniería Civil; Lenguas Extranjeras, en la Escuela de Filosofía y Letras; Ingeniería Agrohidráulica; y Biología. En esta fase se produce un crecimiento notable de los estudios de posgrado,

con la creación de otras cinco especialidades en el área médica, una más en Derecho Fiscal, ocho maestrías (Administración, Ciencias del Lenguaje, Fisiología, Química, Semiconductores, Matemáticas, Microbiología y Derecho Público) y el doctorado en Física, que inició en 1982.

#### Características de la diversificación

El tipo de crecimiento de la estructura académica de la UAP durante el periodo 1970-1990 muestra los siguientes rasgos fundamentales:

- a) Por cuanto a los niveles educativos, se observa una expansión significativa del nivel medio-superior, que alcanzó, en número de planteles, un tercio del total de las escuelas universitarias. El nivel profesional, por su parte, logró un crecimiento en número de opciones del orden de 47% durante el periodo. Finalmente, surgió una incipiente oferta de estudios de posgrado.
- b) Desde la óptica de las áreas, el crecimiento y diversificación de la oferta académi-



ca de licenciatura muestra durante este periodo un desarrollo en cuatro campos: las ingenierías (tres opciones nuevas), las humanidades (dos), las ciencias agropecuarias (dos) y ciencias naturales (una). En el posgrado la diversificación es distinta: además de las 10 especialidades en el área médica, surgen programas en ciencias naturales (cuatro), ciencias de la salud (dos), humanidades (dos), administración (dos), ingeniería (una) y ciencias sociales (una).

Visto el desarrollo de las áreas en su conjunto (en los dos niveles, licenciatura y posgrado), se puede decir que, desde el punto de vista de las estructuras académicas —y haciendo abstracción de los efectivos escolares—, las tendencias de crecimiento van, en orden de importancia, de las ciencias llamadas duras (puras y aplicadas), con 23 opciones, a las blandas (duras y aplicadas), con ocho opciones.

c) En términos regionales, el crecimiento de la UAP tendió hacia su concentración urbana en la ciudad de Puebla. En el caso del nivel medio-superior, de las siete nuevas preparatorias abiertas entre 1970 y 1990, únicamente dos planteles funcionan fuera de la capital (Tecamachalco y Atlixco). Asimismo, del conjunto de escuelas y carreras profesionales creadas durante el periodo (ocho), sólo dos de ellas fueron ubicadas en el interior del estado (Veterinaria y Zootecnia, en Tecamachalco; e Ingeniería Agrohidráulica, en Teziutlán). Finalmente, todo el posgrado se ubica en la ciudad de Puebla.

#### 5. Una reflexión histórica sobre la UAP

Sin duda, los cambios experimentados en la UAP durante el periodo 1970-1990 no pueden explicarse solamente a la luz de alguno de los procesos anteriores. Como fenómeno histórico, el desarrollo de la UAP debió nu-

trirse de una diversidad de elementos, tanto del contexto sociocultural nacional y local, como —sobre todo— de las fuerzas existentes en el interior mismo de la estructura institucional. La lógica de las transformaciones que resultó de esa amalgama de factores, de la que se conocen acaso algunas de sus implicaciones políticas o de sus resonancias ideológicas, generó un espacio institucional complejo y contradictorio, difícilmente aprehensible si se recurre a la simplicidad de las explicaciones justificatorias o a las diatribas ideológicas.

En primer término, se debe tener presente que el fenómeno expansivo de la Universidad se produjo, como ya anotamos, en un periodo de crecimiento significativo de la demanda de estudios superiores en todo el país. La UAP, al igual que otras instituciones, debieron acoger nuevos estratos sociales anteriormente excluidos de la formación universitaria.8 Este proceso de democratización del acceso a la educación superior, sin embargo, al organizarse de manera improvisada v compulsiva, fue estableciendo límites casi infranqueables a los propósitos de reforma académica que reivindicó el discurso universitario de los años setenta. En efecto, la velocidad del crecimiento de la matrícula fue imponiendo como prioridades institucionales la apertura de grupos académicos y la contratación de personal docente. Esta lógica simple y cuantitativista alentó el dominio de mentalidades y fuerzas en la Universidad que destruyeron las formas tradicionales de organización académica y los circuitos de reproducción social de los cuerpos profesionales.

La ruptura del viejo orden institucional en la UAP y su aislamiento progresivo del entorno socioprofesional dieron como resultado una crisis de realización de la Universidad, agudizada por otros factores de contexto, como fueron la crisis económica de los ochenta (que redujo sustancialmente el financiamiento público), el agotamiento del populismo gubernamental y la emergencia de un sector privado de la educación que ganó una influencia importante sobre los resortes fundamentales (económicos, sociales y simbólicos) del acceso al mercado profesional.

En la UAP, la estructura institucional fue modificándose en varios sentidos, en gran medida derivados de las orientaciones y correlaciones dominantes entre los grupos políticos, burocráticos y, en menor medida, académicos, que influyeron en las distintas administraciones rectorales.

Durante los setenta, podemos observar un primer momento de extraordinario auge del populismo universitario, que tuvo como consecuencia la llamada apertura de puertas, cuyos efectos se hicieron sentir en el crecimiento de los planteles preparatorianos y en el inicio de la hinchazón de muchas escuelas superiores. Este periodo inaugural del modelo puso el acento en un ingreso estudiantil indiscriminado y en el desarrollo de una oferta profesional y cultural orientadas a "la solución de los problemas populares". Su traducción institucional fue el desarrollo de la preparatoria popular, la creación de la Escuela de Veterinaria y Zootecnia, y un programa extensionista de corte político-asistencial hacia sectores pauperizados de la población (campesinos, ambulantes). Esta política institucional fue quizá la expresión más genuina del modelo democrático y la que atrajo la mayor convergencia de fuerzas políticas liberales y de izquierda.

La otra vertiente de las transformaciones universitarias en los setenta descansó en los esfuerzos por desarrollar programas científicos (de investigación y docencia) en el seno de la UAP. Esta corriente universitaria, manteniendo cierta cohabitación conflictiva con otras expresiones políticas en el seno de la institución, puso el acento en ciertas iniciativas académicas que dieron al modelo de universi-

dad democrática una imagen nacional de relativa respetabilidad. El desarrollo y consolidación del Instituto de Ciencias (ICUAP), pero particularmente el fortalecimiento del Departamento de Física del Estado Sólido, son sin duda la mejor expresión del liderazgo científico de la UAP.

Los años ochenta son testigos de varios procesos universitarios tan importantes como dramáticos. En primer lugar, asistimos al agotamiento del modelo de "Universidad democrática, crítica y popular", hecho que trastocó la vida institucional, creando un clima de división e inestabilidad internas. En efecto, 1981 marca el momento en el que sectores amplios de la comunidad universitaria deciden abandonar las orientaciones del viejo modelo y buscan —aún de manera tímida e inconsistente— construir un nuevo perfil institucional.

La fuerza de las cosas, la inercia de los usos y costumbres heredados del pasado, y los difíciles ambientes de correlaciones internas inestables y conflictivas, dieron lugar a una orientación institucional pragmática y voluntarista, cuyos avances en el terreno de la creación de nuevas estructuras académicas no logró consolidarse. A ello debe agregarse que la institución debió sortear una crisis económica que fue deteriorando progresivamente las condiciones materiales, organizativas y anímicas del trabajo universitario.

Los conflictos universitarios de finales de los ochenta no fueron más que expresión de ese difícil y largo proceso de transición de la vida institucional, que comenzó en 1991 y no ha podido concluir. Aun en ese complicado e incierto panorama, donde los procesos de crecimiento de la matrícula llegaron a su nivel más alto, los ochenta permitieron ver el surgimiento y desarrollo de algunas escuelas profesionales, una reforma en el nivel de preparatoria, el crecimiento de los estudios

de posgrado y, sobre todo, la gestación (por la vía de los programas de superación académica) de una planta de docentes e investigadores con mayor solidez y perspectivas.

#### 6. La profesión académica

Al lado de la explosión de la matrícula en la educación superior, y como consecuencia de la expansión institucional, se produjo durante el periodo de 1969-1990 un crecimiento del profesorado dedicado a las enseñanzas media-superior y profesional. En el caso del nivel superior, por ejemplo, la planta académica se incrementó de 720 plazas en 1969 a 4 256 en 1990; es decir, se multiplicó por seis en 20 años, creándose un promedio de 168 plazas anuales.9 Así, el sistema de educación superior en Puebla llegó a contribuir en 1990 con aproximadamente 4% del profesorado nacional del nivel. 10 Este proceso, sin embargo, mostró intensidades distintas a lo largo del periodo.

Es en los subperiodos de 1977-1981 cuando se alcanzó una mayor velocidad en la ampliación del mercado académico. En el primer caso, el notable crecimiento lo explican dos fenómenos concurrentes: por una parte, los aumentos de plazas ocurridos en la UAP (38%) y en el tecnológico (56%), y, por la otra, la consolidación del sector privado I, que mostró una tasa promedio de crecimiento muy alta (245%).11 La ampliación de plazas en el subperiodo 1985-1990 responde a otras tendencias, como son el crecimiento continuo de la planta académica de la UAP (49%) y del sector privado I (55%), pero sobre todo el notable incremento de las plazas en el sector Privado II (199%) y tecnológico (106%).

Si comparamos estos ritmos de crecimiento con lo que acontece en el país en su conjunto, se aprecian diferencias interesantes.



En primer lugar, el crecimiento relativo del cuerpo académico en Puebla es mayor que el nacional (491 % y 405 %, respectivamente) y mantiene una tendencia ascendente a lo largo del periodo 1969-1990, hecho que contrasta con lo que ocurre a nivel nacional, donde el comportamiento es exactamente inverso. En segundo lugar, salvo en el subperiodo de 1969-1977, donde el crecimiento relativo de la planta nacional es mayor que la local (107% contra 41%, respectivamente), en los subperiodos siguientes la velocidad del crecimiento local es superior a la nacional, siendo incluso, entre 1985 y 1990, notoriamente mayor (64% en Puebla y 10% en el país). Lo anterior significa que, mientras a nivel nacional la tasa de crecimiento de la planta académica tuvo su momento más intenso en la década de los setenta y fue frenándose progresivamente entre 1981 y 1990, en Puebla ese proceso mantuvo su impulso ascendente, aun en el último quinquenio del periodo.

Visto en su conjunto, el crecimiento del mercado académico durante el periodo trastocó el mapa de la educación superior en Puebla, uno de cuyos efectos más importantes fue el surgimiento de la profesión académica. Este proceso tuvo, entre otras, las siguientes características:

- a) La ampliación de las plantas de profesores en el nivel del bachillerato universitario, correspondiendo a la multiplicación y crecimiento de los planteles de la UAP en la década de los setenta. La Este proceso ocurrido en el sector autónomo se acompañó también de una ampliación del mercado académico del nivel, por el surgimiento de otras redes de escolarización, como fueron el Colegio Nacional de Enseñanzas Profesionales Técnicas (1978), el Colegio de Bachilleres (1982) y por el crecimiento de preparatorias particulares incorporadas a la UAP, a la UNAM y a la SEP.
- b) El crecimiento de las plantas académicas en el nivel superior, debido, por una parte, a la expansión de la matrícula en las escuelas profesionales de la UAP, que comienza a intensificarse en la segunda mitad de los setenta, y, por la otra, al surgimiento y desarrollo de nuevas instituciones de enseñanza superior en los sectores tecnológico y privado.
- c) El cambio de escala implicó también transformaciones en la composición de las plantas académicas de los sectores (autónomo, tecnológico, privado I y privado II), en función de los tipos de contratación del profesorado. Al respecto, los sectores tecnológico y autónomo, en primer término, y después algunas instituciones del sector privado I, se fueron distinguiendo por el peso significativo del profesorado de carrera (tiempo completo y medio tiempo) en el conjunto de sus plantas.
- d) El progresivo desarrollo de la educación superior, por cuanto a sus funciones, niveles y áreas, ha llevado a una diferenciación creciente del profesorado. En este sentido, se pueden identificar los siguientes cambios: en primer lugar, el surgimiento de nuevas categorías de académicos, distintos al antiguo catedrático, propiciado por la am-

pliación de las actividades institucionales hacia la investigación y la extensión universitarias. En segundo lugar, una diferenciación de la planta académica, derivada de su pertenencia a los distintos niveles educativos (enseñanza profesional y de posgrado), efecto que se profundiza en el caso de las instituciones que siguen manteniendo el bachillerato como parte de sus estructuras académicas. Finalmente, una cada vez más amplia diferenciación dentro de las áreas, debida a la especialización disciplinaria y al surgimiento de nuevas formaciones profesionales.

e) Se produjo una mutación en el status social del profesor universitario, del que da cuenta la nueva denominación de esta categoría profesional: el antiguo catedrático se convirtió en trabajador académico. A esta nueva condición contribuyeron varios factores, entre los que destacan, por una parte, el cambio del público escolar y de la función de las instituciones (la misión de formar élites devino enseñanza de masas), y, por la otra, la creciente politización del profesorado, una de cuyas consecuencias fue el surgimiento del sindicalismo universitario, iniciado en la década de los setenta. Con ambos fenómenos se modificaron los criterios y las formas de reclutamiento del personal académico, y, en consecuencia, las estrategias, formas y ritmos de reproducción del profesorado.

Fue en los sectores autónomo y tecnológico, y en menor medida el privado I, donde se dieron de una manera más intensa los cambios de composición en las plantas en la tendencia a su profesionalización. Deben destacarse al respecto las notables diferencias en las políticas de reclutamiento de profesores, donde se tiene, por una parte, a la UAP y a los tecnológicos, que han reducido el crecimiento de sus académicos de asignatura, y, por la otra, a los sectores privados I y II, donde este tipo de contrataciones sigue teniendo un crecimiento dinámico.

#### 7. El índice de profesionalización académica

Siguiendo el comportamiento más detallado de los sectores, se puede apreciar que, en el caso del sector autónomo, el peso relativo de las plazas de carrera (TC y MT) en el conjunto de la planta tuvo el curso siguiente: 23% en 1969, 44% en 1977, 44% en 1981, 61% en 1985 y 66% en 1990; es decir, mantuvo una progresiva profesionalización a lo largo del periodo, que llegó a comprender en 1990 dos terceras partes de las plazas académicas de la UAP. El sector tecnológico, por su parte, realizó un proceso de profesionalización más tardío, pero también más intenso; si en 1985 sus plazas de carrera significaban menos de un tercio de la planta (29%), para 1990 ya rebasaban 74% de la plantilla total, convirtiéndose en el sector más profesionalizado de la educación superior en la entidad.

En el sector privado, el fenómeno de la profesionalización ha cobrado ritmos y dimensiones muy modestos, llegando incluso a mostrar, en términos relativos, una tendencia decreciente; en el caso de las instituciones consolidadas (I), por ejemplo, el peso de las plazas de carrera en el conjunto de la planta académica tiene la siguiente trayectoria: en 1981 representaban 25%; en 1985, 18%; y en 1990, 16%. Por cuanto a las privadas II, la secuencia es como sigue: 84% en 1981, 40% en 1985 y 30% en 1990. Esto demuestra que las instituciones del sector privado descargan cada vez más sus actividades docentes en contrataciones por asignatura.

Empero, aunque las cifras de crecimiento absoluto de las plantas académicas nos permiten tener una visión de las magnitudes que han alcanzado las distintas fracciones del cuerpo profesoral, no nos informan bien a bien de los ritmos de ese crecimiento. Para ello debemos recurrir a los incrementos relativos, y más precisamente a sus expresiones

anuales, que muestran la dinámica de la ampliación de los cuerpos académicos en las áreas sin el oscurecimiento que provocan las cifras absolutas. En efecto, el incremento relativo anual señala que durante el periodo 1969-1990 el comportamiento se dio, en orden de importancia, de la siguiente manera: 75% en Ciencias Naturales y Exactas, 35% en Ciencias Sociales y Administrativas, 32% en Ingeniería y Tecnología, 17% en Educación y Humanidades, y 8% en Ciencias de la Salud. Por cuanto al área de Ciencias Agropecuarias, los datos disponibles del periodo 1977-1990 indican un crecimiento relativo anual de 38%. En su conjunto, la planta académica tuvo un crecimiento promedio del orden de 24%. Esta dinámica, vista en términos de plazas creadas por año en las distintas áreas, nos da lo siguiente: Ciencias Sociales y Administrativas, 78; Ingeniería y Tecnología, 60; Ciencias de la Salud, 21; Ciencias Naturales y Exactas, 5; Educación y Humanidades, 5; y Ciencias Agropecuarias, 9. El promedio general de creación de plazas en el conjunto de áreas fue de 176.

Las diferencias de los ritmos de crecimiento de las plantas académicas en las diferentes áreas que hemos descrito corresponden a distintos factores, entre los que cabe destacar los siguientes:

- a) Las intensidades diferenciadas de la presión de la demanda sobre las carreras y las áreas en las distintas fases del periodo, donde cobran relevancia los cambios de valoración social sobre las profesiones, con la consecuente reorientación de los flujos de la demanda hacia las distintas áreas del sistema educativo.
- b) Las políticas institucionales y escolares respecto al incremento y orientación de la matrícula, cuyas expresiones más claras se observan, tanto en el crecimiento del tamaño de las escuelas profesionales existentes,

como en el desarrollo de una oferta diferenciada de programas en cada una de las áreas e instituciones.

c) Las capacidades, la disposición y las políticas de reproducción de los cuerpos académicos y profesionales en las distintas disciplinas, lo que conlleva necesariamente una determinada forma de articulación entre los intereses de los cuerpos académicos con los de las instituciones y la demanda social de formación profesional.

#### 8. Conclusiones

Hemos querido mostrar en este texto que, si bien la explosión de la demanda de educación superior fue uno de los fenómenos socioculturales más notorios del periodo 1970-1990 en Puebla, hecho que alteró significativamente -como en otros lugares- las condiciones institucionales de la universidad pública, sólo fue uno más de los diversos acontecimientos que ocurrieron en el universo de la educación superior poblana. En efecto, a lo largo de las dos décadas se pueden apreciar otros hechos relevantes, como la transformación de la estructura de la oferta institucional y de carreras, con la irrupción de nuevos subsistemas, como el tecnológico y el privado; también se aprecian los efectos de las mutaciones de la vida económica y social de la entidad sobre el mundo universitario, propiciando, con sus nuevas demandas, la emergencia de una variedad de modelos institucionales cuya pluralidad acabó con la preeminencia de la universidad pública sobre la educación profesional.

Por otra parte, los cambios que se aprecian durante el periodo en el conjunto de la educación superior fueron también acompañados por mutaciones importantes en el interior mismo de las principales instituciones públicas y privadas. Estudios monográficos más detallados podrán dar cuenta de las for-

mas singulares como cada universidad encaró las exigencias sociales de formación, la estructuración de su oferta de carreras, la conformación de sus plantas académicas y el desarrollo de sus identidades institucionales.

En el caso de la UAP, hemos tratado de bosquejar los cambios de su estructura institucional y de su oferta académica a lo largo de las dos décadas, recalcando las características de su modelo cultural específico y mostrando también las orientaciones dominantes y las correlaciones internas que determinaron el sentido de su desarrollo en distintas etapas.

Por otra parte, durante el periodo que analizamos, resalta también otro fenómeno importante: el surgimiento y desarrollo de un mercado académico en expansión, que, teniendo como base la modificación de las características y status del antiguo catedrático y la progresiva profesionalización del nuevo profesorado universitario —primero en la UAP y después en otras instituciones—, se convirtió en uno de los sectores laborales más amplios en la entidad.

Todos estos fenómenos han creado un nuevo escenario educativo, en el que destacan los cambios en la percepción de la sociedad sobre las universidades y los nuevos modelos de valoración del prestigio de las instituciones y de su oferta de formación profesional. El conocimiento y reconocimiento de los nuevos contextos son importantes para la definición de nuevas políticas en materia de educación superior, ya que la reconstrucción de modelos académicos e institucionales sólidos, garantes de calidades y excelencias verificables, deberán realizarse a contre coeur de la cultura de mercado (que apoya sus prestigios en los valores, esencialmente simbólicos, de las imágenes corporativas).

En el caso particular de la universidad pública, su renacimiento deberá apoyarse al menos en tres procesos impostergables: la

revisión profunda y la recuperación de sus experiencias históricas recientes, liberal v popular-democrática, que son, sin lugar a dudas, parte de un patrimonio cultural generacional vivo: una toma de distancia crítica de las nuevas tendencias neoliberales en educación, que apuestan el futuro de la formación profesional a la lógica caprichosa e incierta del mercado ocupacional; y, finalmente, la incidencia de los universitarios en la formulación de políticas sobre educación superior que garanticen a las instituciones públicas nuevos programas de inversión para su desarrollo cualitativo, en la perspectiva de convertirlas, a un plazo mediano, en las instituciones de prestigio académico inobjetable que el país reclama.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Este artículo fue elaborado con base en el informe de investigación La educación superior en Puebla: procesos de expansión y diferenciación entre 1970 y 1990, de Ricardo Moreno Botello, H. Álvarez y Rollin Kent, Centro de Estudios Universitarios-UAP, Colección "Documentos", Puebla, enero de 1992.
- <sup>2</sup> Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, Ed. du Minuit, París, 1984, pp. 171 y 172.
- <sup>3</sup> "Para comprender los cambios sobrevenidos en las diferentes facultades en respuesta al problema planteado por el crecimiento del número de estudiantes, hay que comprender, no sólo la forma particular que ha revestido, en cada caso, la transformación morfológica de la población estudiantil, es decir, variables externas tales como la importancia del crecimiento, su momento, su intensidad y su duración, sino también las características propias de la institución enfrentada a esta transformación, es decir, a variables internas tales como los principios que rigen el reclutamiento y la carrera en las distintas facultades y, dentro de ellas, en las diferentes disciplinas". Cfr. ibid., pp. 171 y 172.
- <sup>4</sup> Cfr. Héctor Álvarez, "La situación actual de la educación superior en Puebla", en *El Nacional*, México, 27 de noviembre de 1989.
- <sup>5</sup> Este fenómeno corresponde a un proceso más general del sistema de educación superior en México, que

sufrió durante este periodo un conjunto de transformaciones estructurales en el que destaca la desconcentración geográfica de la oferta educativa. Cfr. Rollin Kent, "Expansión y diferenciación del sistema de educación superior en México, 1960-1990", informe preparado para el Proyecto Comparativo de Políticas Públicas en Educación Superior en América Latina, DIE-Cinvestav/IPN, México, 1991.

<sup>6</sup> Las diferencias, a veces abismales, que existen entre las instituciones del sector privado por cuanto al número de carreras que ofrecen y a su matrícula, han llevado a clasificarlas en dos tipos: privadas consolidadas o privadas I (con más de 2 mil alumnos y más de cinco carreras). Cfr. Proyecto Educación Superior en América Latina (ESAL), dirigido por J. J. Brunner (Chile) y Olac Fuentes Molinar (México).

<sup>7</sup> Las preferencias del público por ciertas carreras se evidencian, por ejemplo, en dos fenómenos: 1) en el hecho de que del total de la matrícula existente en las universidades privadas en 1990, 86,8% se ubica en el área de Ciencias Sociales y Administrativas; y 2) en la hinchazón que se ha producido en determinadas escuelas de la UAP (Derecho, Contaduría, Medicina, Administración, Ingeniería Civil, Arquitectura y Computación).

<sup>8</sup> Cfr. Olac Fuentes Molinar, "Universidad y democracia / La mirada hacia la izquierda", en *Cuadernos Políticos*, núm. 53, México, enero-abril de 1988.

<sup>9</sup> Para tener una idea más clara de la magnitud de este fenómeno, consideremos que a nivel nacional se observa la creación de un promedio de 4 200 plazas anuales en el periodo. Cfr. Lilia Pérez Franco, Manuel Gil et al., "Los académicos de las universidades mexicanas / Contexto, discusión y dimensiones relevantes para la investigación", en Sociológica, núm. 15, UAM-A, México, enero-abril de 1991.

<sup>10</sup> Se estima que en 1990 existía en México un total de 104 207 plazas académicas en educación superior. Cfr. Manuel Gil Antón y Julieta Fernández Márquez, "La educación superior en cifras / Estudiantes y profesores en la década", en *Universidad Futura*, vol. 2, núm. 5, 1990, pp 48-52.

<sup>11</sup> Para 1981, la UDLA hizo crecer su planta académica preferentemente con personal de carrera (tiempos completos y medios tiempos), mientras que la UPAEP siguió contratando básicamente profesores por asignatura.

<sup>12</sup> En 1980 la distribución de la matrícula en los niveles de enseñanza media-superior y superior fue de 39% en preparatorias y 55% en las escuelas profesionales. Esta distribución se modificó en la década siguiente, correspondiendo 25% al bachillerato y 67% al nivel superior.

# LA UAP Y LA MODERNIZACIÓN

## roberto hernández oramas

Tuvieron que pasar, no sólo años, sino una verdadera catarsis para poder constatar, con asombro, admiración, benevolencia o resignación, lo que se ve acontecer en la Universidad Autónoma de Puebla, hoy Benemérita. Lo real es que la modernización, con todo lo que ello implica, se encuentra en plena concreción. ¿Aplicación necesaria de la política educativa gubernamental para obtener los recursos económicos? ¿Reflejo consciente en la actual administración del pragmatismo salinista? ¿Búsqueda consciente, como parte de un esfuerzo por adecuarse a las necesidades de los tiempos y vientos que corren?

Fueron momentos difíciles, extremadamente peligrosos para la vida universitaria y que pusieron en entredicho la existencia de la Universidad los que antecedieron a la actual administración. Se tuvo necesidad de deponer a un rector ineficiente y mantener dos administraciones interinas. El cambio era urgente para recobrar lo perdido y, ante todo, mantener la estabilidad necesaria e indispensable para evitar la inminente zozobra. Sin duda, urgía la concertación, por una parte, y la firmeza de gobierno, por la otra. Con estos principios -concertación y gobierno-, inicia su gestión la actual administración, lo que reditúa, no sin dificultades, empeño de grandes sectores universita-

Roberto Hernández Oramas. Filósofo. Codirector de Dialéctica y actualmente director general de Enseñanza Superior de la UAP.

rios y fuerzas políticas por converger en los procesos del cambio.

De noviembre de 1990 a mayo de 1992, la mitad del periodo para el que se eligió a la actual rectoría, se han realizado cambios notables en los principales renglones de la vida universitaria.

I

En primer lugar, se ha reivindicado, al menos como enunciado, el carácter eminentemente académico que debe privar en la Universidad por sobre cualquier otro aspecto. La sustentación de este principio representa un viraje de 90 grados, si se toma en cuenta que la UAP se significó en los setenta y ochenta por su fuerte compromiso con las clases populares, justificando esto con el llamado Programa de Reforma Universitaria, cuyo lema era pugnar por una "Universidad crítica, democrática y popular". Es necesario recalcar que bajo este proyecto, en un principio, no sólo se propició su compromiso social, sino también se impulsó un desarrollo académico que origina, entre otras cosas, la creación del Instituto de Ciencias (ICUAP), la profesionalización de la enseñanza, el impulso a la producción editorial y la excelencia en algunas áreas del conocimiento, como la física. Sin embargo, siendo un proyecto enarbolado por un partido político, sufrió los efectos de descomposición, reacomodo y desintegración del mismo. Su última expresión

fue la llegada a la administración de una ultraizquierda casi ignorante de lo que realmente constituye una universidad e incapaz de atender las necesidades más indispensables, propiciando un desorden en lo académico v en lo administrativo. Una confusión en lo político que precipitó a la Universidad a una pendiente de autodestrucción y a un descrédito social alarmante. Reorientar el rumbo y recobrar la confianza de propios y extraños requería redescubrir la esencia fundamental, lo académico, con su necesaria manifestación en lo docente, en la investigación y una precisa concepción de la función de la promoción de la cultura y de su labor de extensión.

Entre los cambios significativos en este aspecto, caben resaltar:

☐ La exigencia determinante, por lo menos como enunciado, del Consejo Universitario para que cada unidad inicie un proceso de revisión y, en su caso, de reestructuración de sus planes, proyectos o programas de estudio, cuyos resultados deberían presentarse en un plazo no mayor de 180 días.

☐ La reivindicación, a nivel de estructura, y revaloración del trabajo académico a través del aprovechamiento del Plan Nacional de Estímulos, como la creación de las becas al desarrollo académico, las becas para la profesionalización de la docencia y las incipientes y aún no definidas becas estudiantiles para los alumnos sobresalientes.

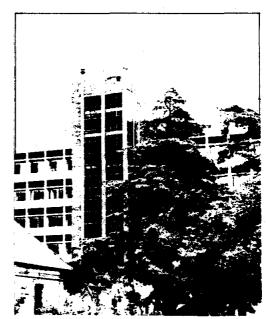
☐ La redefinición de la labor de investigación mediante la creación de nuevos institutos, como el de Física y el de Ciencias Sociales y Humanidades; el reordenamiento y definición del perfil, tareas y jerarquización de las diversas instancias de investigación. Esto trae consigo, de inicio, el surgimiento de nuevas posibilidades, así como la reorganización de lo que fue el ICUAP y su crecimiento espontáneo.

☐ El fortalecimiento y reorientación de

los consejos académicos de unidad, antiguos consejos de gobierno, cuya excesiva carga política, se piensa, debe ser suplida por tareas eminentemente de orden académico.

☐ La puntualización de los requisitos y exigencias que debe cumplir cualquier aspirante al cargo de director o secretario (académico-administrativo) de las unidades, escuelas o facultades. Por ejemplo, para ser director de una facultad se requiere que mínimamente sea titular A definitivo.

Una de las revaloraciones y reconocimientos al trabajo académico lo constituye el proceso de nivelación académica, donde el tiempo dedicado a la docencia, la producción, la investigación, tiene una importancia proporcional a la escolaridad profesional. No basta, ahora, tener un determinado grado académico para ser titular A-B-C, sino que también son indispensables los demás factores. El hecho de tener sólo grado de licenciado no es obstáculo para ser titular si además hay toda una labor de docencia, investigación y producción.



H

Un segundo aspecto importante ha sido el reordenamiento jurídico-administrativo, mismo que se realiza en dos etapas:

☐ Discusión y promulgación de la nueva ley.

☐ El Congreso Constituyente y el nuevo estatuto general.

En una sesión solemne e inusitada (22 de abril de 1992), realizada en la Biblioteca Palafoxiana, de la Casa de Cultura de la Ciudad de Puebla, presidida por el gobernador y el cuerpo legislativo del estado, y con la presencia del rector y el Consejo Universitario, se daba lectura y proclamaba la recién aprobada ley de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (19 de abril de 1991).

Se daba término con ello a una época de transición, iniciada en las postrimerías de los setenta, en la que la obsolescencia de la ley orgánica era, no sólo lema político, sino también motivo de una ilegalidad contestataria, legitimada en los hechos, como el caso de las elecciones de sus autoridades, desde el rector, mediante el voto directo, universal y secreto.

La nueva ley, que deja de ser orgánica, es enunciativa de los grandes principios que deben regir la vida de la máxima casa de estudios, dejando gran margen para la particularidad del estatuto general.

Para la elaboración del estatuto general, a tono con la nueva ley, se intentó involucrar a toda la comunidad universitaria a través de la realización de foros de consulta. Resultado de ellos es la edición de los 16 cuadernos que conforman la colección "Consejo Constituyente".

El nuevo estatuto general refleja, por una parte, un esfuerzo conceptual por redefinir el quehacer universitario de la UAP, centrando su actividad en lo académico y puntualizando el perfil de sus funciones sustantivas. Así, por ejemplo, refiriéndose a la extensión universitaria, en el artículo 18 se afirma:

I. Por su naturaleza, la extensión universitaria es misión y función orientadora y crítica de la Universidad, entendida como el ejercicio del compromiso social y de la vocación universitaria. II. La extensión universitaria debe proponerse, como fines fundamentales, proyectar, dinámica y coordinadamente, la cultura, y vincular mutuamente al pueblo y a la Universidad. Además de dichos fines, la extensión universitaria debe procurar estimular el desarrollo social, elevar el nivel cultural, moral, intelectual y científico-técnico de la nación, mediante el ejercicio de la crítica y la formulación de propuestas y soluciones debidamente fundamentadas en los programas de interés general.

Por otra parte, el crecimiento incontrolado de los últimos 20 años, propiciado por una política de masas, había rebasado la organización administrativa, que urgía una reestructuración donde las obligaciones de las instancias respectivas estuvieran claramente determinadas. Con esta finalidad, y recalcando lo académico sobre lo administrativo, se optó por una estructura encabezada por el Consejo Universitario y la Rectoría, como autoridades máximas colectiva y individual, respectivamente. Estos organismos serán auxiliados en la coordinación de las tareas sustantivas, responsabilidad de todos los universitarios, por tres vicerrectorías: la de Docencia, la de Investigación y la de Extensión y Difusión de la Cultura. Cada vicerrectoría, para la realización de sus tareas, contará con direcciones generales, y éstas, a su vez, con subdirecciones. Además, para la elaboración y aprobación de los proyectos, planes y diseño de políticas generales, se han establecido los consejos por función, integrados por universitarios sobresalientes y, en el

caso de la cultura, también por personalidades destacadas del medio. Lo estrictamente administrativo es responsabilidad de una secretaría: la Secretaría Administrativa, y lo relacionado con el gobierno, lo legal y jurídico se encomienda a la Secretaría General. En síntesis, la Universidad, en su estructura general, cuenta con:

□ Un Consejo Universitario.
☐ Una Rectoría.
☐ Tres vicerrectorías.
☐ Tres consejos por función.
☐ Dos secretarías, apoyadas por dire
ciones generales y subdirecciones.

#### III

El tercer señalamiento sobresaliente en la ruta hacia la modernización de la UAP lo representa el aspecto político. La UAP de los setenta y los ochenta era una universidad sumamente politizada en sus organismos de dirección, a merced de la conducción monolítica de un partido y a las vicisitudes de los grupos de izquierda. A tal grado llegó la confusión entre las consignas partidistas y los compromisos sociales de una universidad, que llegaron a trastocarse y confundirse sus fines, sobre todo en la última administración. La desintegración del partido y la pérdida de liderazgos personales propiciaron la aparición de una clase política subdividida en grupos en disputa por la conducción de la Universidad.

En respuesta a un deseo generalizado, se han dado pasos, primero legales y luego en los hechos, para ir erradicando los vicios anteriores y cambiando las reglas del juego. No se intenta suprimir la actividad política, sino pluralizarla, y sobre todo garantizar la institucionalidad, recobrando los principios generales y fines específicos esenciales de la universidad pública, sin por ello renunciar a

un perfil y característica propios que continúen significando a la UAP. Estatutariamente, se ha reglamentado el nombramiento y la elección de las nuevas autoridades, recayendo en el Consejo Universitario, en el caso del rector, y en los consejeros de unidad, para los directores de escuelas y facultades, la designación, previa auscultación de los representados. Se busca con ello, por una parte, la participación de todos los universitarios y evitar, por otra, que la capacidad de decisión sea sólo de un sector, grupo o escuela determinados.

Aunque sin duda todo universitario tiene derecho a aspirar a la rectoría o a la dirección de una escuela, además de la antigüedad y titulación se exige, de hoy en adelante, la titularidad para ser rector o director de facultad o instituto, así como para los puestos de vicerrector, secretario general o administrativo, dando así un mayor peso, al menos como principio, a la carrera académica sobre la administrativa o política, desarrollada en beneficio de la Universidad.

Finalmente, se amplía un año más la duración en el cargo —de tres a cuatro años—, pero se elimina la reelección.

El reto que se presenta para los universitarios poblanos, adentrados ya en la modernización, es interesante. Por una parte, es urgente adecuar la Universidad a las nuevas exigencias, eliminando estructuras y costumbres obsoletas, adecuando y actualizando sus planes y programas. Pero, por otra, está el mantener una presencia que la ha significado entre las universidades del país: ¿Modernización siendo la UAP o modernización para ser una más?

## CUBA: HAY UNA SALIDA

# pablo guadarrama gonzález

E s recomendable siempre, antes de tomar la decisión de escribir sobre algo, contar con suficientes elementos de conocimiento sobre el objeto analizado. De lo contrario, puede suceder que, no obstante las mejores intenciones que se tengan, el resultado constatable del trabajo realizado resulte algo muy extraño con relación al fenómeno que se somete a consideración crítica.

Éste es el caso, a nuestro juicio, del artículo "Cuba: ¿hay una salida?", de Lucio Oliver, publicado en la revista *Dialéctica*, de la Universidad Autónoma de Puebla, en su número 21, de 1991, en el cual deseamos detenernos.

Sabido es que son muchos los amigos de la revolución cubana que en todas partes se preocupan por el destino definitivo de ese proceso de inicio de la segunda independen-

Pablo Guadarrama González. Cubano. Filósofo. Investigador de la Universidad Central de Las Villas, Cuba. Autor, entre otros libros, de Marxismo y antimarxismo en América Latina.

cia de nuestra América. Y ofrecen todas las recomendaciones posibles, a fin de evitar la repetición de un suceso similar a lo acontecido en la otrora URSS y en Europa Oriental.

Muchos de ellos, como en este caso, parten de un nivel de información muy limitado sobre las raíces, historia, especificidad, de la revolución cubana. Aunque parten de posiciones ideológicas muy diferentes de aquellos que la atacan con los medios más sofisticados y con fuentes considerables de información, para barrerla de la faz de la tierra, a la larga son muchos sus puntos de confluencia.

Es cierto que "la sociedad cubana atraviesa por una situación de extrema gravedad", si se toman en consideración, sobre todo, el actual triunfalismo yanqui y la desaparición de las fuentes tradicionales de justo intercambio comercial que prevalecían entre Cuba y la comunidad de países socialistas, en lugar de la ley de la jungla que sigue dominando el mercado mundial.

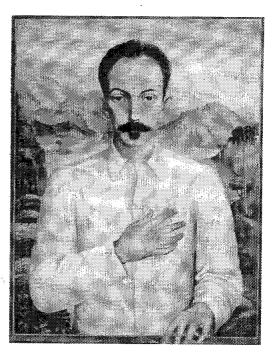
Es ya un lugar común considerar que en nuestro país no hay una tradición polémica. Pero aún más, podríamos decir que no existe tampoco una cultura del debate. Los autores de libros muy pocas veces reciben opiniones desinteresadas o profesionales en forma escrita. Con frecuencia, los comentarios buscan el elogio fácil o la crítica de mala fe. Esta situación se acentúa si el tema abordado invoca pasiones o ideologías. En esa circunstancia, el nivel habitual es la descalificación personal o el insulto gratuito. Con este número, Dialéctica abre una sección titulada "Controversia". En ella tendrán cabida textos polémicos sobre lo que dicen nuestros autores en la revista o en otros medios. La única condición es que su nivel sea el debate de las ideas y no la agresión personal. Esperamos que "Controversia" permita la retroalimentación de las ideas, la aclaración conceptual y la posibilidad de una autocrítica del pensamiento.

Algo más grave puede suceder en esa situación si, en lugar de encontrar la solidaridad entre quienes se supone que desde la izquierda comparten las aspiraciones del socialismo, se dedican exclusivamente a la tarea de buscar las manchas del sol. Sabido es que muchos prestigiosos intelectuales latinoamericanos y de todas partes, aun discrepando de algunas cuestiones del proyecto cubano, expresan en todo momento de manera decidida su apoyo al mismo, como son los casos de Adolfo Gilly, Eduardo Galeano, Darcy Ribeiro, Adolfo Sánchez Vázquez y otros, en lugar de adoptar la actitud de quienes se autoconsideran los privilegiados conocedores de las únicas salidas ante las apocalípticas profecías.

El autor de dicho artículo realiza el colosal "descubrimiento" de que la economía cubana "tenía como sustento de su reproducción ampliada los vínculos externos", como si fuese posible encontrar algún país del Tercer Mundo que no estuviese sometido a las crueles consecuencias de los embates de tales vínculos. Precisamente uno de los objetivos básicos del socialismo es lograr términos de intercambio que sean más justos, y no proponerse la utópica autarquía, que ni siquiera los países desarrollados pueden alcanzar.

¿Es que acaso algún país puede prescindir de estos vínculos? ¿Qué sería de la economía de los países desarrollados si de pronto tuviesen un repunte los abaratados productos que con precios miserables adquieren del sudor de nuestros pueblos? La reciente guerra del Golfo fue una evidente prueba de que no admitirían plácidamente convertirse de ese modo en tan "independientes".

El hecho de que Cuba ha sido sometida durante más de tres décadas a un bloqueo económico por parte de los Estados Unidos, que no se limita al comercio bilateral entre ambos países, sino que ha querido interferir,



y de hecho lo ha logrado en muchas ocasiones, las relaciones económicas con terceros países, es absolutamente ignorado por este autor, que se limita a indicar el carácter "sumamente dependiente" del socialismo cubano. En tanto no se analizan las causas reales que condicionaron tal dependencia —reconocida por la dirección política del pueblo cubano—, ni las vías que se han emprendido en estos duros años para superarla.

Sin embargo, los hechos son testarudos. Si el pueblo cubano no ha tenido necesidad de declararle la guerra a su antiguo fundamental abastecedor de petróleo, y no sólo de este valioso producto, para que se restablezca el status comercial anterior como sí se vicron precisados a hacer los Estados Unidos a Irak, y continúa con paso decidido, aunque con mayores dificultades, la construcción del socialismo, podría cuestionarse hasta qué punto fue nuestro socialismo decisivamente dependiente. La historia ya está diciendo la última palabra para que los que quieren es-

cucharla, y también para los que cuentan infructuosamente los días del derrumbe del socialismo en Cuba.

Si la economía cubana está demostrando con éxito ser capaz de reorganizarse con recursos propios, entre los cuales sobresalen los niveles de desarrollo educativo y profesional alcanzados por todos sus trabajadores, especialmente de la esfera científicotécnica, a la vez que aprovechar con inteligencia la inversión extranjera, las empresas mixtas, el turismo internacional, etcétera, sin renunciar a su opción por el socialismo, será necesario efectuar un replanteamiento del problema de la independencia del pueblo cubano.

Éste fue capaz, primero, de independizarse del imperialismo norteamericano y ahora está obligado a prescindir de la dependencia económica a que lo llevaron las circunstancias al incorporarse al sistema de países socialistas. Hoy día ha roto con ambas dependencias, aun cuando no pueda prescindir del comercio internacional y la colaboración, como no podría prescindir nadie. Cuba en la actualidad puede enorgullecerse de sentirse en verdad como uno de los países más independientes del mundo, al no tener que mirar hacia Washington, Tokio, Bonn, Pekín o Moscú para tomar sus decisiones soberanas. El camino transitado durante más de tres décadas por este pueblo estaba orientado estratégicamente hacia la independencia definitiva.

No es sólo la dirección del Estado cubano la que considera que la actual situación sólo se puede superar si se mantiene el rumbo socialista. La cuestión no es la del modelo, pues desde el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba se arribó a la conclusión de que no existen tales modelos. Y pensamos que el derrumbe de las formas que adoptó el socialismo en la antigua URSS y en Europa Oriental constituyen una prueba muy con-

tundente para desbaratar tales pretendidos modelos. Para llegar a la conclusión de que, no es sólo la dirección del Estado cubano, sino el pueblo de Cuba—si se entiende por él los que residen en la isla, continuando la lucha secular por la liberación nacional, y no los que decidieron abandonar el país para disfrutar de las ventajas del american way of life— el que mantiene esa convicción, basta conocer con suficiente rigor la actualidad cubana.

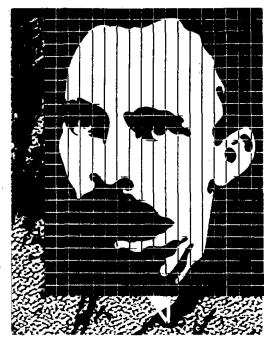
Las propias fuentes de algunos dirigentes de asociaciones existentes en el país que desean dar la imagen en el exterior de partidos antigubernamentales plenamente constituidos reconocen que la membresía de todas ellas en su conjunto oscila en el número de mil. Este dato se corresponde con el alto porcentaje de aprobación que tuvo la constitución socialista de la República de Cuba en el referéndum efectuado al respecto. Si se extraen las adecuadas enseñanzas de lo ocurrido en Europa Oriental, se puede apreciar que, cuando un pueblo decide acabar con las formas de gobierno existentes, por equivocada o no que pueda resultar su decisión, a la larga cumple esa misión. Y si es así, ¿por qué el pueblo cubano no ha iniciado tal proceso? Aunque los analistas del Pentágono conocen muy bien las causas, parece que algunos amigos equivocados no han llegado a dar con ellas. O, como en el caso que nos ocupa, creen encontrar en el llamado socialismo de Estado la causa principal de todos los errores.

Las nuevas utopías del neoliberalismo conducen a algunos a pensar que la función del Estado queda reducida a su mínima expresión, con la creciente privatización de las empresas estatales y otros mecanismos del *libre* mercado. No es necesario detenerse en todas las formas proteccionistas y en los eficaces tentáculos estatales que las principales potencias capitalistas despliegan en la actua-

lidad a fin de lograr la estabilidad interna, con el manejo de la opinión pública y el mantenimiento de las formas desiguales de intercambio prevalecientes en el mundo desde épocas ancestrales, pero que en la actualidad adquieren formas muy refinadas de envoltura, para demostrar que el Estado sigue por doquier jugando su experimentada función de dirección y control.

Si los anarquistas, que se hicieron fuertes al final de la centuria pasada, han ido recogiendo sus banderas, en la presente no se debe por simple renuncia a sus aspiraciones, sino por constatar la adversa realidad de que, tanto el capitalismo en su pleno apogeo, como los inicios de la construcción del socialismo, en cualquier parte demandaría por mucho tiempo la eficiente acción del Estado. El nuevo poder estatal que se ha ido imponiendo en los países que se liberaron de la Cortina de Hierro no resulta más maleable para la situación socieconómica de las amplias mayorías de la población, que ven cómo de la noche a la mañana se le pueden multiplicar los precios a los productos básicos de consumo y servicios sociales. Las formas de enajenación se modifican históricamente, pero el ente enajenable sigue siendo el hombre, aunque en nuevas circunstancias.

Aun cuando en el citado artículo se reconoce con razón que en Cuba el proyecto socialista tuvo "como punto de partida una gran revolución nacional y popular" (el subrayado es nuestro, dado que tal vez en estos dos básicos elementos radiquen sus diferencias sustanciales con los procesos que se dieron, tanto en Europa Oriental, como en la propia URSS), el autor arriba a la equívoca conclusión de que el Estado "sustituyó a la sociedad en la definición y conducción del proyecto socialista", aunque admite que tuvo el consenso activo de un movimiento de masas. Fenómeno éste que no resulta difícil de comprender cuando se trata de un proce-



so genuinamente revolucionario, como el caso cubano, y no de una de esas variantes de populismo tan comunes en el ámbito latinoamericano.

Si se siguiera la lógica de dicho razonamiento, se llegaría a la conclusión de que el socialismo en Cuba no resultó de una libre y consciente determinación del pueblo cubano, sino que se impuso desde arriba o desde fuera, como tanto se empeñan en propagar muchos cubanólogos. Sin embargo, cada hecho trascendental en estos duros años de lucha, desde la victoria de Girón, hasta las misiones internacionalistas, por sólo hacer referencias en el terreno militar, constituyen una evidencia suficiente del grado de concientización y de madurez política alcanzados por este pueblo, que se plasman también en otras esferas de su dignificante vida en los planos de la salud, la educación, la seguridad social. Todos y cada uno de estos hechos aportan suficientes elementos para demostrar que, sin la participación consciente y libre de este pueblo, en el pleno sentido de la palabra, ninguna dirección estatal, por hábil que resultase, hubiera podido alcanzar estos resultados.

No cabe la menor duda de que la dialéctica líder-masa, mediada por múltiples determinaciones, entre las que sobresale un partido, que no proclama su protagonismo de vanguardia, sino que simplemente se lo exige y controla a cada uno de sus militantes, unido a las organizaciones de masas de características muy sui generis, y sobre todo la forma tan específica en que ha ido adoptando y perfeccionando sus mecanismos de representación y gobierno popular, darán suficientes elementos a los estudiosos para llegar a conclusiones algo más precisas y objetivas sobre la veracidad o no del sustitutismo que se impugna.

Una actitud consecuente con el pluralismo político, que tanto exige como ticket de entrada la posmodernidad, debería consistir en la admisión de la diferencia, la cual presupone que no todos tengan que subordinarse en una estrecha y uni-aceptada concepción de la democracia. ¿Existe alguna razón para que las monarquías constitucionales europeas u orientales le exijan a los Estados Unidos o a América Latina que adopten su forma de organización estatal y de vida política, o al revés, para que puedan estos países relacionarse civilizadamente? La misma razón que no le asiste a Cuba de demandarle al resto de los países que adopte un sistema de partido único fundamenta el respeto que exige el pueblo cubano al resto del mundo al adoptar la forma específica de gobierno y de ejercicio de la democracia que ha decidido soberanamente y en correspondencia con sus tradiciones y devenir histórico.

Todo Estado, por naturaleza propia, ha aspirado siempre a tener un control sobre la economía, la política y la ideología, y de hecho lo han tenido bajo las formas más diversas. El Estado burgués se place en proclamar a los cuatro vientos su neutralidad ideológica y política, así como su absoluta separación de la gestión económica del país. No es necesario obtener un título universitario en ciencias políticas para percatarse en cualquier parte del mundo de la falacia de tales aseveraciones. Sin embargo, el autor le recrimina al Estado cubano un "férreo control", que de seguro, si se hubiera logrado efectivamente, tal vez no se hubiesen producido muchos de los errores económicos que el pueblo cubano comenzó a rectificar mucho antes de que apareciera la "salvadora" perestroika.

Pero aún más impresiona el desconocimiento del proceso político cubano su afirmación sobre "la ausencia de un debate abierto y sin restricciones sobre el socialismo deseable y posible". Bien es cierto que a partir del proceso de rectificación de errores, iniciado en 1984, se incrementan los debates sobre el tipo de socialismo que se deseaba construir en Cuba, a diferencia del que se daba en otras latitudes. Pero a la vez resultaría unilateral ignorar que no ha habido proyecto de ley, desde la Carta Magna hasta los más específicos códigos jurídicos, que no hayan sido sometidos a amplias discusiones en todos los centros de trabajo y organizaciones de masas de este país.

Es lastimoso que las agencias de prensa internacionales no hayan dedicado jamás su atención a cubrir las incidencias de algunas de las asambleas de rendición de cuentas de los delegados del Poder Popular ante sus electores, donde aquéllos informan periódicamente de su gestión y donde el pueblo siempre ha tenido amplias posibilidades para expresar sus disconformidad y quejas ante medidas, procedimientos, funcionarios, que generan múltiples fenómenos, desde la burocracia, el favoritismo, la ineficiencia, hasta el propio funcionamiento del Poder Popular y de otras instituciones del Estado y la socie-

dad cubanos.

Es cierto que el comportamiento crítico de la población cubana no ha sido siempre el mismo y ha estado en dependencia de los distintos momentos por los que ha atravesado esta Revolución, entre los cuales ha habido también etapas de acelerado auge económico y social, que, como en cualquier parte del mundo, la bonanza estimula la complacencia. Pero también es muy cierto que el pueblo cubano, junto a su dirección política, al haberse percatado a tiempo de que iba por un rumbo peligroso -y a la larga equivocado, como han demostrado los hechos en Europa Oriental- en su proyecto de construcción socialista, copiando esquemas provenientes del otrora campo socialista, acentuó desde hace mucho tiempo sus debates sobre el socialismo deseable y posible en nuestras condiciones.

De ahí que resulte totalmente infundado sostener que "no puede hablarse de que la sociedad cubana sea la verdadera creadora y sostén del socialismo". Si no es ella, ¿quién puede serlo? ¿Un partido o una dirección estatal aislados de las masas? De haber sido ésa la situación de la sociedad cubana, los tempestuosos vientos perestroikos hubiesen producido desastres similares en la Antilla Mayor.

No es la dirigencia cubana la que "justifica el peso del Estado —y del partido de Estado — por la necesidad de mantener una unidad nacional profunda frente al acoso permanente de los gobiernos de los Estados Unidos". Es la historia de las luchas de este pueblo, para quien la conoce bien, lo que justifica la existencia de una unidad de las fuerzas revolucionarias, como aspiró Martí al crear el Partido Revolucionario Cubano, porque conocía muy bien los peligros que acechaban a la independencia de Cuba y Puerto Rico. Lamentablemente, en esta otra isla no se logró esa unidad y hoy en día está



en duda su propia identidad.

La atomización de las fuerzas políticas rivales ha sido históricamente la máxima de los imperios, desde el romano, con su ya clásica de "divide y vencerás". Ésa ha sido la estrategia que siempre ha mantenido la política imperialista con relación a los países del Tercer Mundo, y en especial de la norteamericana con relación a América Latina. Del mismo modo que las oligarquías dominantes en cada país han cultivado el fraccionamiento de las fuerzas revolucionarias.

Si lo que se aspira lograr en Cuba es dar voz y voto a la contrarrevolución, para satisfacer las exigentes demandas de la formal democracia burguesa, debe tenerse siempre presente que precisamente liberarse de esa falacia ha sido el mayor logro de esta Revolución, y cuando un pueblo hace la menor concesión al enemigo puede ser interpretada como muestra de debilidad y estimular exigencias mayores que den al traste con todo lo logrado.

La unidad nacional del pueblo cubano ha sido y será la mejor trinchera en esta ancestral batalla contra el siempre insaciable Tío Sam. Otros pueblos que se han dejado horadar por sus divisionismos han pagado hasta con la pérdida de sus territorios. La esperada manzana madura de la doctrina Monroe fue cosechada y defendida muy a tiempo por el machete cubano.

Ya Max Weber por suerte descubrió, mucho antes de que apareciera el primer ensayo socialista, que la burocracia era una enfermedad de la sociedad moderna, léase capitalismo. A pesar de las manifiestas campañas que todos los países han emprendido en el siglo XX, independientemente de su sistema sociopolítico, no hay el primero que haya podido eliminar su techo de vidrio.

Sin embargo, éste es uno de los argumentos preferidos de los críticos del socialismo. La sociedad cubana, como cualquier otra, no ha encontrado aún la vacuna definitiva contra la burocracia, a pesar de sus múltiples intentos por debilitarla, ni ha podido adquirirla en ningún mercado, no a causa del bloqueo, sino porque no ha sido aún descubierta. No obstante este hecho evidente, nadie augura con seguridad que la destrucción de un país o sistema político se base en la existencia de tan arraigado virus. Suficientes anticuerpos se han ido desarrollando en todas partes para sobrellevar la dolencia hasta que aparezca el deseado fármaco.

No parece necesario continuar añadiendo elementos para demostrar la imposibilidad real de admitir hoy en día, cuando la posmodernidad acecha y el destino de los pueblos se puede decidir en las privilegiadas butacas de los *elegidos* del Consejo de Seguridad de la ONU, la subsistencia de sistemas absolutamente cerrados.

Realmente resulta estar muy desactualizado en la información sobre el desarrollo científico-técnico, el potencial económico y las relaciones comerciales que actualmente Cuba desarrolla con múltiples países del mundo, entre los que se incrementan cada día más los latinoamericanos, aseverar que la situación económica cubana es "todavía monoexportadora". Y de esta infundada aseveración argüir el colapso obligatorio en un mundo dominado por el neoliberalismo, que subsidia la producción de azúcar en los países desarrollados. Si Cuba no hubiese superado paulatinamente esa condición monoexportadora y diversificado sus recursos exportables, hubiera sido una ficha más del dominó declinante del socialismo europeo.

Afirmar, como hace el articulista, que el Estado cubano se opone a los cambios de fines de siglo, "sosteniendo que se trata de claudicaciones socialistas y de un retorno al capitalismo de sociedades que se entregan a un planeta dominado por la hegemonía del imperialismo norteamericano" es una verdad más grande que el sol que a diario nos ilumina, aunque las nubes de los climas europeos o del *smog* de algunas contaminadas ciudades no permitan disfrutarlo.

La revolución cubana emprendió cambios trascendentales, en la segunda mitad de este siglo, en la dignificación del hombre latinoamericano y de los oprimidos de todo el orbe, y siempre ha estado dispuesta a hacer todo cambio que contribuya a este proceso, pero no a hacer cambios que estimulen el nacimiento de nuevas mafias, de nuevos indigentes, de nuevos parias en sus propias tierras, producto de las xenofobias renacidas y otras bondades del capitalismo. Si a estos últimos tipos de cambios son a los que se refiere el solicitante, tiene plena razón: el pueblo cubano no está dispuesto a producir cambios que impliquen la renuncia a lo conquistado.

A quienes se desvelan por el futuro del socialismo en Cuba les agradecemos las preocupaciones, siempre y cuando éstas vayan acompañadas del respeto a la autodeterminación de este pueblo, que, en desacuerdo con lo planteado en dicho artículo, sí ha logrado definir el futuro de una isla socialista en un mundo capitalista, del mismo modo que la isla británica supo definir el rumbo capitalista en su tiempo, cuando estaba rodeada de feudalismo por todas partes.

Por supuesto que es preocupación permanente de este pueblo y de su dirección política que la actual situación de periodo especial "no degenere en un experimento colectivo agrario atrasado", como le preocupa a Oliver, y para eso se han tomado todas las medidas necesarias. Ahora bien, si el producto de la construcción de la nueva sociedad deviniese en algo muy distinto al proyecto marxista de socialismo a escala mundial -como es también su preocupación—, hecho éste que habría que considerar en su justa medida, entonces habría que decir, en lugar de peor para la realidad, como sostuvo Hegel al apreciar la falta de correspondencia de ésta con su sistema, peor para la teoría.

La aspiración de la humanidad por alcanzar una sociedad más justa y humana no puede circunscribirse jamás a las aspiraciones o conclusiones teóricas de un hombre en particular, por muy geniales que resulten sus argumentos, como es el caso de Marx.

El ideario socialista y comunista tienen raíces más profundas en la historia del pensamiento universal que las que caben en las obras completas de cualquier pensador, porque trascienden las dimensiones de una personalidad o una época y se inscriben en los más altos valores cultivados por el espíritu humano en todo su devenir, que necesariamente se expresan sintética y magistralmente en pensadores como Marx y otros.

La praxis socialista cubana no rinde pleitesía al Estado, sino al pueblo, a través de múltiples vías que no limitan su expresión a través de la organización política de la sociedad. Jamás ha reducido la defensa del socia-

lismo a la de un socialismo de Estado, como asegura Oliver. Más bien ha hecho del Estado un instrumento para apuntalar las conquistas de ese pueblo, que se siente representado en él y con suficiente poder hasta para revocar a sus elegidos si no cumplen con las funciones encomendadas. Pueden dormir tranquilos los desvelados ante la posibilidad de un aislamiento entre el Estado y el pueblo cubanos, porque este último ha dado suficientes pruebas de cortar por la raíz cualquier mala hierba de elitismo, y no le temblará el brazo nunca, mucho menos en la actualidad, con el nivel de conciencia política alcanzado, como dialéctico producto del proceso revolucionario mismo.

Un análisis serio de cualquier especialista, no necesariamente identificado con la revolución cubana, como muchos que ya se han hecho, evidencia que es absolutamente infundado hoy en día sostener, como hace Oliver, que "la contrarrevolución cubana está preparada económica y políticamente para el recambio". A tal conclusión sólo puede llegar quien se deje llevar por cierta plañidera propaganda de Miami, pues ni siquiera todos los representantes de los distintos grupos y generaciones de cubanos residentes en los Estados Unidos, que por supuesto conocen mejor sus debilidades y potencialidades reales, llegan a tan osada aseveración.

Si lo que preocupa al amigo Oliver es la disposición combativa y de defensa de la Revolución hasta la muerte por parte de la mayoría de la población, y especialmente de los jóvenes, sería prudente que se adentrara en las entrañas de este pueblo, que trasciende los círculos de los turísticos hoteles, para que constatara que su nivel de decisión para salvaguardar lo conquistado no es ajeno, ni siquiera a los lumpenpatriotas.

Siempre en toda polémica es imprescindible precisar categorialmente cada término; de lo contrario, se corre el riesgo de estar utilizando las mismas palabras para referirse a fenómenos de contenido diferente. Si lo que demanda Oliver para Cuba es un socialismo "autogestionario, democrático y abierto", tal como lo entendemos los cubanos, no hay discrepancias, pues tal vez ninguna experiencia socialista hasta el presente esté dando pruebas de capacidad de autogestión, como Cuba, en un mundo tan hostil a sus aspiraciones.

En ningún país el verdadero demos cuenta con las posibilidades de una democracia abierta, participativa y efectiva, que es muy superior a la burguesa, aunque toma de ella también algunos de sus valores. Pero si a lo que se refiere el demandante es al modelo autogestionario yugoslavo, no desea este pueblo que se reproduzca en una isla tan unida como ésta el virus de la balcanización, que ha conducido al lamentable estado actual de ese país.

Si por democrático y abierto se entiende copiar los *nuevos* modelos adoptados por la actual Comunidad de Estados Independientes, tampoco aquí se siente la más mínima envidia: al contrario, más bien se siente lástima por tal apertura al capitalismo, que el pueblo cubano conocía mejor que el entonces soviético, y por tal motivo no se dejó cautivar por cantos de sirena.

Siempre la necesaria renovada elaboración teórica y política que demanda el socialismo para el siglo XXI implicará de un modo u otro problemas y contradicciones. A éstos no habrá que temerles, si son manejados sin claudicaciones ante el eufórico capitalismo finisecular. Pero si de lo que se trata es de buscar a toda costa el agrado y aprobación de los que suponen exportan la democracia de la más alta calidad en el mundo, al igual que los productos industriales, sépase de una vez que nunca se sentirán saciados hasta ver en esta isla enarbolada la bandera

de la prostituida democracia burguesa.

El socialismo cubano no es perfecto, y siempre estará sometido a la exigida renovación que su pueblo demande, como lo ha venido haciendo desde que proclamó tal carácter de su Revolución, y no porque se lo recomienden los exclusivos poseedores de verdades y salidas únicas.

La máxima aspiración de un comunista es que, a la larga, la sociedad civil se enriquezca y que se extingan tanto el Estado como el partido. Y no simplemente que estos últimos se separen. Pero para aproximarse a las utopías concretas, hay que comenzar por reconocer la concreción de la realidad presente. Y ésta sugiere que el espontaneísmo en la dirección política no beneficia la causa emancipadora de los pueblos. Los hechos demuestran que la correlación orgánica entre la dirección del partido y del Estado, aun cuando mantiene sus especificidades e independencias, como en el caso cubano, es la única que puede asegurar avanzar con paso seguro hacia el rumbo socialista. A esa orgánica correlación se puede renunciar también, si se desea estar a la moda con el paradójico principio de la renuncia a todos los principios, con una única y exclusiva consecuencia: renunciar al socialismo.

Los cubanos hace más de tres décadas encontraron que para reivindicar definitivamente al hombre, y no solamente a Cuba, sí hay una salida: el socialismo.



# EL COLOQUIO "LOS GRANDES CAMBIOS DE NUESTRO TIEMPO"

Del lunes 10 al viernes 21 de febrero de 1992, se llevó a cabo en la UNAM el Coloquio "Los grandes cambios de nuestro tiempo", organizado por la UNAM, el CNCA y la revista Nexos. El Coloquio tuvo una gran repercusión por la importancia de sus invitados y los recursos económicos con que contó. La atmósfera ideológica de México había quedado enrarecida por el Coloquio que Octavio Paz había realizado meses antes, con el apoyo de la televisión privada. Una de las tesis que predominaron en el coloquio de Paz fue que, tras el derrumbe del socialismo real, habían finalmente triunfado democracia y mercado. En cambio, en el de Nexos quedaron tesis como las siguientes: la modernización no puede tomar en cuenta sólo a un México privilegiado económicamente, sino el conjunto plural y desigual de la nación; el Tratado de Libre Comercio no tendrá sólo efectos económicos, sino también políticos; se requiere preservar la independencia de la política exterior mexicana y no confiar en la piel de la oveja que muestran los Estados Unidos; se requiere ampliar la democracia; y, finalmente, el neoliberalismo no es una solución que permita la justicia social.

A pesar de la importancia teórico-política de este coloquio, habría que señalar hechos como el de que no fue suficientemente plural (ni estaban todos los que son ni eran todos los que estaban) o el carácter centralista y antidemocrático de la difusión cultural en nuestro país. Estos asuntos serán objeto de análisis en números posteriores de Dialéctica. En este número incluimos la intervención del doctor Adolfo Sánchez Vázquez en el coloquio mencionado y comentarios a diversas ponencias por parte de Lucio Oliver, Carlos Figueroa Ibarra y Gabriel Vargas Lozano.

Consejo Editorial

# LIBERALISMO Y SOCIALISMO

# adolfo sánchez vázquez

uisiera concentrar mi atención en la ya larga y vieja polémica entre liberalismo y socialismo.

Siguiendo la sana distinción entre lo que una ideología dice ser y lo que efectivamente es, subrayemos de entrada que el liberalismo se tiene a sí mismo por la ideología de la libertad. Ésta es la idea básica que mueve en sus orígenes a la burguesía revolucionaria del siglo XVIII contra el despotismo, así como a los movimientos de independencia en América Latina y a los liberales que, a lo largo del siglo XIX, persiguen en este continente un proyecto de progreso y modernización, o de desarrollo nacional independiente. Este valor supremo —el de la libertad— lo entiende el liberalismo como libertad del individuo, y lo hace descansar en dos

Adolfo Sánchez Vázquez. Filósofo. Profesor e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Autor de una vasta obra; entre sus libros, se encuentra Filosofía de la praxis. Miembro del Consejo Asesor de Dialéctica.

Ponencia presentada en el Coloquio de Invierno: Los grandes cambios de nuestro tiempo (1.2: "Crisis de las ideologías, la cultura y la civilización. La polémica liberalismosocialismo"), ciudad de México, lunes 10 de febrero de 1992.

supuestos: el primero es el de la naturaleza egoísta, competitiva y agresiva, común a todos los individuos del género humano. Y el segundo es el de la propiedad privada como condición, marco o institución indispensables para que se dé efectivamente la libertad del individuo. No hay, no puede haber, libertad del individuo sin propiedad privada. No se trata de un principio entre otros, sino del principio básico o piedra angular de la ideología liberal, ya sea en su forma clásica (de Locke a Adam Smith), ya sea en la forma actual, neoliberal (de un Hayek). De esta asociación entre libertad y propiedad proceden otros rasgos esenciales del liberalismo, como son: 1) la exaltación de la competencia en la batalla por la ganancia y la utilidad; 2) la fetichización del mercado como la esfera propia y necesaria de esa competencia; 3) la reivindicación del trabajo por su aspecto positivo, ya que, gracias a él se adquiere e incrementa la propiedad privada; y 4) la exaltación del individuo como un absoluto que exige ser protegido del Estado y las instituciones públicas.

Como ideología de la libertad del individuo y de la

propiedad privada, el liberalismo se mueve en dos planos vinculados entre sí —el político y el económico—, aunque, como demuestran experiencias históricas recientes, no siempre se da una simetría entre ambos. Ahora bien, ¿qué se entiende por uno y otro? De acuerdo con la ideología liberal, los principios del liberalismo político son: 1) la limitación del poder estatal como garantía de la libertad del individuo; 2) la sujeción de gobernantes y gobernados a la ley; 3) la democracia representativa, que garantiza la participación de los individuos en los asuntos públicos (ciertamente, todos pueden participar, en igualdad de derechos, aunque no todos pueden participar en todo; parafraseando a Bobbio, podríamos decir que para los no propietarios —o desposeídos— la democracia se detiene a las puertas de la fábrica, en la que las decisiones se reservan al propietario); 4) la división de poderes; y 5) la rotación o no reelección del gobierno, o alternancia o sucesión regulada en el poder. En el plano económico, el principio básico del liberalismo es el de la libertad de empresa, de comercio o de adquisición de propiedad. Corolarios suyos son: el mercado generalizado y la limitación de la intervención o regulación de la economía de libre mercado por el Estado o cualquier instancia pública.

Los principios básicos del liberalismo, considerados en su doble plano —principios que el neoliberalismo en lo económico lleva sin tapujos hasta sus últimas consecuencias—, entrañan la subordinación de la igualdad y la justicia social a la libertad. No se niegan, por supuesto, la desigualdad y la injusticia, así como la miseria material y espiritual vinculadas a ellas, pero se aceptan como un hecho natural del sistema (Adam Smith) o como un asunto privado al que no toca al Estado intervenir (Hayek). Dejar de considerarlos como tales: o sea, la protección social por parte del Estado es, a juicio del neoliberal Hayek, el comienzo de la tiranía. Así pues, la libertad es incompatible con la igualdad y la justicia social.

Desde sus orígenes —hace tres siglos—, el liberalismo no ha dejado la escena de las ideas ni la de la práctica. Ya recordamos antes sus méritos históricos en la lucha contra el despotismo en Europa y en los movimientos liberadores de América Latina. No puede ignorarse, tampoco, la importancia histórica de sus principios políticos, no obstante sus límites e incluso su incompatibilidad con la igualdad y justicia social. Y



menos aún podemos ignorar la existencia, aunque no determinante, de cierto liberalismo que ha pretendido superar esa incompatibilidad, ya sea acercándose a posiciones socialistas —como Stuart Mill en el pasado—, o como Bertrand Russell en nuestro tiempo, al defender la libertad sin subordinarla a la propiedad privada.

Ahora bien, en la sociedad industrial contemporánea vemos que, no sólo no ha podido trascender sus límites, sino que incluso se recortan aún más sus principios y valores, cuando no desaparecen. Y así vemos cómo la masificación, manipulación o colonización de las conciencias convierte la libertad del individuo en pura retórica; cómo las libertades concretas (de expresión o información), al concentrarse el poder político y el poder económico, se vuelven cada vez más estrechas o vacuas; y cómo el libre mercado se arrodilla ante el comercio dirigido transnacional. Y, en cuanto a la justicia social, el neoliberalismo se encarga de tirar al suelo las migajas que de ella quedaban en la mesa liberal.

Todo lo cual significa que el principio de la libertad del individuo, entendido como su autorrealización en condiciones de igualdad y justicia social, tiene que ser protegido del propio liberalismo. Pero, entonces, hay que acogerse a otra alternativa social que haga hincapié en el valor supremo de la libertad humana, real. Y esta alternativa sigue siendo el socialismo, como crítica de la sociedad existente y como proyecto de una sociedad en la que los hombres dominen sus condiciones de existencia. Al igual que el liberalismo, el socialismo presupone una concepción de la naturaleza humana, pero opuesta a la egoísta, competitiva y agresiva de la ideología liberal, ya que por su carácter histórico-social no acentúa unilateralmente el egoísmo o el altruismo. No es que ignore, por tanto, la dimensión competitiva y codiciosa del "hombre, lobo del hombre" (Hobbes), pero la ve como una dimensión histórica propia de la sociedad burguesa. Lejos de sentenciar que la propiedad privada es el fundamento de la libertad en general, considera que es fundamento, ciertamente, de una forma de libertad: la del individuo egoísta, burgués. Por ello, el socialismo es inseparable de su abolición, con respecto a los medios de producción, como condición necesaria, aunque no suficiente -como demuestra la reciente experiencia histórica de la libertad humana del individuo real—. Pero, al propugnar esta libertad, rechaza el individualismo que hace de él un absoluto al separarlo de las condiciones históricas y sociales de su existencia. Y se opone igualmente, no a las libertades específicas y a la democracia, sino al carácter limitado, y a veces puramente retórico, que adquieren con el liberalismo.

La utopía socialista, al alimentarse de la crítica al capitalismo liberal, lo hace reconociendo el papel de las relaciones de propiedad en el destino de la libertad, pero vinculando éste, no a la generalización del principio de la propiedad privada, sino a la propiedad social de los medios de producción, como propiedad sujeta a las necesidades y al control de la sociedad, lo que no excluye otras formas de propiedad, incluida la privada. Finalmente, si el liberalismo sacrifica a su libertad la justicia social, el socialismo ve en ésta y en la igualdad social la condición necesaria de la libertad del individuo real.

Tal es, a grandes rasgos, la ideología socialista de inspiración marxiana que ha inspirado la larga lucha del movimiento obrero por sus justas reivindicaciones, que, respondiendo a él, ha estimulado al Estado de bienestar a



proteger socialmente a los trabajadores, y, finalmente, es la ideología de la que partieron los bolcheviques, después de conquistar el poder, para intentar construir una alternativa socialista al capitalismo. No podría negarse hoy la parte importante que corresponde a las luchas inspiradas por la ideología socialista en las conquistas sociales de los trabajadores, así como en los avances logrados en el reconocimiento y ampliación de las libertades básicas y los derechos políticos. Tampoco podría negarse lo que le corresponde en los logros de un Estado social o de bienestar, aunque no hayan afectado la estructura económica y social del sistema. Finalmente, al relacionar la ideología socialista con el proceso histórico abierto por la revolución rusa de 1917, hay que reconocer que el intento de construir una sociedad socialista dio lugar -por razones que no tenemos tiempo de exponer ahora— a una formación social atípica, ni capitalista ni socialista, que vino a restaurar en nuevas formas las viejas relaciones de dominación y explotación. En esta sociedad —la del llamado socialismo real- la abolición de la propiedad privada condujo a la propiedad estatal absoluta; la eliminación del mercado, a una economía totalmente planificada; la

omnipotencia del Estado y del colectivismo burocrático a la desaparición del individuo y la exclusión de las libertades de todo tipo y en todos los niveles, y el régimen de partido único hizo imposible toda forma de democracia. En suma, el pretendido socialismo resultó ser la negación misma de los principios y valores de la ideología socialista, como ideología de la libertad, igualdad, democracia efectiva y justicia social.

¿Qué queda, pues, de su relación antagónica con el liberalismo? En verdad, ese socialismo irreal no ha superado realmente los límites que el liberalismo levanta a la libertad del individuo y a las libertades básicas, ni ha resuelto tampoco los problemas que con él quedaban intocados de la desigualdad y la injusticia social. Lejos de enriquecer y ampliar las libertades y los derechos que el liberalismo reconocía, aunque con las limitaciones y oquedades apuntadas, esos derechos y libertades desaparecieron por completo bajo el socialismo real. En cuanto a la injusticia y desigualdad, dejadas de la mano por el liberalismo, reaparecieron con la concentración del poder económico y político en manos de la burocracia y la consiguiente división en clases. Por lo que toca a la democracia liberal o representativa, cuya abolición criticó Rosa Luxemburgo a los bolcheviques desde el primer momento, no sólo no ha sido enriquecida y ampliada, sino que -como Rosa previó y advirtió- condujo a la negación de toda forma de democracia.

Así pues, el sacrificio de la libertad con que se pretendió justificar la igualdad y la justicia social acabó por arruinar a todas ellas, ya que ninguna puede florecer en una sociedad totalitaria. En conclusión, si situamos el liberalismo y el socialismo real en el proceso histórico —complejo, contradictorio y doloroso— de la emancipación humana, este pretendido socialismo, lejos de superar las fallas y limitaciones del liberalismo, queda histórica y socialmente a un nivel más bajo.

Ahora bien, el saldo negativo de este experimento liberador no absuelve al liberalismo, ni como ideología ni como práctica, de las limitaciones de una libertad para los socialmente privilegiados y de unos derechos y una democracia que sólo pueden mantenerse sobre la base de la desigualdad y la injusticia de una feroz economía de mercado. Y puesto que, en nuestros días, el neoliberalismo no hace más que ahondar y

ampliar esos rasgos negativos, sin mantener —no digamos enriquecer— los aspectos positivos —aunque limitados— del liberalismo clásico, la crítica de esta ideología, a la que se ha enfrentado desde sus orígenes el socialismo, se hace hoy más necesaria que nunca. Por otro lado, si la libertad y la justicia siguen siendo valores supremos, y por ello sigue siendo necesaria la utopía de una sociedad en la que la justicia no se sacrifique a la libertad (como la sacrifica el liberalismo), o en que la libertad se sacrifique a la justicia (como la ha sacrificado el socialismo real, con el resultado de que una y otra quedan arruinadas), el socialismo, como provecto de una sociedad libre y justa a la vez, sigue siendo -pese al derrumbe de lo que sin serlo se ha presentado como tal— una alternativa social válida, digna de ser deseada y de contribuir a su realización. Válida, asimismo, porque moral y socialmente se halla en un nivel superior del alcanzado, en su ideología y en su práctica, tanto por el liberalismo, como por el llamado socialismo real.



# LO QUE NOS DEJÓ LA POSGUERRA FRÍA

# carlos figueroa ibarra

In cierto sentido, el Coloquio de Invierno fue un canto de primavera, la loanza que exaltó el fin del hielo de la guerra fría. Sin embargo, desde la lección inaugural de Carlos fuentes, los participantes y asistentes se percataron que tal canto era también el del desencanto.

Por ello, en Fuentes, el novelista que postula la identidad de conocimiento e imaginación cedió el lugar al analista que antepondría la preocupación. 27 meses después de la caída del muro de Berlín, la cara de la euforia no podía ocultar la mueca de la incertidumbre. La pregunta del escritor, como de buena parte de los que expusieron sus ideas en el Coloquio, fue con respecto a los saldos de la posguerra fría. No es posible ignorar "el retablo de las maravillas" que sucedió a la caída del muro de Berlín, a fines de 1989: cayeron las escleróticas tiranías comunistas de la Europa Central, Alemania fue reunificada, se observaron cambios importantes en la Unión Soviética y transiciones hacia la democracia en América Latina; también renació la esperanza en una relación más justa entre Norte y Sur, así como en el fin de la carrera armamentista.

Pero la posguerra fría, no sólo trajo saldos positivos y esperanzas renovadas, sino también los males aparejados a la transición entre la bipolaridad y la multipolaridad. El mundo pende hoy entre el hielo y el fuego,

Carlos Figueroa Ibarra. Politólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UAP. Miembro del Consejo Editorial de *Dialéctica*. entre la globalización económica y la balcanización política, entre el afianzamiento de la totalidad mundial y el surgimiento de bloques económicos rivales, entre la integración del club de ricos del Norte y la dispersión de la barriada y anónima del Sur, entre el afianzamiento del capitalismo y la persistencia de los problemas sociales, entre la tendencia objetiva hacia la multipolaridad y la monopolaridad aparente por los Estados Unidos.

Fue importante constatar en el Coloquio el significado de las ciencias sociales y de las humanidades como sustrato insustituible de la conciencia crítica y autoperceptiva. En este nuevo orden, en el cual el neoliberalismo se adormece con las fanfarrias del triunfalismo, en el que se impone el mito de la preponderancia de las ciencias naturales y exactas sobre las humanidades y la reflexión con respecto a lo social, Carlos Fuentes nos reveló desde el principio el poder de discernimiento, con respecto al mundo que hoy habitamos, que tienen las disciplinas hoy enterradas bajo una montaña de perros muertos.

Anunciando las exequias del comunismo y que Karl Marx ha sido sepultado, la criticidad del discurso de Fuentes es valioso reservorio de argumentos para los que, como Adolfo Sánchez Vázquez en el Coloquio, anuncian tener la certeza de que el capitalismo y sus miserias no son la alternativa para la humanidad; 20% de la humanidad acapara 80% de la riqueza mundial, y una quinta

parte de la humanidad, aproximadamente mil millones de seres humanos, vive en la miseria absoluta, mientras que cada día que nos levantamos 40 mil niños sufren muertes innecesarias.

El fracaso hacia el cual se encamina el neoliberalismo -- no es ésta la manera de superar a las tribus y a los ídolos, ni a los robots felices, diría Fuentes- sería evidenciado también por Fernando del Paso, en una conferencia magistral en la que la belleza literaria y la rigurosidad analítica se daría la mano. Citando cifras que evidencian la soledad América Latina, del Paso dijo que hoy la región se encuentra 10% más pobre que en 1980 y que la pobreza urbana ha transitado en América Latina de 42% en 1970 a 49% en los ochenta, y se encamina hacia un 60% en el año 2000. Parafraseando a un académico español, Fernando del Paso expresó su temor de que América Latina pase de la dependencia a la prescindencia, debido a la creciente expulsión de nuestro subcontinente del mercado mundial.



En efecto, como lo denunció el escritor, América Latina se encamina hacia muchos años más de soledad. Y es hoy, cuando eso sucede, cuando los nacionalismos más agresivos crecen en Europa y aun en los Estados Unidos, cuando España y Europa esperan el 13 de octubre de 1992 para volverse a olvidar de América Latina, cuando, en palabras de Fuentes, un muro de tortilla se ha erigido en la frontera norte y la xenofobia atraviesa a los grandes de Occidente; es hoy cuando declaramos nuestra universalidad y aceptamos la disolución de nuestras soberanías, ignorando nuestro inalterable destino del Calibán de Shakespeare: "Aunque aprendas de mí, tu origen te impedirá ser uno de nosotros''.

La posguerra fría, cual caja de Pandora, lanzó al viento muchos males. Pero en los discursos de Carlos Fuentes y Fernando del Paso también se encuentra la esperanza. El autor de Noticias del Imperio nos propuso un nacionalismo elegante y generoso, pletórico de orgullo tranquilo y serenidad, y un lugar para el ágora que abra un espacio entre el Estado y los mercaderes. Y Carlos Fuentes nos anunció un mundo en el cual el fin de la guerra fría estará abierto a una imaginación creativa y mediadora entre los extremos que hemos reseñado líneas atrás.

América Latina podrá jugar un papel mediador entre los extremos porque hemos logrado en estos 500 años que nación y cultura coincidan. Aunque no hemos logrado que la nación y la justicia hagan lo mismo, y que la democracia avale la identidad entre nación, justicia y cultura, en nuestros países crecen sociedades civiles que rechazan por igual el capitalismo salvaje y la burocracia populista. Serán ellas protagonistas esenciales de toda una etapa que hoy se inicia, de luchas sociales por un mundo de cooperación y no de explotación, de interdependencia y no de sumisión.

# LA MUNDIALIZACIÓN PRODUCTIVA Y EL ESTADO DE AMÉRICA LATINA

lucio oliver

In este artículo se propone una breve reflexión en cinco puntos, alrededor de los temas y planteamientos expuestos por el doctor Pablo González Casanova en el Coloquio de Invierno, en su exposición titulada "La crisis del Estado y la democracia en el Sur".

La intervención del ponente aludió a situaciones, fenómenos y tendencias actuales que están modificando el orbe y nuestra región latinoamericana a finales del siglo XX. En particular, sostuvo que

...el discurso de la globalidad a menudo obedece a hechos objetivos y universales: expresa una creciente interdependencia de las economías nacionales y la emergencia de un sistema transnacional bancario-productivo-comunicativo, que es dominante y cuyo ascenso coincide con un debilitamiento real de la soberanía de los estadosnación... (Perfil de La Jornada, México 14 de febrero de 1992.)

Sustentó, también, que la verdad sobre ese fenómeno es conocida por los especialistas radicales sin que ello alimente una acción política efectiva. No obstante, mantuvo que

Lucio Oliver Costilla. Sociólogo. Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Miembro del Consejo Editorial de Dialéctica.

la sociedad latinoamericana tiene ante sí una nueva utopía:

...la de una democracia también global, plural, transparente, en que la sociedad civil controle al multiEstado en el todo y sus partes, y asuma el problema social con el poder de la mayoría en cada nación y en la humanidad. Esa utopía surge en las más distintas regiones y países, en pequeños y grandes movimientos, muchos populares. Todos ellos forjan, sin duda, los caminos de la alternativa emergente. Pero ésta plantea muchos problemas de organización y dinámica, de voluntad ética y conocimiento técnico y político, que están lejos de estar resueltos. *Ibid.*, p. II.)

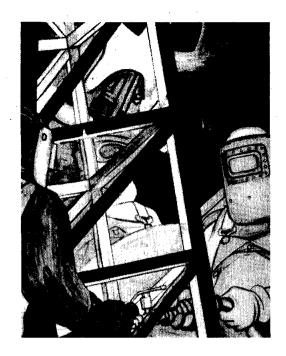
La idea sustancial de González Casanova abre una veta fundamental para analizar la situación y perspectivas de los países del subcontinente. Deseo agregar a ella cinco tesis que proponen un desarrollo de la crítica y tratan de profundizar en el porqué de la necesidad de nuevas categorías que permitan asumir el mundo cambiante de hoy. Quiero insistir en que son impostergables nuevos horizontes teóricos para construir los puentes que faltan entre teoría y acción política. No hago responsable al autor de la intervención presentada en el Coloquio de los planteamientos de este artículo, mismos que resultan de mi particular apreciación del fenómeno señalado por él.

# 1. La globalización y las tendencias productivas del capitalismo

La apreciación, de amplio reconocimiento en los últimos años, de que el mundo ha dado un salto a la globalización y a una nueva regionalización, no siempre valora la trascendencia de este hecho. Se trata de un fenómeno que expresa cambios en la situación de las grandes potencias industriales del mundo, las cuales han entrado en una interdependencia asombrosa: también conlleva modificaciones sustanciales en la situación de las sociedades crecientemente marginadas del Tercer Mundo. Se trata, en realidad, de un nuevo fenómeno de dominio del capital transnacionalizado a nivel global, distinto al sólo desarrollo cuantitativo en extensión v profundidad del mercado mundial: estamos asistiendo a un proceso que no es ya únicamente la universalización de los mercados y de las mercancías, sino del proceso productivo, del capital y del trabajo asalariado. Samir Amin atrajo la atención sobre este proceso en su intervención en el Coloquio de Invierno, señalando que:

Nos estamos moviendo hacia una economía mundial, y los sistemas naturales de producción van perdiendo su grado de congruencia, de autonomía, para el beneficio de un proceso mundial de producción. (*La Jornada*, México, 14 de febrero de 1992, p. 24.)

Estamos, entonces, ante un proceso global productivo que afecta y modifica nuestra inserción en el mundo; es un salto cualitativo en nuestra pertenencia como sociedades, economías, estados-naciones y como región, al sistema capitalista mundial. Esta perspectiva tiene varias consecuencias: una es que no podemos seguir analizando los problemas particulares de cada uno de nuestros países como si fuésemos una enti-



dad autónoma y separada de la dinámica mundial. Tiene razón González Casanova cuando sostiene que

> ...cuando algunos políticos afirman que "han apostado al neoliberalismo", ocultan que, más que apostar al neoliberalismo, tienden a sujetarse a las políticas diseñadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. (*Perfil* de *La Jornada*, op. cit., p. III.)

Pero la fuerza de esos organismos financieros internacionales no proviene sólo de una presión externa sobre nuestras sociedades, sino que es el resultado de una expansión del capital transnacional a nivel mundial, que ha modificado los procesos de acumulación de capital a escala planetaria. De ahí que debamos empezar a entendernos a nosotros mismos de nuevo como una parte del sistema productivo mundial. Ello implica una óptica global para ver nuestro propio

desarrollo nacional. La noción de imperialismo, acuñada a principios de siglo, avanzó mucho en esta visión. Ahora necesitamos actualizarla: el imperialismo fue un fenómeno de expansión financiera industrial capitalista y de dominio político, concomitante de esa expansión, en terrenos de capitalismo incipiente. Hoy se trata de una transnacionalización capitalista que somete todo el proceso de producción del orbe a la dinámica de los grandes centros industriales y financieros. No es una expansión exterior a nuestras economías, sino de una reformulación interior de nuestros sistemas productivos; por ello esa tendencia busca la combinación entre la apertura al capital externo (inversiones extranjeras) y la privatización:

> ...liberalización de la economía, desregulación del sector financiero; la privatización y desnacionalización de riquezas naturales, de empresas bancarias, industriales, agrícolas y ganaderas, y de antiguos servicios públicos, como ferrocarriles, electricidad, teléfonos, correos, agua potable, escuelas, hospitales... (*Ibid.*)

Es imprescindible, entonces, asumir un nuevo horizonte de conocimiento de lo que somos. Ello conlleva también cambios en nuestra apreciación del Estado y del desarrollo social. Acerca de este último, González Casanova acierta al señalar que es preciso que los nuevos programas políticos de alternativa "asuman la solución del problema social como problema global de acumulación mundial". (Ibid., p. II.)

# 2. El Estado nacional soberano de América Latina

En la mesa del Coloquio que discutió el tema del Estado, el doctor Arnaldo Córdova manifestó que



Nuestros estados no están en crisis [porque] no los hemos acabado de construir. [De ahí su pregunta:] ¿Seremos capaces de edificar hoy un Estado nacional y de imponer normas y principios democráticos en el desarrollo de la vida política de nuestras naciones? (La Jornada, México, 14 de febrero de 1992, p. 25.)

En respuesta a su interrogante básico, Córdova nos pone por delante una idea demasiada abstracta. El Estado como síntesis de nuestras posibilidades de desarrollo y progreso democrático es en el fondo un fetiche. Habría que determinar cuál es el real contenido nacional de los estados por construir y cuáles son las fuerzas sociales y políticas que son capaces de hacerlo. Lo que hemos tenido en el pasado de soberanía nacional ha tenido como fundamento un capitalismo latinoamericano de acumulación nacional relativa, que hoy está desapareciendo. Tiene razón González Casanova: nuestros estados, constituidos a partir del peculiar ca-

pitalismo latinoamericano desde la independencia de España y Portugal, y a partir del impulso nativo industrial de los años treinta a sesenta de este siglo, están en crisis:

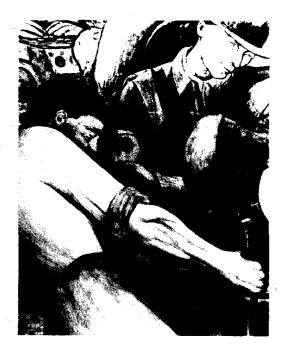
> Como ha hecho ver David Held en un libro reciente, la teoría política del Estado soberano muestra varios desajustes frente a la realidad del mundo actual: así, por ejemplo, no reconoce que la autonomía del Estado ha disminuido frente al actual sistema económico de producción internacional y transnacional; no repara en que los bloques de naciones controlan a sus integrantes en muchas decisiones que antes se arrogaban a sí mismas... Pero la teoría del Estado ya actualizada, para ser exacta, tiene que registrar también los efectos adversos de la globalización sobre los países del Tercer Mundo y el hecho de que la actual globalización mantiene y reformula las estructuras de la dependencia de origen colonial, y las no menos sólidas del imperialismo de fines del siglo XIX, y del capitalismo central y periférico que se estructuró entre 1930 y 1980. (Perfil de La Jornada, op. cit., p. I.)

No hay posibilidades productivas ya de edificar un Estado nacional autónomo en América Latina, lo que no significa que debamos renunciar a sostener una posición política de defensa de la soberanía frente al expansionismo del Estado norteamericano. La polémica real está en el grado de soberanía que nuestras sociedades pueden lograr del proceso productivo nacional, dentro del mercado mundial, del bloque regional americano y con respecto a la relación entre trabajadores y capitalistas en los distintos espacios (económicos, políticos, ideológicos) de la nueva acumulación global de capital. La soberanía y la democracia tienen ya un referente regional y globalizante: el margen de posibilidades de participar con nuestros propios puntos de vista, en tanto sociedad y poder político nacional, y en tanto un sector de la economía, dentro de un mercado y una política mundiales (regionales). En este sentido, se trata de que se respete el derecho de coparticipación en el orden económico y político mundiales (regionales), y de la autodeterminación relativa en un área específica de éstos. Eso incluye el derecho a definir las condiciones internas de acumulación de capital, a construir nuestra propia historia y nuestros valores nacionales, y a desarrollar una actividad política colectiva, libre y autónoma, como parte de las luchas políticas regionales y planetarias, lo cual traslada el problema que en otros tiempos se planteó como reforma o revolución a un plano regional y mundial.

3. El Estado latinoamericano actual es un poder transnacionalizado asociado y subordinado

Jorge Graciarena, en un estudio bien fundamentado ("Estado periférico y economía capitalista: transiciones y crisis", en *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI Editores-UNU, México, 1990), demuestra que el Estado latinoamericano actual forma parte de una dominación mundial, en la que ha tenido que adecuar sus funciones y su actuación en beneficio del capital transnacional:

En una fase histórica donde prevalecen nuevas condiciones de internacionalización del capitalismo, con gigantescas corporaciones globales que operan a escala planetaria, de oligopolización de mercados y de dolarización de los flujos financieros, y del endeudamiento externo en una escala nunca conocida por los países de la periferia capitalista, las funciones del Estado y la actuación de sus aparatos en la economía tienen por fuerza que ser diferentes, aunque la relación básica de dominación capitalista no se haya modificado. (*Ibid.*, p. 65.)



En el fondo se ha producido una transformación cualitativa de la forma Estado y de los rasgos institucionales del Estado en América Latina, de acuerdo a la nueva relación de capital que resulta de la transnacionalización, asociación y subordinación de los capitales latinoamericanos con los capitales mundiales en la nueva fase de acumulación mundial de capital. Entre las características de la nueva forma de Estado están las siguientes: en primer término, no obstante la privatización y la desnacionalización de las economías de la región, el Estado latinoamericano se mantiene como un órgano regulador del mercado, concentrador de grandes recursos económicos y de personal ocupado, que lo hacen un mediador del proceso de transnacionalización y de la relación entre los capitalistas individuales. En segundo lugar, no ha disminuido la autonomía del poder público respecto de la sociedad; por el contrario, el aparato del Estado se ha distanciado más de ésta por la creciente tecnoburocratización exigida por la nueva realidad. En tercer lugar, el Estado ha abierto, junto a los canales tradicionales de la democracia representativa, formas específicas de concertación con grupos corporativos (empresarios, obreros, campesinos), a los que ha institucionalizado (consejos económicos y sociales, pactos sobre precios y salarios, etcétera), y que tienen un papel importante en la toma de decisiones sobre el proceso productivo, "al margen de los mecanismos del régimen político liberal y de los órganos administrativos del Estado". (Ibid.) En cuarto término, el Estado bajo la transnacionalización ha reducido su capacidad para promover un desarrollo nacional. El propio González Casanova advierte sobre estos cambios del Estado latinoamericano y lo califica de un proceso de transnacionalización asociada (subordinada) de un Estado (neo)oligárquico. ("El Estado y la política", en América Latina, hoy, Siglo XXI Editores-UNU, México, 1990.)

# 4. No hay regreso sencillo al Estado nacional soberano: es imprescindible una crítica radical del actual poder público

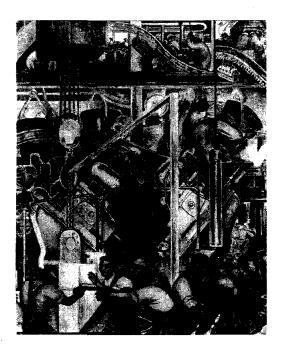
Debido a la trascendencia actual de la defensa política y jurídica de la soberanía nacional y estatal frente a "las pretensiones de instancias supranacionales de imponer modelos sociales y políticos, y ante la propensión de los Estados Unidos de América a aplicar un derecho de injerencia en su calidad de superpotencia exclusiva", cabe reflexionar qué características internas debería tener el Estado nacional para sostener una lucha por la soberanía nacional en el contexto de la transnacionalización. Algunos gobiernos latinoamericanos han adoptado una posición puramente subjetiva y voluntarista al respecto.

Por ejemplo, el actual secretario de Relaciones Exteriores de México expuso, en una brillante declaración política reciente, que:

México ha resuelto asumir la globalización —financiera, comercial, industrial, tecnológica y ecológica— preservando su carácter, sus valores, su forma de ser y su plena soberanía. (La Jornada, México, 22 de marzo de 1992, pp. 1 y 15.) [Para Solana, el camino para "participar activamente en las decisiones que habrán de orientar los cambios en el mundo" está en:] ...la diversificación de nuestra actividad internacional (ibid.), [y en la revalorización del Estado:] ...no se puede permitir la supeditación del Estado a grupos privilegiados, ya sean éstos religiosos, económicos, gremiales o de cualquier otra índole. (Ibid.)

Empecemos por la cuestión de la existencia voluntarista del Estado frente a los grupos privilegiados. Los estados no han llegado al punto de volver a ser propiedad privada de los grupos económicos dominantes, aun cuando es evidente la tendencia a la neooligarquización del poder y de su sometimiento a una élite económica privilegiada (300 empresarios y políticos poderosos en México). Podemos convenir, no obstante, que en general la autonomía del Estado se ha mermado sustancialmente en los diversos países de América Latina, en grados variables, tanto en México y Brasil, como en mayor medida en Venezuela, Panamá, Perú y Argentina.

De todas maneras, los estados latinoamericanos no son independientes del capitalismo: constituyen, como se ha dicho, una forma de la relación social capitalista. Si bien han constituido un sistema institucional de dominación política, su razón de ser como poder y como institución es custodiar un orden social fundamentado en la relación capitalista de producción. Como señalamos en el



apartado anterior, la relación social del capital está siendo modificada sustancialmente por el nuevo peso y papel del capital transnacionalizado, y por la subordinación y sometimiento de los obreros, y de todos los trabajadores del país. La única manera de revalorizar el Estado nacional en la actual condición de globalidad es desarrollando una "unidad nacional de todos los trabajadores" (dentro de cada país y en el plano continental), para modificar la situación inmediata del trabajo frente al capital, defender nuestros valores como nación y someter el Estado a los dictados de la sociedad. La alternativa está en el desarrollo político de la sociedad y en la construcción de un proyecto de poder que transforme radicalmente el actual Estado transnacionalizado, y someta el nuevo poder a sociedades crecientemente politizadas y organizadas, esto es, a sociedades críticas. Un poder democrático popular tendría que desarrollar una estrategia productiva industrial para coparticipar en la acumulación mundial de capitales y en el mercado mundial sin someterse al dominio de las transnacionales. Esto implicaría la exigencia de la democratización del actual orden económico y político mundiales. De esta manera, la participación en proyectos de bloques regionales, como el Tratado norteamericano de Libre Comercio, podría tener un sentido de revalorización de la autodeterminación y la soberanía nacional, en un contexto de creciente integración productiva.

# 5. La sociología radical de América Latina y las nuevas políticas de alternativa

González Casanova sostiene que hay una dosis básica de claridad en la comprensión teórica de la situación de América Latina bajo el neoliberalismo, y lo que hace falta son

...puentes entre lo que podríamos llamar el análisis radical y la acción política de alternativa. [Eso] ...deja solo el análisis, lo deja como reflexión, como protesta, como queja, sin mayor trascendencia (*Perfil* de *La Jornada*, op. cit., p. II.)

Quiero arriesgar otra hipótesis. El nuevo análisis radical es insuficiente; no decimos inacabado, porque eso siempre lo será frente a la realidad en movimiento. Decimos insuficiente porque a la reflexión en curso todavía le falta ese filo de profundidad que llene el vacío entre análisis y acción política. Se intuye lo idóneo de nuevas categorías, pero aún no se les ubica en un nuevo horizonte teórico de conocimiento, aún no se asume a fondo la nueva situación del mundo transnacionalizado de finales de siglo. En última instancia, todavía no se hace la teoría del margen de autodeterminación social, económica y política de nuestros países, y de la re-

sistencia posible ante la nueva dominación económica y política del capital transnacional, en condiciones de unidad productiva mundial, necesaria para la situación concreta de hoy. Ésa es la gran tarea del análisis radical y ése parece ser el puente faltante (por lo menos desde la teoría). Al respecto, podemos recordar una tesis que Marx planteó en su juventud y que tiene suma actualidad en la situación que vivimos:

...la teoría se convierte en violencia material una vez que prende en las masas. La teoría es capaz de prender en las masas en cuanto demuestra ad hominem; y demuestra ad hominem en cuanto la crítica se radicaliza. Ser radical es tomar la cosa de raíz. Y para el hombre la raíz es el mismo hombre. ("Introducción" a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, OME 5, Editorial Grijalbo, México, p. 217.)

La teoría crítica tiende el camino necesario a la acción política de las mayorías cuando les demuestra a éstas el sentido profundo de sus necesidades, y por eso parece ser el puente que todavía falta por hacer en la sociología radical latinoamericana de hoy.



# LIBERALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

# gabriel vargas lozano

Una de las sesiones más importantes del Coloquio "Los grandes cambios de nuestro tiempo" fue la dedicada a debatir el tema de "Liberalismo y socialismo". En ella intervinieron el historiador inglés Eric Hobsbawm, con la conferencia titulada "Crisis de las ideologías: liberalismo y socialismo"; y, en seguida, con sus propios análisis, Michelangelo Bovero, Rolando Cordera, Jean Daniel, André Fontaine, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro y el propio Hobsbawm. La intervención de Sánchez Vázquez es incluida en este número de Dialéctica y la de Luis Villoro será publicada en la próxima entrega. Las exposiciones mostraron, no sólo que la cuestión tocaba un punto crucial del periodo histórico que nos ha tocado vivir, sino que requerirá una reflexión más profunda. En lo que sigue, intentaré hacer, no un análisis puntual sobre lo dicho por los expositores, sino una reflexión propia que retomará tan sólo algunas de las tesis expuestas.

na de las batallas fundamentales de nuestro tiempo ha sido la protagonizada entre dos formas de pensar la sociedad: la denominada liberalismo y la llamada socialismo. Estas dos formas de pensar no son unívocas e implican una serie de variantes. A pesar de ello, tiene razón Hobsbawm

Gabriel Vargas Lozano. Filósofo. Profesor-investigador de la UAM. Codirector de la revista Dialéctica. Su más reciente libro es ¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?

cuando dice que no es posible comprender todo lo que ocurre en el mundo mediante esta simple dicotomía. Sin embargo, no se puede negar la importancia y la influencia que han tenido en la teoría y en la práctica de las sociedades humanas en los últimos tiempos. Como hemos escrito, tanto el liberalismo como el socialismo son formas complejas que asumen características peculiares en cada teórico, que han sufrido una evolución desde el siglo XVII en el primer caso y desde el siglo XIX en el segundo, y, finalmente, que se han adoptado en cada sociedad con peculiaridades que resulta importante reconocer. Estas dos formas de pensamiento implican tesis y problemas económicos, políticos, ideológicos y filosóficos. La concreción histórica del liberalismo en los siglos XVII y XVIII, con la instauración de los primeros estados liberales, fue, como se ha reconocido por todos los investigadores, un gran avance frente al absolutismo feudal, pero también engendró la matriz inicial de una núeva sociedad cuyas características y consecuencias las encontramos ahora desarrolladas en su máxima expresión. ¿Qué elementos integraban el paradigma liberal desde el punto de vista teórico y cómo se han plasmado en la realidad?

En lo que sigue, comentaré algunas de las tesis expuestas, con su habitual profundidad, por Norberto Bobbio en su libro *Liberalismo y democracia*. El liberalismo parte de la teoría de los derechos naturales (vida, libertad, felicidad, propiedad), teoría que fue central en la lucha de los liberales en contra

del legitimismo como fuente del poder. La teoría del carácter natural de los derechos humanos fue criticada ya en su tiempo por Hegel, debido a que, en realidad, los derechos del hombre son históricos. El liberalismo partió también de la teoría de la limitación del poder estatal mediante el Estado de derecho y el Estado mínimo. El Estado de derecho implicaría el control del poder ejecutivo por el legislativo, la autonomía de los gobiernos locales frente al central y el poder judicial independiente. Si hacemos una comparación rápida entre este Estado liberal ideal y la realidad de muchos países, entre ellos el nuestro, se podría demostrar fácilmente que no existe una autonomía real. En el caso de nuestro país, encontramos, a lo largo de la historia, un presidencialismo actuante que ha nulificado la autonomía de los poderes legislativo y judicial. En el caso de los Estados Unidos, pudiéndose dar esta autonomía relativa de los poderes legislativo y judicial, existen, como se sabe, otros poderes ocultos o manifiestos, como los representados por el consorcio militar e industrial. Una tesis más del liberalismo es la limitación de las funciones del Estado, para que se permita la libertad individual económica y moral. La crisis del '29 en los Estados Unidos produjo una solución no liberal en su sentido clásico, como lo fue el Estado benefactor, pero que, sin embargo, constituyó una fórmula para la superación de la crisis, de acuerdo a autores como Galbraith. Desde la década de los ochenta, se pretende, en los países ricos y pobres, eliminar "esa anomalía", para pasar a un neoliberalismo cuya guía espiritual son las obras de Hayek y Milton Friedman. Pero el capitalismo liberal se enfrenta con otro problema real: la receta del neoliberalismo no ha podido sacar de la pobreza a 80 u 85% de la población del planeta; y por el contrario, está generando nuevos conflictos sociales. Finalmente, como se ha demostrado,

contrariamente a lo que se supone, no hay una relación inmediata o directa entre liberalismo y democracia. Existen dos tipos de liberalismo clásico: el liberalismo radicaldemócrata, que considera la democracia sólo como el establecimiento de reglas para la distribución del poder político, y el liberalismo conservador, que está en contra de la democracia. En este siglo hemos conocido la coexistencia entre el capitalismo liberal y las más terribles dictaduras, como las propiciadas y auspiciadas por el gobierno de Washington en América Latina, para no ir más lejos. Así que el valor de la democracia, tanto en su sentido de reglas precisas para la distribución del poder, como en el de procurar la igualdad entre los ciudadanos, es una forma frágil y prescindible para el liberalismo real en cuanto no convenga cabalmente a sus intereses. Lo anterior nos lleva a distinguir entre el planteamiento de los clásicos liberales, con sus indudables aportes en lo que se refiere a la reivindicación de los derechos de los individuos, y el liberalismo real, que implica una difícil adaptación a las circunstancias históricas que provoca, casi como regla, la distorsión de muchos de esos principios sostenidos por la teoría. Me refiero, sobre todo, a la incapacidad que ha mostrado para permitir que una inmensa mayoría pueda tener acceso a la justicia y al bienestar por la vía del individualismo. Pero insistiría: a pesar de que la práctica del liberalismo se contradice con los ideales que dice defender, esta doctrina ha puesto más énfasis en ciertos problemas que son esenciales para el hombre moderno y cuya reflexión no tiene por qué estar aprisionada en sus marcos: la democracia, las libertades individuales y los derechos humanos.

El caso del socialismo convoca también similares complejidades. Las ideas y movimientos socialistas surgen en el siglo XIX. Se trata de una reacción en contra del capitalismo liberal que, a juicio del socialismo, se basaba en la injusta distribución de la riqueza y en la enajenación del individuo, privándolo de una auténtica libertad. El socialismo, principalmente en la vía abierta por Marx y Engels, proponía una sociedad justa basada en la igualdad, la libertad y la democracia directa. Las concepciones de los clásicos se quedaron, empero, tan sólo en algunas ideas muy generales. A principios de siglo se abrieron al menos tres corrientes socialistas: la comandada por Kautsky, la de Bernstein y la de Lenin. Las tres combaten entre sí acerca del valor de la democracia representativa y la forma de acceso al socialismo. Las luchas efectivas condujeron, por un lado, a lo que se llamó el socialismo real en la URSS, que fue una forma social burocrática que no pudo devenir en un auténtico socialismo debido a la ausencia de una serie de condiciones económicas, políticas y culturales en las naciones que la conformaban y a la ausencia de condiciones internacionales para poder llevar a buen éxito su construcción. Ese Estado tampoco pudo modificarse a sí mismo y adecuarse a las radicales transformaciones que produjo la tercera revolución industrial. Las otras vías fueron desarrolladas por la socialdemocracia europea, primero en su versión radical anticapitalista, y, luego, en una suavización de ella, hasta hablar hoy de un socialismo de mercado, que implica, en el mejor de los casos, un capitalismo con democracia política y con una distribución del beneficio a dos tercios de la población, como ocurre en los países europeos desarrollados. Si lo anterior es así, lo que queda es, como dice Hobsbawm, una crisis generalizada. El liberalismo, como teoría y como práctica, engendró una sociedad egoísta, individualista, enajenada; profundamente desigual; de economía de mercado; y, a últimas fechas, xenófoba y racista. Y por su lado, el llamado socialismo devino en una so-



ciedad que no merecía tal nombre, porque no existía una democracia auténtica.

Frente a estas conclusiones, que han extraído muchas personas en el mundo, y sobre todo en el llamado socialismo real, ha emergido un repertorio de posiciones que van, desde el cinismo y la adoración ingenua de la economía de mercado, hasta el nihilismo. Sin embargo, en el panorama actual se han propuesto otras alternativas: la primera sería la de eliminar definitivamente el concepto de socialismo y sustituirlo por el de democracia radical. Ésta sería la tesis de J. Habermas en su trabajo "El futuro del socialismo occidental" (en Leviatán, núms. 43-44, primavera-verano de 1991). A mi juicio, esta tesis cede a la tentación de identificar el socialismo, o bien con el llamado socialismo real, o con la socialdemocracia. Un socialismo auténtico no podría identificarse con estos dos tipos de sociedad. En el primer caso, porque se trata de una sociedad que no conservó un rasgo esencial del socialismo,

que es una democracia auténtica; y en el se<sup>2</sup> gundo, porque conserva los aspectos principales del capitalismo v. lejos de liquidarlos, los fortalece. Por otro lado, la tesis de democracia radical es muy vaga y tendría el mismo valor contrafáctico de un socialismo ideal como parte del reino de los fines. En torno a esta posición, puede mencionarse también la Teoría de la justicia, de Rawls, que forma parte del liberalismo teórico con afanes de justicia, de la reflexión sobre lo que debería ser y no es, pero que tampoco sabemos cómo lograr que sea. La segunda posición es la de hacer una síntesis entre liberalismo v socialismo, pero ateniéndose a una de las variantes del primero y del segundo. En esta dirección podrían ser inscritos, con tesis diversas, el propio Bobbio, Macpherson, Markovic. La tercera postura sería la de un Alec Nove, a partir de su libro La economía del socialismo factible, que sería mantener la tesis de una socialdemocracia radical que resultaría de un equilibrio entre empresas privadas, cooperativas y empresas públicas, que parece muy idílico, pero que tiene como contrapartida la imposibilidad de controlar las fuerzas del mercado, y menos en la etapa de capitalismo transnacional en que nos encontramos.

A mi juicio, el movimiento de una nueva izquierda tendría las siguientes tareas: 1) La necesidad de reformular la idea de socialismo a la luz de los fracasos de la experiencia histórica: repensar la realización del socialismo en una sociedad atrasada, los peligros de la burocratización, la planificación total, la tesis del vínculo partido-Estado; la ausencia de un pluralismo político e ideológico, o la incapacidad autocrítica, nos estarían dando la pauta de algunas de las causas del fracaso de la realización de un auténtico socialismo.

2) La necesidad de rescatar ciertos temas que son aspiraciones de la humanidad y que no tienen por qué ser propiedad del liberalis-

mo: libertad de expresión, de movimiento, de organización política y disenso; derechos humanos y democracia. 3) La reformulación del concepto de democracia, no sólo como una forma de elección de los gobernantes, sino también como una forma de vida en diversas dimensiones. 4) La indagación de una vía de equilibrio racional entre el hombre y la naturaleza. 5) El aprovechamiento de las innovaciones tecnológicas para la generación de una sociedad más libre y menos sujeta a enajenaciones. 6) Las posibilidades reales o irreales de construir una sociedad socialista en la presente etapa. 7) Y, finalmente, pensar lo anterior, tanto en su forma de ideal contrafáctico (antigua función crítica de las utopías), como en forma de metas factibles de ser logradas en un plazo razonable.

A mi juicio, en esta lucha universal entre capitalismo y neoestalinismo, no triunfa el liberalismo. El liberalismo en su dimensión ideal fue derrotado por el propio capitalismo a finales del siglo XIX. En realidad, finalmente, ha vencido militar, política y económicamente el sistema capitalista en su fase transnacional, con su racionalidad instrumental muy lejana a los ideales liberales, ayudado por las burocracias del llamado socialismo real. Vence, pero no convence, puesto que globalmente deja a la humanidad en nuevas sumisiones y miserias. Y por su lado, no fue el socialismo el vencido, sino su deformación grotesca, pero lo que puso de manifiesto la realidad es que no existieron condiciones objetivas para lograr su plasmación en la realidad. La incógnita es entonces si el ideal de justicia, que constituye la esencia del socialismo, podrá proseguir adelante o detendrá su marcha. La historia y los pueblos lo decidirán.

# DON SERGIO MÉNDEZ ARCEO: UN PENSAMIENTO PARA LA LIBERACIÓN

on Sergio fue un hombre de su tiempo. Pero un hombre que no quiso dejarse envolver por la avalancha de la historia, ni ser remolcado por ella. Sabía que su tiempo histórico era un conjunto amalgamado de crisis de todo tipo. Pero sabía definirlas, clarificarlas, discernirlas; a veces, radicalizarlas. Como historiador que era, sabía que las crisis llegan antes que los grandes cambios del mundo. Por ejemplo, el fenómeno del cristianismo en el tiempo de la decadencia del imperio romano, lo mejor de la teología cristiana medieval (la de Santo Tomás de Aquino) después de la época de hierro del pontificado o la verdadera y auténtica reforma eclesiástica, iniciada en parte por el Concilio de Trento, después del fastuoso siglo XV. Sabía ver el horizonte del futuro, sin perder el sentido histórico, la perspectiva a largo plazo; sin caer, en cuanto juicio, en los "accidentes" de la historia. Por eso era clarividente y profeta, además de hombre comprometido, dentro de su ya milenaria institución eclesiástica. Por eso era, también, crítico y peligroso en sus juicios y reflexiones sobre los sistemas sociales que se cristalizan y momifican. Tenía, en política, un pensamiento dialéctico. Y, como hombre de Iglesia, un pensamiento profético y, por lo tanto, revolucionario. Pero ni la dialéctica, ni la revolución, eran transformadas en panaceas, en ideas o instituciones monolíticas o acabadas. El sentido de la historia les impregnaba la movilidad necesaria. De ahí su combatividad serena, su polémica sin diatribas, su religiosidad plural, que sabía recoger los positivos valores de la cultura laica y secular.

Don Sergio fue, en primer lugar, un intelectual cristiano y un eclesiástico cristiano comprometido con la idea que él tenía del cristianismo. No aceptaba el cristianismo integrista, constantiniano, comprometido con los poderes temporales de este mundo, los que maniatan las conciencias y aplastan los cuerpos, y que siempre se han encontrado en los dos reinos: en el Regnum Dei y en el Regnum Principis. Nunca entendió el cristianismo como una conciliación entre las Dos Espadas, por la sencilla razón de que al cristianismo, en su acepción religiosa, le negaba el elemento de la espada. Por eso, para él, el cristianismo no era una religión, o sea, no era en primer lugar un rito externo, un culto tan sólo, sino una relación con lo trascendente que tenía que vivificar la actividad del hombre en y por la transformación de lo mundano y temporal. De ahí su crítica a las sociedades injustas, desde el punto estructural; y de ahí su acercamiento con la crítica marxista de las alienaciones, y en el mutuo recoger lo mejor de las herencias del viejo ideal utópico: aquel que viene desde Platón, pasando por las utopías renacentistas, las que recogería a su vez el auténtico socialismo del siglo XVIII y XIX.

Como hombre de Iglesia, don Sergio estaba consciente de que, como tal, debía fidelidad al magisterio eclesiástico. Pero también sabía que la Iglesia, como institución que era, se comportaba como cualquier institución a lo largo de la historia. Formada por hombres, y por hombres no ajenos al poder temporal, estaba sujeta a todas las debilidades, desviaciones, errores; a veces cerrada en sus "dogmatismos" e "ideologías", para

defender sus creencias y defenderse de la competencia interna entre sus propios miembros. Sabía, pues, que esos contenidos históricos, comunes a toda institución, podían y debían ser estudiados y descritos por la sociología de la religión... o por la teoría política.

Pero también don Sergio distinguía, en la misma Iglesia, el elemento profético, el de la denuncia ante lo injusto y el del anuncio de una nueva vida y una nueva sociedad. Para esto se servía, como intelectual y particularmente como historiador, de todas las disciplinas y de todos los amigos. Nada le era ajeno, siguiendo el aforismo renacentista, y todo lo centraba en el valor del hombre, rememorando una vieja tradición cusana, bruniana y antes tomista. Por eso luchaba por construir la Jerusalén Celestial, pero ya empezando en este mundo, con los adobes mexicanos, injertando los mejores materiales de la cultura occidental. Recurrir a la sociología, al psicoanálisis, al marxismo, al aporte de la historia como Paideia, no era sino su esfuerzo por integrar el mensaje bíblico de liberación en los hombres concretos de la historia latinoamericana, México era América Latina y los problemas mexicanos eran problemas de todos, y viceversa: los problemas de los pueblos sojuzgados, invadidos, sometidos por los imperios, eran también problemas de todos los habitantes de este continente. No era, pues, el de don Sergio un pensamiento provinciano, sino universalista. Así entendía su catolicidad

Entendía muy bien, y por eso era pastor de su Iglesia, que el obispo era animador de una comunidad espiritual de los creyentes y que por ese motivo tenía que promover un amor fraterno, práctico, universal. Pero, al mismo tiempo, sabía que esa comunidad espiritual estaba inmersa en la historia y en sus instituciones económicas, políticas, sociales. Y ese mensaje de trascendencia, que tenía que empezar a realizarse ya en este mundo, no lo

podía llevar a la práctica sino por medio del carisma y del profetismo. Por eso era atacado, criticado, vilipendiado, por todos los justificadores y sostenedores del statu quo. Dentro y fuera de su Iglesia, dentro y fuera del sistema.

Pero don Sergio, conocedor de los secretos de la Ciudad del Hombre, y poseedor de la mejor Doctrina Christi, intentaba con su cordialidad, con su fina ironía, con su amistad, con su crítica histórica, la construcción de ese "nuevo cielo" y "nueva tierra" de los que habla la Biblia. Por eso hablaba un lenguaje de este mundo, para todos los hombres de buena voluntad. Por eso alentó el mensaje crítico, dentro de la comprensión de los problemas de la historia. A partir de la historia misma de México, que es también herencia europea, criticó el fenómeno del poder y el peligro de las "instituciones", aun las dedicadas ex profeso a las labores del espíritu, de olvidar al hombre mismo. Por tal motivo, don Sergio no sacralizaba el poder, sino que lo convertía en servicio. Fue su ministerio un verdadero servicio al hombre universal. No sin razón pasará a la historia de los mexicanos que, por su vida y obras, merecen ser llamados mexicanos universales. La historia de México ya tiene en don Sergio Méndez Arceo a un personaje ilustre que merece ser estudiado e integrado a esta otra historia que no es, precisamente, la historia oficial. Por lo pronto, forma parte de esa historia de los vencidos, no de los poderosos. Pero su crítica y su pensamiento ya empiezan a formar los materiales de esa nueva sociedad que todos anhelamos: una sociedad libre y libertaria, humana y humanista, en el mejor sentido de la palabra.

Francisco Piñón G.

# DOCTORADOS HONORIS CAUSA DE LA UAP

### GONZALO AGUIRRE BELTRÁN

Invitados de honor, universitarios, señoras y señores:

Gonzalo Aguirre Beltrán, protagonista indiscutible de la antropología social mexicana de nuestro siglo, pionero y precursor entre el pensar y el hacer en relación con el indigenismo de México y de América Latina.

Intervención del licenciado José Dóger Corte, rector de la Unversidad Autónoma de Puebla, en la sesión del H. Consejo Universitario de la UAP en la que se entregó el Doctorado *Honoris Causa* a Gonzalo Aguirre Beltrán. Me pregunto, ¿con qué palabras estimular a nuestro homenajeado?, cuando su trabajo ha sido siempre motivo de distinciones, desde el inicio de su actividad comprometida.

La aparición de su primera obra publicada, El señorío de Cuauhtochco, mereció los elogios de dos figuras consagradas: Silvio Zavala e Irving Leonard. A partir de entonces, puede discurrir en el ámbito académico, trasciende en la acción política y obliga a un merecido homenaje nacional, con la Medalla "Belisario Domínguez". Hechos y reconocimientos que expresan más que todas las palabras que el día de hoy pudiéramos pronunciar.

No es fácil, entonces, un discurso que señale el aporte de la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán, cuando con anterioridad lo han he-

El 2 de octubre de 1991, el H. Consejo Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, reunido en sesión extraordinaria, acordó otorgar el Doctorado Honoris Causa a tres distinguidos intelectuales: el doctor Pablo González Casanova, el doctor Héctor Azar y el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán. Los tres son reconocidas figuras en los campos de las ciencias sociales, el arte y la literatura, y la antropología. Sus obras han enriquecido significativamente la cultura nacional y la UAP los recibe en su seno como ejemplos de rigor académico, creatividad y compromiso social. Dialéctica recoge en esta sección las palabras, que en ocasión de la entrega de la más alta distinción que otorga una universidad, fueron expresadas por el licenciado José Dóger Corte, rector de la UAP, y las de la doctora María Teresa Colchero, en los actos solemnes respectivos. Queremos también señalar que el maestro Roberto Hernández Oramas, codirector de Dialéctica, fue designado para hacer la semblanza del doctor Pablo González Casanova. El doctorado a González Casanova, miembro distinguido de nuestro Consejo Asesor, ha sido, para quienes editamos Dialéctica, motivo de una gran alegría. En este número se recoge el discurso de aceptación del autor de La democracia en México, entregado directamente por su autor a Dialéctica.

cho, entre otros, gente de la talla de Arturo Warman, Daniel Cosío Villegas, Andrés Medina, Manuel Moreno Fraginals, Guillermo de la Peña, Ángel Palerm, Herskovits, Roger Bastide. Sin embargo, reiterar la importancia que tiene para la vida universitaria el otorgar el Doctorado Honoris Causa a tan distinguido personaje es un estímulo y un aliciente para los universitarios, en quienes debemos inculcar la congruencia entre el pensar y el hacer en todos los ámbitos, tanto académicos como sociales.

Con la consideración anterior, cabe el interrogante: ¿qué significa o qué debe significar para la comunidad universitaria que este Honorable Consejo Universitario haya decidido otorgarle el grado de Doctor Honoris Causa? Como se ha expresado, significa un reconocimiento a la importancia del papel trascendente que tiene para las humanidades, para las ciencias sociales y en particular para la antropología, pero, además, en la perspectiva de nuestra universidad, debe significar el modelo del universitario que ha superado con creces mitos y tabúes que a menudo han permeado la vida universitaria: las relaciones entre los universitarios, su quehacer, su vinculación con el entorno, su aspiración por una sociedad más justa y democrática en México.

Aquellos que sostienen que no se puede realizar actividad académica sobresaliente fuera de las aulas universitarias encuentran en Gonzalo Aguirre Beltrán la muestra de que esto es falso: nuestro homenajeado realizó una gran parte de su trabajo en instituciones ajenas al claustro universitario.

Hoy, cuando se genera una corriente que propugna vincular la Universidad con los sectores sociales y productivos, priorizando la exclusividad del cientificismo tecnológico, encontramos en la obra de nuestro Doctor Honoris Causa que se puede, al llevar la actividad académica a estos sectores, ir más allá; se requieren para ello universitarios visionarios que, no sólo transformen con su cotidianidad las percepciones unilineales de organización, eficiencia y producción, sino que impulsen además la reflexión de las ciencias sociales y las humanidades.

Aquellos que sostienen que no se puede realizar actividad académica sobresaliente y hacer política, encuentran en nuestro homenajeado la muestra de lo falaz de su afirmación; con su ejemplo en los ámbitos políticos sostenemos que academia y política no son quehaceres antagónicos, sino complementarios, y se justifican plenamente en la formación y vocación universitarias.

Al otorgarle el Doctorado Honoris Causa, la Universidad reconoce la unidad dialéctica que enarbola Aguirre Beltrán, como vía de conocimiento, explicación y reivindicación del indigenismo. No se trata de contemplar para actuar, sino de la congruencia de la acción académica y la acción política; es así como se concibe la antropología que él impulsó.

Aquellos que hallan dificultad para realizar actividad académica sobresaliente y lograr su aplicación tienen que nuestro homenajeado no sólo es indigenista de gabinete, esto es, un intelectual de escritorio, sino, en grado notable, de campo, y además de vocación ejecutiva y pragmática. En él hay pensamiento y acción, acción y pensamiento.

Son los aciertos de nuestro homenajeado valores que permiten vincular de manera armónica la actividad intelectual con las preocupaciones de orden práctico en beneficio social. La sociedad requiere de ellos, la Universidad debe procurarlos.

En el "Apéndice impertinente" (tal como nuestro homenajeado lo llama) de su obra *El señorío de Cuauhtochco*, señala que:

En la conciencia de un pueblo, hay siempre dos verdades en oposición dialéctica; una es la verdad del mito, poética, intuitiva, popular, condicionada por la cultura dominante en el conjunto de la cultura subalterna, y otra es la verdad científica, positiva, históricamente determinada.

Por la verdad científica expresó la siguiente inquietud:

Las fuentes históricas, manuscritas o impresas, son por lo general dignas de fiar, y en ellas nos apoyamos, a menudo, para dibujar el contexto donde ubicamos los sucesos particulares que nos proponemos realzar; pero, a decir verdad, no siempre son confiables... y arrastran con sus inexactitudes a quienes, sin crítica, las seguimos.

Hoy, a más de medio siglo de haberse escrito este clásico, es necesario enfrentar su lectura o relectura en una doble perspectiva, a saber:

Una perspectiva se relaciona con el papel de los clásicos en la formación disciplinaria de la antropología. Al respecto conviene transcribir lo expresado por Moreno Fraginals en relación con los clásicos de Gonzalo Aguirre Beltrán:

... volver a enfrentarse con un libro, viejo amigo, a quien no vimos durante muchos años, que de pronto comienza a contarnos y a mostrarnos paisajes por los cuales en una época transitamos a ciegas. Naturalmente que no es el libro el que se ha transformado, sino el lector, quien descubre todo lo que tiene que aprender de los clásicos y, lo que es más, todo lo que de ellos aprendieron.

La otra perspectiva la queremos relacionar con la universidad, y particularmente con la universidad pública mexicana, que encuentra en la obra de Gonzalo Aguirre Beltrán el mejor estímulo para emprender un trabajo trascendental que proponemos denominar, a partir de hoy, El señorío de la universidad pública mexicana.

Parafraseando a nuestro homenajeado, en México hay siempre dos verdades a medias en oposición dialéctica respecto a la universidad pública mexicana: una es la verdad a medias del mito, intuitiva, popular, condicionada por factores diversos que la ponen en la mira de la crítica y la confrontan con la calidad, eficiencia y legitimidad. La otra es la verdad a medias sobre el papel que la universidad pública ha jugado en la transformación y el desarrollo del país.

Se ha expresado que el desarrollo de un país está ligado con el desarrollo que tiene su sistema educativo y con la capacidad que tiene para responder a los retos y desafíos que los diversos momentos le imponen.

Bajo la anterior consideración, la historia de la universidad pública mexicana en la época contemporánea es la historia de su lucha por reivindicar su autonomía, expresada en su capacidad para definir sus actividades académicas, su organización y decisión, por vincularse a los grandes problemas sociales y a su transformación, por un conocimiento cada vez más amplio y participativo, por una sociedad más justa y democrática, por continuar siendo la conciencia crítica de la sociedad.

Nuestro homenajeado hace referencia a que la historia de un pueblo es la historia de sus luchas agrarias.

Para los universitarios poblanos, nuestra historia es también de lucha, de muchas luchas que sintetizan nuestra vida.

Como institución del sistema de universidad pública, es un espejo en el que se reconoce la totalidad de las universidades públicas; varía, acaso, una que otra circunstancia, el nombre de los personajes, el grado de desarrollo, pero en todas ellas las funciones sustantivas no pueden cumplirse cabalmente destinándoles recursos precarios e insuficientes.

Hoy la lucha, aunada a las ya descritas, es por preservar y acrecentar la calidad de la universidad pública a través de la excelencia en la docencia, la investigación y la extensión, así como su desarrollo equilibrado. Se deben generar los modelos innovadores que reclama el fin de siglo, sin descuidar las necesidades ingentes de la sociedad nacional.

Señor Doctor *Honoris Causa* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla:

En el presente año se celebran dos acontecimientos que se relacionan con su obra de manera directa o indirecta; por un lado, se cumplen quinientos años del encuentro de dos culturas y, por el otro, se cumplen cincuenta años de la aparición de la revista América Indígena, editada por el Instituto Indigenista Interamericano, lo cual hace singular nuestro reconocimiento; pero, además, en una etapa caracterizada por la globalización mundial y por utopías unificadoras, su trabajo tiene una gran relevancia.

Cultura y nación, elementos integradores, revelan al mismo tiempo una gran heterogeneidad: opulencia y miseria lacerante, crudeza de nuestra realidad, que debemos atender sustentados en el principio de democracia plena que posibilite el desarrollo de las comunidades más atrasadas y al mismo tiempo respete sus percepciones y valores culturales.

En este mosaico nacional, ante un mundo desafiante y confuso, se encuentra la riqueza de nuestra identidad, de nuestras tradiciones y valores. Ellos son riqueza y fortaleza espiritual para enfrentar los retos del tercer milenio y construir un país más justo, equitativo y democrático.

José Dóger Corte

## HÉCTOR AZAR BARBAR

... que es comedia nuestra vida
y (gran) teatro de farsa el mundo todo,
que muda el aparato por instantes
y que todos en él somos farsantes...

Francisco de Quevedo

ació en Atlixco, Puebla, el 17 de octubre de 1930.

Héctor Azar es egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde estudió la maestría en Letras Españolas y en Letras Francesas, de 1950 a 1953. Posteriormente, cursó la carrera de Derecho, en esa misma institución, de 1953 a 1959. Desde muy joven incursiona en el terreno de la creación literaria; en 1951, Héctor Azar ya tiene dos libros publicados: Estancias, cuyo prólogo fue escrito por José Rojas Garcidueñas, y Ventanas de Francia.

El maestro Héctor Azar ha destacado en el ámbito de la docencia, en el campo de la investigación y en la práctica de la difusión de la cultura y de la extensión universitaria. Dentro de su labor como docente, inició su carrera en la Escuela Nacional Preparatoria número 5; desde entonces mostró una gran inquietud por organizar la participación de los estudiantes en el terreno del arte dramático. Fue ahí donde fundó Teatro en Coapa. Más tarde se incorpora a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y ejerce la docencia a nivel superior, primero como adjunto del maestro Francisco Monterde en su cátedra de Literatura Mexicana, después como maestro de las materias Historia del Teatro, Teatro y Sociedad, La Crítica Teatral, Teatro y Narrrativa, Las Versiones Teatrales. Por su alto grado profesional y su gran interés por el desarrollo del arte dramático, en 1959 es nombrado jefe del Departamento de Teatro de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM. En aquel entonces funda la primera librería teatral, en el Teatro del Caballito.

De 1962 a 1972 fue maestro del Centro Universitario de la UNAM (Extensión Universitaria).

Por su brillante trayectoria en el ejercicio de la docencia, en 1987 le fue otorgado el Premio "Universidad Nacional", de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el campo de la investigación, inicia y dirige la colección de textos de teatro de la UNAM (27 títulos). La adaptación de la obra *Picaresca* es producto de su trabajo como investigador, y obtuvo el reconocimiento "Xavier Villaurrutia".

Héctor Azar ha escrito distintos ensayos críticos sobre teatro y libros sobre los secretos del arte dramático. Algunos de sus artículos y avances de adaptaciones que luego fueron representadas aparecen publicados en distintas revistas y periódicos, tanto a nivel nacional como internacional. Algunos de estos espacios son: Revista de Revistas, México en la Cultura (Novedades), La Cultura en México (Siempre!), El Heraldo de México (suplemento dominical), El Gallo Ilustrado (El Día), Revista de la Universidad. Algunos de los medios internacionales donde el maestro Azar también ha publicado artículos y ensayos son: Conjunto (Cuba), Le Monde (Francia), Hispanae (Estados Unidos), Ínsula (España).

Héctor Azar se ha preocupado por transmitir sus conocimientos sobre arte dramático a través de múltiples reflexiones que encontramos en las páginas de sus libros, tanto de crítica teatral, como propiamente de técnicas de arte dramático. Entre sus libros más importantes sobre teatro encontramos: Cómo

acercarse al teatro, Lope de Vega y Ruiz de Alarcón, Zoon Theatrykon, Funciones teatrales, La Universidad y el teatro, Teatro y educación, El teatro con adolescentes, La tragedia griega en el teatro mexicano, Praxis y teoría CADAC, Prólogo a las crónicas teatrales de Ignacio Manuel Altamirano, Prólogo a Lope de Vega, Historia del teatro universitario, Discursos dedicados a poblanos ilustres: José Luis Rodríguez Alconedo, orfebre, pintor y el mejor platero de México, Discursos del CDLIX aniversario de la fundación de la Puebla. En sus ensayos críticos y reflexiones sobre arte dramático, Héctor Azar proyecta su inquietud por actualizar, revitalizar el arte escénico. Azar se encuentra en la búsqueda de las mejores técnicas teatrales para obtener una respuesta del espectador, para dar un nuevo giro estético al arte dramático, para captar la atención del pueblo. En cuanto a la temática, se nutre de los grandes temas del teatro clásico universal; retoma todo aquello que recrea al hombre y su esencia. De este modo, Héctor Azar va de lo popular a lo culto, rescatando la tradición popular para transformar la obra dramática en auténtico arte.

Para dar a conocer una parte del pensamiento del maestro Azar sobre la actualización y concepción del teatro, citaré las siguientes líneas tomadas de Zoon Theatrykon:

Un nuevo concepto arquitectónico del teatro actual debería ser propuesto como punto de reunión y de encuentro: integrar el tiempo, el espacio y el hombre en una sola unidad; buscar un lenguaje en que la palabra tenga uno de los lugares más importantes, pero no el más; hacer que el teatro se produzca sobre la inmensa platina de la escena sin pretender ahogar, redimir, rescatar; mostrar lo que hay detrás o abajo del espejo. Obtener la libertad suprema de recrear la vida sin caer en la burda imitación de la vida.

La inquietud del maestro Héctor Azar

por la práctica, la difusión y la extensión de la cultura se manifiesta desde sus primeros años como docente, cuando se preocupaba por organizar grupos teatrales estudiantiles. El reconocimiento a esta tarea lo obtuvo la Compañía de Teatro Universitario de México, bajo la dirección de Héctor Azar, con el Gran Premio en el Primer Festival Mundial de Teatro Universitario, celebrado en Nancy, Francia (1964), por Divinas palabras, de Ramón del Valle Inclán.

Algunas de las obras más importantes que han sido representadas bajo la adaptación y dirección escénica del maestro Azar son:

La pérdida de España (romance histórico), La cueva de Salamanca (entremés de Miguel de Cervantes), Doña Endrina (poema del Arcipreste de Hita), Églogas de Virgilio, Picaresca, Diálogos del Pensador Mexicano, Ensalada de pollos (de José Tomás de Cuéllar), El periquillo sarniento (de Lizardi), La Paz de Aristófanes, Esquemas (entremeses de Lope de Vega), Juegos de masacre (de Ionesco), El examen de maridos (de Ruiz de Alarcón), El proceso (de Franz Kafka), Ifigenia cruel (de Alfonso Reyes), Julio César (de William Shakespeare), El otro (de Miguel de Unamuno), La cueva de Salamanca (de Ruiz de Alarcón), Siempre ayuda la verdad (de Ruiz de Alarcón).

El maestro Azar hace una rica selección de obras, tanto del teatro clásico como del teatro moderno. Así recorre más de mil años de creación literaria. Por ejemplo, en *Juegos de escenario* recoge poemas del Arcipreste de Hita, de Quevedo y de Lope de Vega, transgrediendo el tiempo histórico y vinculando el pensamiento medieval con el del Renacimiento.

Héctor Azar en su creación literaria

El teatro original de Héctor Azar comprende las siguientes obras:

La appasionata, El corrido de Pablo Damián, Olímpica, Inmaculada, El milagro y su retablo, Las vacas flacas, La higiene de los placeres, El premio de excelencia, La copa de plata, La seda mágica, La cabeza de Apolo, Doña Belarda de Francia, La cantata de los emigrantes, Los muros vacíos, Los diálogos de la clase médium, Las alas sin sombra.

Breve nota en torno a las piezas dramáticas de Héctor Azar

Azar emplea el símbolo como búsqueda de la provocación de la tensión; así logra sugerir e impactar a un tiempo. Es el caso de La appasionata, con la presencia de la Calavera Catrina, de Posada. Aquí se presenta la muerte como un símbolo mítico. En La appasionata, Azar utiliza la ironía para obtener un mensaje crítico: "Gardenia, ponte el vestido nuevo, porque te voy a pegar", dice el marido. El contexto social representado es el pueblo, la gente de la urbe, con toda su problemática, recreado así, a través de un lenguaje que cobra vida con el acto del habla y le da un toque de verosimilitud.

Los personajes de La appasionata aparecen golpeados por sus propias creencias, ahogados en sus propias costumbres; sin embargo, se trasluce la inconformidad para con su modus vivendi y se abre la puerta para ir a la búsqueda de la libertad.

La seda mágica, cuya fuente data de la Edad Media, de la obra del infante don Juan Manuel El conde Lucanor, del relato intitulado "De lo que aconteció a un rey con los burladores que hicieron el paño maravilloso". Posteriormente, el mismo tema fue tratado por Hans Christian Andersen en "El traje

nuevo del emperador''.

En La seda mágica, Lucrecia es una vendedora de miel de Mantua; tiene el propósito de casar a sus tres hijas. En una entrevista que mantiene con Lucifer, éste le revela el secreto de cómo transformar la miel en hilos de seda, que a su vez un mago convertirá en una finísima tela. La condición para portar ese manto, símbolo de magia y amor, es la pureza. El diablo aplica toda su astucia y llega a confundir al propio obispo del condado, quien, convencido por Lucrecia, está dispuesto a bendecir el manto, y así el pueblo es partícipe del engaño, para finalmente unirse todos a la danza del diablo.

Sátira y lírica se combinan en esta obra donde aparece Lucrecia, representante de Celestina, la bruja, la hechicera, la encantadora que siempre está dispuesta a llevar a cabo las acciones dictadas por el genio maligno. En esta obra queda plasmado el gran ingenio y el recurso literario del empleo de la magia para satisfacer las ilusiones de los hombres.

María Teresa Colchero

La revista Dialéctica participa con profunda pena el fallecimiento de José Aricó, Agustín Cueva y Wenceslao Roces, los dos últimos miembros de su Consejo Asesor. Su desaparición constituye una pérdida irreparable para el pensamiento socialista latinoamericano.

#### Suscribase

## **REVISTA HOMINES**

Revista Latinoamericana de Clencias Sociales (Directora: Aline Frambes-Buxeda)

-Zora Moreno: "El teatro popular en Puerto Pico" Jaime Ensignia: "El movimiento sindical en Chite" -Sylvia Enid Arocho Vetazquez: "Las medallas y

tos museos en l'uerto Fisco"

-Néstor Garcia Canchini: "Sobre cultura popular"

-Nils Castro: "Objetivos Estratégicos de Estados

Unidos en l'anamă"

Aline Frambes Brireda: "Clases sociales y política en la Integración Andina". Anotés Serbin: "Vientos de cambio en la UTISS". Anotés Serbin: "Vientos de cambio en la UTISS". Antulio Parrilla: "La mujer en la Igliesia". Lifiana Colto: "Sindicatos hoy en Puerto Dico".



Europa, Sur América, Africa, Asia \$25.00 Estados Unidos, Caribe y Centroamericana \$22.00

Envie su cheque o giro postal a:

Directora - Revista Homines, Depte. de Ciencias Sociales, Universidad Interamericana, Apertado 1293. Hato Rey, Puerto Rico 00919

#### INFORMACIONES VARIAS

A principios de este año, la doctora María Teresa Colchero, integrante del Consejo Editorial de *Dialéctica*, fue designada por el H. Congreso Universitario de la UAP —después de una votación ponderada de los tres sectores que componen la Fa-

cultad de Filosofía y Letras, de acuerdo a las nuevas modalidades aprobadas— directora de esa Facultad. El Consejo Editorial de *Dialéctica* le envía por este medio las más calurosas felicitaciones y le desea importantes éxitos en su nuevo cargo.

Queremos agradecer por este conducto las numerosas felicitaciones que hemos recibido por la aparición de la nueva época de la revista Dialéctica, en especial a los compañeros de las revistas Memoria y Socialismo, y a la Asociación de Historiadores de América Latina (Sección México).

nuevo del emperador".

En La seda mágica, Lucrecia es una vendedora de miel de Mantua; tiene el propósito de casar a sus tres hijas. En una entrevista que mantiene con Lucifer, éste le revela el secreto de cómo transformar la miel en hilos de seda, que a su vez un mago convertirá en una finísima tela. La condición para portar ese manto, símbolo de magia y amor, es la pureza. El diablo aplica toda su astucia y llega a confundir al propio obispo del condado, quien, convencido por Lucrecia, está dispuesto a bendecir el manto, y así el pueblo es partícipe del engaño, para finalmente unirse todos a la danza del diablo.

Sátira y lírica se combinan en esta obra donde aparece Lucrecia, representante de Celestina, la bruja, la hechicera, la encantadora que siempre está dispuesta a llevar a cabo las acciones dictadas por el genio maligno. En esta obra queda plasmado el gran ingenio y el recurso literario del empleo de la magia para satisfacer las ilusiones de los hombres.

María Teresa Colchero

La revista Dialéctica participa con profunda pena el fallecimiento de José Aricó, Agustín Cueva y Wenceslao Roces, los dos últimos miembros de su Consejo Asesor. Su desaparición constituye una pérdida irreparable para el pensamiento socialista latinoamericano.

#### Suscribase

## **REVISTA HOMINES**

Revista Latinoamericana de Clencias Sociales (Directora: Aline Frambes-Buxeda)

-Zora Moreno: "El teatro popular en l'uerto Rico" Jaime Ensignia: "El movimiento sindical en Chite" -Sylvia Enid Arocho Veláznuez: "Las medallas y

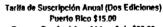
tos museos en l'uerto Fisco"

-Néstor Garcia Canchini: "Sobre cultura popular"

-Nils Castro: "Objetivos Estratégicos de Estados

Unidos en l'anamă"

Aline Frambes Brireda: "Clases sociales y política en la Integración Andina". Anotés Serbin: "Vientos de cambio en la UTISS". Anotés Parilla: "La mujer en la Igliesia". Lifiana Colto: "Sindicatos hoy en Piverto Fico".



Europa, Sur América, Africa, Asia \$25.00 Estados Unidos, Caribe y Centroamericana \$22.00

Envie su cheque o giro postal a:

Directora - Revista Homines, Depte. de Ciencias Sociales, Universidad Interamericana, Apertado 1293. Hato Rey, Puerto Rico 00919

#### INFORMACIONES VARIAS

A principios de este año, la doctora María Teresa Colchero, integrante del Consejo Editorial de *Dialéctica*, fue designada por el H. Congreso Universitario de la UAP —después de una votación ponderada de los tres sectores que componen la Fa-

cultad de Filosofía y Letras, de acuerdo a las nuevas modalidades aprobadas— directora de esa Facultad. El Consejo Editorial de *Dialéctica* le envía por este medio las más calurosas felicitaciones y le desea importantes éxitos en su nuevo cargo.

Queremos agradecer por este conducto las numerosas felicitaciones que hemos recibido por la aparición de la nueva época de la revista *Dialéctica*, en especial a los compañeros de las revistas *Memoria* y *Socialismo*, y a la Asociación de Historiadores de América Latina (Sección México).

#### PRESENTACIONES DE *DIALÉCTICA*

on la participación del doc-Ctor Adolfo Sánchez Vázquez: el doctor Sergio Bagú: el licenciado Pedro Alonso, vicerrector de Cultura de la UAP, en representación del licenciado José Dóger Corte, rector de la UAP; y los maestros Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas, codirectores de Dialéctica, se llevó a cabo, con gran éxito de público, el 13 de noviembre de 1991, en el Foro de la Librería "El Sótano" de la ciudad de México, la primera presentación de la nueva época de nuestra revista. En el acto, el rector de la UAP expresó, a través de su representante, que Dialéctica era una de las revistas de mayor importancia de la Universidad y que su contribución al pensamiento crítico, a lo largo de su historia, había trascendido los marcos de la vida académica, hasta ser reconocida nacional e internacionalmente. La UAP otorgará a Dialéctica -dijo- el apoyo necesario para que siga cumpliendo su función en esta nueva etapa de su existencia. Por su parte, tanto el doctor Sánchez Vázquez, como el doctor Bagú, reconocieron la excelencia del número 21 y desearon a Dialéctica una larga y fecunda vida. En su turno, el maestro Gabriel Vargas Lozano

expuso las circunstancias y propósitos iniciales con los que se fundó la revista, primero como órgano de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1976. Citó a los miembros que integraron inicialmente el Consejo Editorial: Angelo Altieri Megale (filósofo y filólogo italiano con una larga residencia en México), Óscar Correas (abogado argentino), Raúl Dorra (escritor argentino), Hugo Duarte (literato chileno), Víctor M. Fernández (psicólogo) Roberto Hernández Oramas (filósofo), Rafael Peña Aguirre (filósofo), Alfonso Vélez Pliego (historiador, quien propició primero la fundación de la revista como coordinador general de la Escuela de Filosofía y Letras y después como rector durante dos periodos de la UAP), así como Juan Mora Rubio (filósofo colombiano, quien fuera codirector de 1976 a 1986) v Óscar Walker (literato). quienes formaron parte del primer Comité de Dirección de la revista. Más tarde se incorporaría también a dicho Consejo el pensador argentino Óscar del Barco.

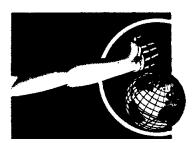
En 1988 se editaron, con muchas dificultades, los números 19 y 20, y aunque su contenido adquirió una gran calidad, ya que uno de los números

había sido producto del coloquio que organizara Dialéctica, en abril de 1987, sobre el tema de "Marxismo y cultura política en la crisis actual", la revista no tuvo el apovo de las autoridades universitarias, a pesar de que el mismo rector de aquel momento lo hubiera expresado en un acto que se celebró en la ciudad de México, y en el mismo lugar en que se celebró este acto. Las consideraciones políticas en el interior de la UAP predominaron sobre las necesidades académicas y aun teóricas. El maestro Vargas finalizó expresando que era una necesidad urgente de hoy encontrar respuestas a los grandes problemas que preocupan al mundo, desde una perspectiva latinoamericana y progresista. Por su parte, el maestro Roberto Hernández Oramas expuso las nuevas características de Dialéctica. Se trata de una nueva etapa que guarda continuidad con la anterior, pero que implicá características que la diferencian: un formato diferente, un Consejo Editorial conformado por aquellos que efectivamente colaboran en las tareas cotidianas de la revista. un Consejo Nacional abierto a las más destacadas personalidades de las ciencias sociales, la filosofía y la literatura, y un grupo de asesores de extraordinaria calidad nacional e internacional. El maestro Hernández Oramas solicitó, finalmente, la colaboración de todos los interesados en preservar el pensamiento crítico e independiente en nuestro país.

**E**l 4 de diciembre de 1991 se llevó a cabo, en la ciudad de Toluca y en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, la presentación del número 21 de Dialéctica. Participaron el maestro Ruperto Retana, director de la Facultad, el maestro René Roberto Becerril, el doctor Alberto Saladino y el maestro Gabriel Vargas Lozano. Después de las palabras del maestro Retana, quien consideró que Dialéctica era una de las mejores revistas universitarias del país, el profesor Becerril hizo una reflexión en torno a las principales revistas de izquierda que ha habido en México en las décadas recientes y consideró la necesidad de que se haga una historia de ellas, historia que a la vez sería un testimonio de la problemática que ha interesado al movimiento revolucionario. Las principales revistas han sido: Historia y Sociedad, Cuadernos Políticos, Socialismo, El Buscón, Coyoacán, Críticas de la Economía Política, Socialismo (del PCM), Coyuntura (de la ENEP-Aragón) Teoría y Práctica, Arte, Ideología y Sociedad, Antropología y Marxismo, La Batalla, Memoria y Dialéctica, entre otras. Por su lado, el doctor Saladino destacó que una de las funciones de la Universidad era justamente hacer revistas como Dialéctica, que aportaran conocimientos nuevos y propios sobre la situación actual.

as facultades de Filosofía, →Historia y Economía, y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, organizaron, por iniciativa de la maestra Bertha Fuentes, la presentación del número 21 de Dialéctica en la ciudad de Morelia, Michoacán, el 6 de diciembre de 1991. Participaron en esta presentación la doctora Fernanda Navarro, el maestro Lucio Oliver, el maestro Roberto Hernández Oramas y el maestro Gabriel Vargas Lozano. En su intervención, el maestro Lucio Oliver expuso la importancia del pensamiento de Marx para la situación actual, a pesar de que los intelectuales conservadores lo consideran ya muerto. Marx había dicho que no debería anticiparse dogmáticamente el mundo. Se requiere explicar las implicaciones para América Latina de la tercera revolución industrial. Por su lado, la doctora Fernanda Navarro destacó a Dialéctica como un espacio necesario para la reflexión comprometida, cuya posición implica el fin de las categorías absolutas frente al dogma y el cinismo, frente al triunfalismo vacío y deliberadamente instalado en el simulacro. Hay que tener sospechas frente a las muertes súbitas y entierros de los nonatos. En este sentido, no debe renunciarse al socialismo como proyecto. Se requieren nuevas formas de pensar, de actuar y de hablar.

🕇 on un importante apoyo de ✓la Dirección de Difusión y Extensión de la Universidad Pedagógica Nacional, y bajo la iniciativa del maestro Samuel Arriarán, se llevó a cabo, con la asistencia de la coordinadora del Área de Historia de las Ideas de dicha universidad, la presentación de la revista Dialéctica, con la participación de Samuel Arriarán, Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas (Eduardo Montes, director de Socialismo, no pudo asistir, pero publicó su intervención en La Jornada, expresando conceptos de apoyo que agradecemos). En su intervención, el profesor Arriarán hizo un recuento de la historia de Dialéctica y una serie de reflexiones en torno al contenido del número.



**F**inalmente, la revista Dialéctica se presentó en el III Simposio sobre Pensamiento Latinoamericano, realizado en Las Villas, Cuba, y en el Encuentro Nacional de Escuelas de Filosofía, efectuado el 29 de noviembre de 1991 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

## HABERMAS Y LA TEORÍA DISCURSIVA DE LA MORAL

cho años después de la aparición de su libro Conciencia moral y acción comunicativa, lanza Habermas un nuevo estudio sobre la ética discursiva, publicado en noviembre pasado por la editorial Suhrkamp, de Francfort. El libro, titulado Erläuterungen zur Diskursethik (Aclaraciones sobre la ética discursiva), reúne algunos ensavos publicados separadamente en diferentes ocasiones, agregando además tres trabajos inéditos que son fruto de las discusiones sostenidas en los últimos años. tanto en Berkeley como en Francfort, donde Habermas ha tenido la oportunidad de confrontarse con las críticas de sus oponentes. Se trata, entonces, de una obra polémica, en el estilo al que ya nos tiene acostumbrados el sexagenario pensador alemán.

La discusión respecto al tipo de cultura individualista engendrada por la modernidad ha provocado diferentes respuestas a partir de la ética filosófica. Unos reclaman el regreso a los valores tradicionales de la vida comunitaria como medio único para asegurar la felicidad del individuo en las sociedades modernas; otros, por el contrario, celebran el individualismo como el triunfo de la libertad so-

bre todo tipo de metarrelatos. Una tercera posición es la de aquellos que, fieles a la tradición kantiana, se aferran a un universalismo abstracto o defienden la posibilidad de una fundamentación última de la ética. Una propuesta ética de alternativa a estas tres posiciones es justamente lo que pretende Habermas, con su teoría discursiva de la moral.

Frente a los que llama neoaristotélicos, Habermas afirma que el recurso a la phrónesis no hace justicia a las estructuras pluralistas originadas por la modernidad. Ya no podemos replegarnos en una racionalidad de procedencia local basada en las intuiciones morales válidas en formas de vida concretas. pues esto implicaría un retroceso con respecto a los cambios estructurales operados en el interior de las sociedades modernas. Hay que tomar en cuenta, nos dice Habermas, que la modernidad supone la emergencia de instituciones sociales y políticas correspondientes a un estado posconvencional de la conciencia colectiva; esto implica, a su vez, la existencia de un nuevo tipo de socialización en el que los individuos aprenden a problematizar discursivamente la validez de normas sociales que aparecen como incuestionables en el Mundo de la Vida. De modo que cualquier intento de fundamentar las normas morales en el ámbito de la eticidad (Sittlichkeit) impide una toma de distancia crítica frente al orden establecido y representa, por ello, una afirmación del statu quo. En este sentido, las "éticas

del bien'' se hallan frecuentemente asociadas con posiciones políticas de carácter conservador.

Lo que se busca no es, entonces, una ética que, en la tradición aristotélica, se ocupe de responder a la pregunta "¿en qué consiste la vida buena?", puesto que la razón práctica es reducida aquí al nivel de una brudentia que se mueve siempre en el horizonte de las prácticas tradicionalmente reconocidas. Lo que Habermas propone es colocar el acento, no en la pregunta por la felicidad, sino en la pregunta por la justicia, ya que el desarrollo de la subjetividad se constituye dentro de una comunidad de comunicación y, por lo tanto, la felicidad individual implica necesariamente la solidaridad. Esta propuesta se encuadra en el proyecto que anima la totalidad de la obra habermasiana: mostrar que la modernidad, no sólo ha significado el despliegue de la racionalidad instrumental, sino que también abre la posibilidad de la construcción de una sociedad iusta, capaz de reconciliar los intereses particulares con los generales.

Una teoría moral que aspire a asumir críticamente el carácter pluralista de la cultura moderna deberá abandonar, entonces, la reflexión sobre contenidos específicos y concentrarse, más bien, en el análisis de los principios que han de dirigir la argumentación moral. Además de ser formal, la teoría que sugiere Habermas es de carácter contrafáctico, por ser prefiguración de unas condiciones ideales de socialización. Justamente esta anticipación de una situación social de igualdad es la que permite juzgar, a contraluz, de qué manera los participantes en un discurso práctico pueden hacer valer sus intereses y razones. Para ello Habermas propone dos principios básicos: el principio U (Universalisierunggrundsatz) establece que solamente son válidas aquellas normas que satisfagan los intereses de todos los participantes y sean aceptados sin ningún tipo de coacción exterior; v el principio D agrega que todos los participantes deben ser reconocidos como iguales, libres y racionales.

Lo anterior no significa, como quiere el profesor de Tubinga, Rüdiger Bubner, que la ética discursiva representa la abstracción completa de la realidad social. Bubner apoya su tesis en la crítica de Hegel a Kant, en el sentido de que el formalismo ético no da respuesta alguna a los dilemas morales de la vida cotidiana. Habermas muestra que esta objeción de Hegel no es aplicable a la ética discursiva, puesto que ésta rompe con el hiato que Kant establecía entre los dos reinos, el inteligible y el sensible. De ahí que, si bien los principios anteriormente mencionados no pretenden responder a preguntas morales concretas, esto no implica una abstracción de la vida cotidiana, porque los sujetos que toman parte en un discurso práctico han sido socializados dentro de una comunidad empírica de comunicación, y, además, son ellos mismos los que tienen que

decidir cuáles problemas son relevantes y cuáles respuestas son adecuadas. Habermas insiste en que no son los intelectuales ni los políticos quienes deben decidir cuáles son los asuntos moralmente importantes para la sociedad, sino que esto ha de ser el resultado consensual de un discurso práctico de carácter público v libre. La ética discursiva no proporciona fórmulas que nos permitan "saber" cómo debemos actuar en determinada situación, pues parte del supuesto de que la modernidad ha favorecido la aparición masiva de individuos capaces de decidir por sí mismos —y de manera racional- lo que les conviene.

En esta misma línea de reconocimiento a la modernidad se mueve la polémica con el teólogo canadiense Charles Taylor, quien reivindica para la filosofía la misión clásica de esclarecer cuál sea "el sentido de la vida". Según Taylor, es en la ética donde la filosofía encuentra el elemento propio para orientar a la humanidad v darle fuerzas para "comprometerse con lo bueno"; y cuando los argumentos no sean suficientes, ahí está el arte para abrirnos los ojos, pues la experiencia estética nos pone en contacto intuitivo con la "idea del bien". Al respecto comenta Habermas que, ni el arte, ni la filosofía, pueden aspirar ya a servir de guías morales para la sociedad, pues la modernidad ha separado los discursos de la ciencia, el arte y la moral. Adorno ya había visto que el arte moderno puede cumplir, a lo sumo, una función epifánica.

En cuanto a la filosofía, ésta ya no goza de un acceso privilegiado a la verdad en el mundo obietivo, al bien en el mundo social o a la belleza en el mundo subjetivo. Una filosofía que piense posmetafisicamente deberá, en colaboración con otras disciplinas, preguntarse si la razón escindida en sus momentos puede mantener todavía una unidad que permita la mediación entre el Mundo de la Vida y las culturas de expertos. Pero una reflexión sobre asuntos de tipo existencial ya no es competencia del filósofo qua filósofo.

Este escepticismo de Habermas con respecto a las posibilidades de la filosofía moral ha sido un tema recurrente en sus tres últimas publicaciones: Pensamiento posmetafísico (1988), El presente como futuro (1990) y Textos y contextos (1991). Se trata, en el fondo, de definir cuál es el status del discurso filosófico en tanto que discurso práctico, tema al que Habermas dedica el capítulo cinco de su nuevo libro Del uso pragmático, ético y moral de la razón práctica. Allí se muestra que la pregunta kantiana "¿Qué debo hacer?" posee un triple significado, según sea el tipo de acción y de situación a los que se haga referencia. Situaciones que demandan un tipo de acción instrumental exigen la realización de un discurso práctico, cuyo fin es alcanzar un acuerdo respecto al procedimiento adecuado para intervenir eficazmente en el mundo objetivo (por ejemplo, construir una casa). Otras situaciones demandan, en cambio, un tipo de acción orienta-

da, ya no hacia el mundo objetivo, sino hacia el subjetivo, a través de un discurso éticoexistencial, cuyo fin es alcanzar un acuerdo para resolver un problema de tipo vital (por ejemplo, elegir una profesión). En ambos casos se trata de buscar razones que nos permitan escoger una entre varias posibilidades de acción, cuando queremos resolver un problema o alcanzar una meta. Es posible que, incluso, la pregunta "¿Qué debo hacer?" se radicalice tanto que devenga en un cuestionamiento fundamental por el modo de vida y por el tipo de persona que se quiere llegar a ser. Pero, aun así, todavía no estamos en el ámbito de la filosofía, Ésta aparece solamente cuando hay una ruptura con la perspectiva egocéntrica y entra en juego el conflicto de mis intereses con los intereses de otras personas. Ya no se trata de lo que yo quiero ser o hacer en la vida, sino de si mi proyecto es compatible con los intereses de los demás. Este cambio de perspectiva demanda la existencia de unas reglas mínimas que permitan comprobar si las máximas que guían mi vida pueden ser universalizadas v servir de máximas para la vida en común de todas las personas. Y es justamente aquí donde la filosofía puede prestar su concurso, mediante la formulación de principios que posibiliten reglamentar la discusión práctica desde un "punto de vista moral" (moral point of view). En este tercer caso, la pregunta "¿Qué debo hacer?" (Was soll ich tun) se transforma en "¿Qué se debe hacer?" (Was soll man tun).

Pero una cosa es formular principios capaces de orientar la argumentación moral y otra muy distinta es ceder a la tentación de convertir esos principios en normas morales. Éste es el problema que Habermas ve en el intento de su colega Karl-Otto Apel por consolidar una fundamentación última de la ética. Por una parte, Apel sigue preso de aquella vieja pretensión fundamentalista que coloca al filósofo por encima del común de los mortales y que puede, en consecuencia, "iluminarlos" respecto a lo que es y no es moral. Por la otra, hablar de metanormas o metaética es redundante e innecesario, puesto que los participantes en una discusión práctica están impregnados desde siembre con las intuiciones morales válidas en el Mundo de la Vida y están, por ello, suficientemente equipados para argumentar moralmente. Ellos mismos están preparados para discutir lo que crean conveniente, sin que necesiten instrucciones morales adicionales. La posición de Habermas es, en este punto, bastante clara y definida: "Eine Letzbegründung der Ethik ist weder möglich noch nötig".

Lo que no está muy claro es la actitud de Habermas hacia la psicología evolutiva de la moral, en la versión de Lawrence Kohlberg, que constituye uno de los pilares sobre los que se sostiene la ética discursiva. Ciertamente, a la discusión con Kohlberg se consagran dos capítulos enteros, pero en ninguno se observa un distanciamiento crítico con respecto a la propuesta ontogenética del filósofo estadounidense. Se esperaba que, en su nuevo libro, Habermas diera respuesta a las críticas de Thomas McCarthy (en los Estados Unidos) y Antje Linkenbach (en Alemania), para quienes el modelo ontogenético de Kohlberg es, en el fondo, una apología de la racionalidad occidental. Como se recuerda, Habermas toma prestado este modelo para argumentar que las estructuras cognitivo-instrumentales práctico-morales han llegado a su máxima expresión en las sociedades modernas noratlánticas, frente a las cuales el pensamiento mítico hace las veces de "escalón previo". Parece que Habermas continúa aferrado a este esquema --evidentemente eurocentrista-, como lo sugiere el hecho de que en este momento se encuentre trabajando en una teoría afirmativa de la política y el derecho que vendría a justificar el sistema institucional de las democracias primermundistas, principalmente el modelo alemán.

Santiago Castro-Gómez

La dirección de Dialéctica felicita muy cordialmente al doctor Leopoldo Zea por el ochenta aniversario de una fecunda vida dedicada a las mejores causas de América Latina.

### EL RECURSO DEL MIEDO

Carlos Figueroa Ibarra, El recurso del miedo / Ensayo sobre el Estado y el terror en Guatemala, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica, 1991.

En El recurso del miedo, Carlos Figueroa Ibarra ofrece una interpretación rigurosa y de conjunto sobre el Estado guatemalteco, destacando uno de sus principales rasgos: el terrorismo de Estado.

Leios de ensavar una respuesta de carácter coyuntural o casuístico, el autor presenta un análisis de las causas profundas del citado fenómeno estatal. En un primer plano, se estudian las vertientes estructurales que cristalizaron con la militarización del Estado guatemalteco, confiriéndole a éste una particular fisonomía. Dicho plano se desdobla en dos niveles. El primero se refiere a los rasgos estructurales de la economía guatemalteca, la cual, por su atraso y poco dinamismo, necesita un grado importante de coerción y represión para reproducir sus fundamentos sociales. Se plantea cómo la forma oligárquica, en la que históricamente el capitalismo guatemalteco adquirió sus rasgos definitivos, hizo de éste una formación represiva y sin mayores flexibilidades estructurales para crear sólidas mediaciones modernas entre Estado y sociedad.

En un segundo nivel, el análisis se desplaza a la dimensión histórico-social, destacando con ello que el fenómeno del terrorismo estatal no es el resultado mecánico de una lógica específica de acumulación capitalista. Se destacan, siguiendo esa línea de reflexión, las grandes oleadas de la historia de las clases subalternas guatemaltecas en una tenaz lucha por convertirse en actores colectivos, como portadoras de una dimensión nacional-popular en la historia del país.

Esas grandes oleadas —como las denomina el autor— dieron lugar a acontecimientos de gran significado histórico y social, como la revolución de octubre de 1944, la cual, después de una década en la que se fue afirmando su orientación nacionalista, democrática y popular, fue violentamente abortada por el bloque de fuerzas contrarrevolucionarias de la oligarquía nacional y el imperialismo.

Es indudable que la revolución guatemalteca, como acontecimiento marcado por una profunda y radical dislocación de las relaciones de poder en la sociedad nacional, fue, como experiencia vivida, el ingrediente quizás más significativo en la formación de la personalidad de las clases dominantes guatemaltecas. Como bien se afirma en El recurso del miedo, la memoria histórica de la Restauración, es decir, la oligarquía de nuevo en el poder, se tradujo en

una visión paranoide de las masas y en una cerril ideología anticomunista.

Una visión del mundo centrada en esas premisas, aparte de ser sumamente pobre en cuanto a sus fundamentos racionales, entre otras cosas, impide el despliegue de la hegemonía de clase, entendida en el sentido gramsciano, como conducción moral e intelectual de la sociedad. De allí que la respuesta de las clases dominantes al sistema de conflictos generados por la modernización oligárquica del capitalismo guatemalteco haya sido la militarización del Estado y el terrorismo como práctica permanente. En ese sentido, Carlos Figueroa destaca el carácter histórico-estructural del fenómeno que analiza, y en ello reside uno de los principales aportes de su ensayo.

La segunda parte del libro está dedicada al estudio de la profunda crisis estatal que se produjo en Guatemala durante el gobierno del general Romeo Lucas García (1978-1982) y al proceso político que se abrió con los golpes de Estado de 1982 y 1983.

A fines de los setenta y principios de los ochenta, una intensa movilización de masas y el auge del movimiento armado revolucionario hicieron entrar al Estado guatemalteco en una profunda crisis. Con el fin de revertir los factores más importantes de la crisis política, el gobierno de Lucas García desencadenó una inmensa ola de terror. Uno de sus efectos fue la reducción o repliegue del Esta-

do a sus instancias coercitivas (la "unilateralización del terror"). A partir del golpe de Estado contra Lucas, dio inicio una nueva fase estatal, caracterizada por una hábil combinación del terrorismo con medidas tendientes a construir cierto soporte de masas.

La interpretación de dicho proceso está animada por la tesis de que la "unilateralización del terror" es expresión de una profunda debilidad estatal y que la creación de cierto grado de consenso se impuso como necesidad objetiva de la dominación. La necesidad de ataiar el conflicto social mediante un sistema de mediaciones dio lugar -según el autor- al desarrollo de un tortuoso proceso transformista. De esa manera, utilizando el concepto gramsciano de transformismo (ligado en el pensador italiano al concepto más general de revolución pasiva) se da una lectura política globalizante de los acontecimientos que marcan la historia del país desde el golpe de Estado de 1982. Entre ellos, el proceso de institucionalización, que abrió el campo para el arribo de gobiernos civiles. ¿Hasta dónde las clases dominantes guatemaltecas podrán superar el "estrecho interés corporativo" que las ha caracterizado hasta el momento? Es un interrogante que queda en el aire. Sin embargo, el hecho contundente es que el proceso de recambio del Estado guatemalteco ha tenido como premisa la virtual aniquilación del tejido nacional-popular de la sociedad civil. Así, la desarticulación de las masas en su calidad de actores políticos, el miedo que sustituye al optimismo de las voluntades colectivas, forman un terreno propicio para fundar una legitimación sobre masas compuestas por hombres aislados y atemorizados. Por ello, en el ensayo se destaca el carácter reaccionario de las medidas transformistas.

Lo expuesto nos lleva a plantear la siguiente reflexión: si la democracia y la hegemonía modernas guardan estrecha relación con la figura histórica del ciudadano, ¿cuáles son las vías por las que las clases subalternas latinoamericanas adquieren esa calidad histórica?

Es un hecho comprobable que la ciudadanía, como hecho real de masas, no ha sido un producto natural del mercado en su versión más desarrollada, el capitalismo. Si no lo fue así en los centros, menos aún lo ha sido en la beriferia. En América Latina la conformación real de esa figura ha sido, en gran medida, consecuencia de los grandes momentos nacional-populares, es decir, parte de las conquistas de los movimientos de las clases subalternas. Por ello los movimientos insurgentes centroamericanos, para poner un ejemplo, no deben verse solamente como alternativas clasistas a la dominación despótica del capital, sino también como momentos fundamentales de la configuración ciudadana de las masas populares, excluidas de las estructuras oligárquicas de dominio. Basta con tener presente el ejemplo de El Salvador para percatarse de que las categorías políticas son expresiones de relaciones de fuerzas globales y de determinadas estructuras de poder. Esa convicción es la que anima de la primera a la última página el libro de Carlos Figueroa.

Por último, es necesario señalar que El recurso del miedo está escrito con fuerza, con pasión, con indignación. Sin dejar por ello de ser una obra primordialmente analítica, es, en ese sentido, una obra reivindicativa, ya sea como análisis, o como memoria histórica, de miles de personas que en Guatemala y en otras partes de América Latina han sido víctimas del terror estatal.

Sergio Tischler

El Comité de Dirección y el Consejo Editorial de Dialéctica se unen a las felicitaciones que ha recibido Jaime Labastida Ochoa, miembro de su Consejo Asesor, por haber sido acreedor al Premio Nacional de Periodismo 1992.

Philosophy and Social Criticism an international quarterly journal

Regular back issues are also available with articles by: Habermas, Foucault, Castoriadis, Heller, Feher, Moulfe, Benhabib

Complete list available upon request. Please inquire of David M. Rasmussen, Editor. Dept. of Philosophy, Boston College, Chestnut Hill, MA, 02167, USA

#### La lucha política en el tránsito de la URSS a la CEI



Un Estado (casi) divino >Gerardo de la Fuente Lora

No basta la foto para un padrón confiable ≽ Silvia Gómez Tegle

Apertura financiera y TLC . ≻Enrique Quintena

Percepciones estéticas de Arnold Belkin

La casaca de Don Plutarco

¿Quién teme a la inversión extranjera?

Marielos Aguilar Hernández, Fernando Claudín, Adolfo Dorfman, Henry Miller, Ramino Reyes Esparza

REVISTA DE TEORÍA Y POLÍTICA

¿De qué socialismo hablamos? Adolfo Sánchez Vázquez



#### REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGÍA

Director: Ricardo Pozas Horcasitas Editora: Sara Gordon Rapoport

Órgano oficial del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autômoma de México, Torre II de Humanidades, 7o. piso, Cd. Universitaria, C. P. 04510.

#### NÚM. 3 / JULIO-AGOSTO/ 1990

I. Espacio social y transporte

Plancación del transporte y conflicto social BERNARDO NAVARRO BENÍTEZ y LIDIA CADENA PÉREZ-CAMPOS

El sistema de transporte eléctrico en el D. F.

Homogeneización del espacio MARGARITA CAMARENA LUHRS

Construcción de carreteras y ordenamiento del territorio OVIDIO GONZÁLEZ GÓMEZ

Articulación de las costas mexicanas LUIS CHIAS BECERRIL

La jerarquización de los espacios para la reestructuración del transporte

aéreo en México FRANCISCO HEREDIA ITURBE

II. Perspectivas del movimiento obrero

Corporativismo obrero y democracia VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE

La política laboral del Estado mexicano (1982-1988)

GERARDO ZAMORA

El movimiento obrero en la Cámara de diputados JUAN REYES DEL CAMPILLO.

El impacto de la crisis en la CTM

IRMA CAMPUZANO MONTOYA

La gran debilidad del sindicalismo mexicano

GEORGES COUFFIGNAL

III. Estado y sociedad

Los intelectuales y el Estado en la década perdida SERGIO ZERMEÑO

La prosopografía: ¿un método idóneo para el estudio del Estado? Informes y suscripciones: Departamento de Ventas

Teléfono: 550-52-15 ext. 2949

#### **Actuel Marx**

publiée nux Presses Universitaires de France (PUF) avec le concours de l'Université de Paris-X

Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)



#### **ABONNEMENT**

Pour 200 francs, vous recevrez les deux numéros annuels d'Actuel Marx, Pour 2 ans : 400 francs. Etranger : 250 francs. Pour 2 ans : 500 francs. Adressez votre chèque et le bon ci-dessous à :

Presses Universitaires de France - Dépt. des Revues 14, av. du Bois-de-l'Epine - BP90 - 91003 EVRY Cédex- FRANCE Tél: (1) 60.77.82.05 - Compte Chèque Postal : 1302 69 C - Paris



# dialéctica número 23

# La izquierda, hoy

Textos de Sergio de la Peña, Arnoldo Martínez Verdugo, Saúl Ibargoyen

Entrevistas a Enrique Semo, Adolfo Sánchez Vázquez y a importantes líderes políticos

## dialéctica número 24

500 años después



#### U R В S E

Revista trimestral

Precio por ejemplar: 15 mil pesos

Suscripciones por cuatro números en la República Mexicana: 75 mil pesos ☐ En los Estados Unidos, Canadá, Centro y Sudamérica, y Europa: 40 dólares US.

# MOVEDADES



#### historia inmediata EL PRÓXIMO SIGLO

David Halberstam

La situación y el papel de Estados Unidos han cambiado con los tiempos. Desde una posición crítica y con un estilo periodístico, el autor aborda las perspectivas que tiene frente a sí la superpotencia, especialmente con respecto a los países orientales emergentes como Japón y Corea.

# MANIFIESTO PARA UN OSCURO FIN DE SIGLO

Max Gallo

¿No ha llegado el tiempo de releer a Marx? No al Marx constituido en ídolo y tapadera de las dictaduras, sino al pensador de la complejidad del capitalismo, al filósofo de la libertad y de los derechos del individuo en rebeldía contra cuanto le enajena.

#### teoria MÁS ALLÁ DEL ROJO Y EL VERDE

¿Tiene futuro el socialismo? Bogdan Denitch

Muy útil para comprender los acontecimientos políticos y los vertiginosos cambios que se suceden en el mundo de hoy es este valioso e interesante estudio en el que el autor, se anticipa de manera asombrosa al final de la guerra fría y a la gran crisis mundial del socialismo.

#### sociología y política UNA INTRODUCCIÓN A KARL MARX

Jon Elster

El autor examina uno por uno los principales temas del pensamiento marxista poniendo siempre el acento en la estructura analítica y el estatus científico de los argumentos desarrollados por Marx.

